

EL PADRE NIETO

Una vida para Cristo

Benigno Hernández, S.J.

EL PADRE NIETO

Una vida para Cristo

SALAMANCA

1988

IMPRIMI POTES
Salamanca, 23-XI-1987
Avelino Fernández, S.J., Provincial

© Benigno Hernández, S.J.
Paseo de San Antonio, 14-40
37001 Salamanca

Depósito Legal: S. 770-1987
ISBN: 84-404-1277-0
Fotocomposición e impresión:
Gráficas VARONA
Rúa Mayor, 44. Teléf.: 923 25 33 88
37008 Salamanca



El Padre Nieto a los 48 años

PRESENTACIÓN

En los años cincuenta un famoso novelista dejó escrito en la novela Sin camino, refiriéndose al Padre Nieto: "Algún día escribirán la vida de este hombre". El autor de la novela le había conocido en los años de la postguerra en Comillas (Santander), cuando ya gozaba de gran fama de santidad: tanto, que era frecuente hablar ya entonces del santo Padre Nieto.

A mí me toca hoy, querido lector, cumplir aquella especie de profecía de la novela: escribir la vida del santo Padre Nieto. No sé si acertaré. Pero de lo que no puedes dudar es del inmenso cariño y veneración con que lo hago: cariño y veneración por este hombre, que aprendí ya desde muy niño en el seno de mi familia carnal y se agrandaron luego en nuestra común familia religiosa, la Compañía de Jesús. ¡Ojalá no desmerezca yo de tan eximio modelo y con estas páginas te ayude a tí a vivir con más honra tu cristianismo!

EL AUTOR

Biografía

1. LAS RAÍCES

Manuel García Nieto —nuestro protagonista— fue natural de Macotera, apacible villa de la provincia de Salamanca, ya casi en los confines de la de Ávila. El caserío de la villa se extiende por la falda de un ribazo, en cuyo cerro más alto se yergue hoy un esbelto monumento al Sagrado Corazón, que domina y cobija a la población. Este monumento nos habla ya de nuestro Manuel, pues se halla emplazado en una tierra de la familia García Nieto, cedida generosamente para tal efecto.

La profunda religiosidad de los macoteranos se ha forjado en torno a la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Castillo y a la ermita de la Virgen de la Encina. Fiel reflejo de ella son los cientos de vocaciones religiosas y sacerdotales salidas de Macotera durante este siglo.

En este ambiente cristiano vino Manuel al mundo el día 5 de abril de 1894. Fueron sus padres Juan García y María Antonia Nieto, honrados y cristianos labradores. El niño fue el último de nueve hermanos, cinco de los cuales fallecerían de muy niños, sin que Manolito llegara a conocerlos. Tampoco conoció a su padre, que murió cuando él contaba tres años. Casi toda la niñez la pasó con su madre, ya que los otros hermanos pronto marcharon del hogar: Ramón al Seminario de Salamanca y Agustina y Ana María a las Hijas de la Caridad.

Frecuentó el niño durante dos o tres años la escuela de párvulos regentada por las Hijas de la Caridad en la humilde barriada de Santa Ana. Allí iniciaría el chico una gran amistad con sor Elena, que siempre encomió su modestica conducta. De los párvulos pasó a las escuelas nacionales, donde le cupo en suerte tener como maestro a don Francisco, recordado en Macotera con admiración y respeto. También aquí sobresalió Manolito por su buena conducta. Era listo y buen compañero. Todo ello hizo que

el maestro le pusiese al frente de una sección de alumnos. Lo mismo haría el párroco en la catequesis.

Entre las aficiones caseras del niño —que era de carácter retraído— destacaba la de «jugar a decir Misa» con ornamentos de papel que él mismo confeccionaba. ¿Querría ser cura? En cierta ocasión dijo a su hermano Ramón, el seminarista, que quería ser *jesuita*, así, acabado en o. Sería jesuita con el tiempo. El único hijo de San Ignacio que se conozca de Macotera.

He aquí parte de unos recuerdos autobiográficos, que nos describen maravillosamente la niñez de Manolito, marcada ya de una manera incipiente por el sello de la santidad. Eran los primeros aleteos del Espíritu de Dios sobre un alma dúctil y generosa:

«De pequeñito era yo de complexión muy enfermiza; tal vez influyera el mal estado de salud de mi madre. Me dio por no querer comer más que pan y agua. Casi siempre estaba en la cama. A todo tenía asco: jamás bebía en un vaso usado por otro, aunque fuese por mi madre. No podía ver la carne, huevos, etc.

Cuando tenía ocho años quedé solo en casa con mi madre, pues entró también religiosa la segunda de mis hermanas, y mi hermano estaba en el Seminario.

Los sentimientos de piedad los infundió el Señor profundamente en mi alma desde mis primeros años. ¡Con qué fervor oía yo entonces la Santa Misa! ¡Qué comuniones aquellas! ¡Cuán diligentemente me preparaba a ellas! Sentía una devoción especial a la Santa Misa, que jamás omitía. Cuando tenía que trabajar en el campo, yo decía a mi madre que la Misa no la omitía por nada del mundo. Ya en esta época de mi vida se apoderó de mí la idea de la santidad que me ha dominado durante toda ella. ¡Cómo se grababan en mi alma las cosas que leíamos en las vidas de los santos! Ya desde entonces sentía afición a la vida religiosa. Deseaba ser como un portero de un convento, meterme en un rincón y darme a vivir sólo para Dios. ¡Cómo se valía el Señor de todo para unirme más consigo!».

2. HACIA EL ALTAR DE DIOS

Manolito había abandonado la escuela. Tenía catorce años, aunque no los aparentaba. En su corazón seguían alentando las inclinaciones clericales. Pero su salud infundía profundas inquietudes a su madre. Sólo a fuerza de lágrimas le arrancaría el permiso para seguir las huellas de Ramón. Fue admitido como seminarista de primero de latín para el curso 1908-1909, pero no como interno, sino como alumno libre. De este modo podría prepararse de las asignaturas del curso sin abandonar el hogar. Bajo la experta mano de don Ruperto Bueno, antiguo catedrático de Instituto que había quedado ciego, estudió Manolito todo aquel curso en Macotera y superó brillantemente el examen final.

Dos razones aducen los recuerdos autobiográficos para que su madre no hubiera permitido al chico ir al Seminario hasta entonces: la soledad en que ella se encontraba y, sobre todo, la mala salud del muchacho. Al segundo curso de latín ya le dejó ir de interno a Salamanca. Don Eloy Usallán, cura ecónomo de Macotera, certificaba para los Superiores del Seminario que el chico había observado siempre «buena conducta moral y religiosa, frecuentando al menos cada ocho días los Santos Sacramentos de la Penitencia y Comunión».

Debió de impresionar al nuevo seminarista la imponente mole barroca del Seminario, antiguo Colegio de los Padres Jesuitas fundado por Felipe III y Margarita de Austria en el siglo XVII.

Allí estableció el pequeño seminarista —al que desde el primer momento llamarán todos con el curioso nombre de *Manúa*— su primer contacto con los jesuitas, que regían el Seminario. No podemos pasar por alto la presencia entre sus maestros de un hombre extraordinario:

el Padre Olegario Corral, que conviviría después siete años en Comillas con aquel muchacho, convertido ya en el famoso Padre Nieto. El Padre Corral explicó a Manúa ese curso la asignatura de sintaxis (y ortografía) españolas.

Pero además del primer contacto con los jesuitas de carne y hueso, ese curso supuso para Manúa el primer encuentro con el núcleo de la espiritualidad jesuítica, o sea con los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola; los practicó entonces bajo la dirección del Padre Joaquín Cepa, profesor de Filosofía.

No pensaba Manúa, al concluir aquel primer curso de internado, que su relación con los jesuitas del Seminario había concluido definitivamente para él. Los hijos de San Ignacio habrían de continuar aún otro curso al frente del centro, pero el chico lo pasaría nuevamente en Macotera —al parecer por cuestiones de salud— bajo la suave férula de don Ruperto, el ciego profesor.

Cuando Manúa, con sus diecisiete años cumplidos, iniciase el nuevo curso —el de humanidades— ya no encontraría a sus antiguos maestros. Su hermano Ramón acababa de ordenarse de sacerdote, aunque continuaría un año más en el Seminario perfeccionando sus estudios. De este modo siguieron juntos los dos hermanos otro curso.

La nueva etapa formativa, dependiente del clero diocesano, no supuso ninguna ruptura espiritual ni pedagógica notable con relación a la larga tradición jesuítica del Seminario. No podemos olvidar que, pese a ciertas tensiones de última hora en el traspaso de poderes, la mayoría de los nuevos formadores habían sido formados a su vez por los jesuitas, por lo que su espiritualidad y métodos educativos no podían menos de delatar sus orígenes.

El joven retórico se enfrentó al curso académico con un nuevo plan de estudios. Su aprovechamiento escolar siguió la línea ascendente que se observa en el conjunto de su *curriculum* académico completo.

Y después de la retórica, los tres años de Filosofía. El ambiente académico se hace más serio y denso. Las típicas *concertaciones* de los pequeños dan paso a las *mensuales* de los sesudos filósofos. También el ambiente espiritual adquiere tonalidades más clericales. La cercanía del altar se va haciendo cada vez más presente en la vida de aquellos jóvenes. Manúa ronda los veinte años.

A mitad de la filosofía ocurrirían algunos acontecimientos familiares dignos de atención. En julio de 1914 moría en Burgos la hermana mayor de Manúa, Hija de la Caridad como sabemos. Tenía tan sólo 41 años. Por otra parte, Ramón iba a ser destinado a Peñaranda de Bracamonte como coadjutor de la parroquia de San Miguel. Este destino arrastraría consigo a toda la familia, que se iría a vivir con el joven sacerdote. Esto hizo que Manúa no volviera ya a Macotera después de las vacaciones de 1914, rompiendo casi definitivamente los lazos físicos —que no espirituales y sentimentales— con su querida villa natal.

Los estudios filosóficos tenían un bloque de materias especulativas y otro de ciencias. La aplicación de Manúa siguió siendo excelente. Su expediente académico nos habla de unos estudios filosóficos brillantes.

Nada hemos dicho de las vacaciones veraniegas de aquel seminarista. Las pasó en Macotera hasta 1914. Después en Peñaranda. En Macotera existía un numeroso grupo de seminaristas. Alguno de ellos le recuerda siempre con porte modesto, vistiendo su traje negro, que era el atuendo usual en verano, ya que en el Seminario llevaban sotana y esclavina. Con los otros seminaristas asistía diariamente a la Santa Misa. Después de comulgar pasaba largo rato dando gracias con gran recogimiento. Los domingos y fiestas subía al coro con las cantoras. También colaboraba en la catequesis parroquial. Por las tardes salía de paseo con los otros seminaristas y con los sacerdotes, después de hacer una visita al Santísimo en grupo; él por su cuenta visitaba el Sagrario más de una vez durante el día.

Los seminaristas solían jugar a la pelota y a la baraja. Los compañeros y vecinas de casa le recuerdan como muy alegre y hasta alborotador. El retraimiento de la niñez había desaparecido. Ahora era un muchacho alegre y comunicativo.

Cuando la familia se fue a vivir a Peñaranda con Ramón, Manúa cambió de compañeros de vacaciones, aunque no mucho de estilo. Sólo que pronto empezó a ser el mayor del grupo de los seminaristas peñarandinos. Todos esperaban con ansia el momento de salir de paseo con él por la carretera de Salamanca. Sus conversaciones sabían unir dos cualidades complementarias: eran amenas y edificantes. Su colaboración en la parroquia era más intensa y su oración ante el Sagrario más prolongada.

Al pasar a Teología ocurrieron en el Seminario importantes novedades. El prelado confió la dirección del mismo a la Hermandad de Operarios Diocesanos, fundada por el beato Domingo y Sol. Este cambio de dirección —el segundo durante los estudios de Manúa— no resultó tan traumático para el Seminario como cuando la marcha de los jesuitas.

En esta etapa hacen su aparición en la vida del Seminario salmantino una serie de devociones peculiares: Visita de San Alfonso María de Liguori, aceptación de la muerte, coronilla de desagravio al Sagrado Corazón, mes de San José, etc. Parece que la espiritualidad de los Operarios dejó en el alma de Manúa una profunda huella y simpatía.

Se ha podido rehacer el cuadro académico del joven teólogo, en un ciclo que duraba entonces cinco cursos. En conjunto tuvo buenos profesores: Eloíno Nácar, conocido por la popular Biblia castellana NACAR-COLUNGA, Francisco Ramos, etc. Éste escogería a Manúa para arguyente en una disputa pública. Recuerda el coarguyente que no era precisamente brillante, pero sí agudo. Las excelentes calificaciones de su expediente académico completo así lo demuestran también: 28 sobresalientes, 10 no-

tables y 3 aprobados. La formación teológica de Manúa tuvo un fuerte componente neo-escolástico, compensado también por una marcada orientación bíblico-positiva. En resumen, una buena formación intelectual, aunque él nunca alardearía de tal cosa.

Manúa gozó de la confianza de sus Superiores, como lo demuestra el hecho de haberle confiado algunos cargos de importancia. Entre ellos, el de inspector de la comunidad de filósofos durante el tercer curso de Teología. Como tal, ostentaba en la comunidad toda la autoridad del Prefecto de disciplina y era el encargado de vigilar por su orden y comportamiento. También fue miembro de la junta directiva de la Congregación mariana. Los cuadernos de los inspectores, con la anotación de las faltas de los seminaristas, no tienen qué censurar a nuestro Manúa, que, como dicen sus compañeros, siempre obtenía premios por su buena conducta.

En el verano de 1918, concluido ya el tercer curso de Teología, la famosa peste europea le arrebató a su querida madre. «El Señor le concedió a mi madre —dice él mismo— lo que le pedía: *poco mal y buena muerte*. Apenas estuvo enferma. Le vino una fiebre. Estábamos con ella el otro hijo y yo con otros varios sacerdotes. Le dieron el viático. A las once de la noche le administraron la Extrema Unción, y después de recibirla estuvo aún hablando tranquilamente con nosotros. A las doce estaba muerta».

Hablando de la conformidad que proporciona la fe en medio de las adversidades, contó después:

— Al morir mi madre me fue imposible entristecerme, por la seguridad que tenía de que estaría en el cielo. En aquellos años, cuando veía algún enfermo, me entraba cierta envidia, pues pensaba que la enfermedad era un camino muy seguro para ganar cielo. La única ilusión que tenía en el mundo era mi madre: desde que ella murió, no siento afición a ninguna cosa en la tierra.

El rasgo más saliente de la vida interior de Manúa durante sus años de Seminario fue la vida eucarística. Así

le habló un día a un compañero jesuita de esta etapa de su vida:

— El Señor me concedió desde la infancia la inclinación de Santa Teresa a la santidad. Pero luego, en el Seminario, me enfrié un poco por las conversaciones frívolas de los compañeros. Era muy aficionado a hacer visitas al Santísimo, lo que más de una vez me ocasionó algunas risas burlonas de compañeros menos edificantes.

En realidad todos ellos le recuerdan como un seminarista muy piadoso:

— Era frecuente verle en la capilla en tiempo de recreo. Ante el Santísimo se le veía siempre muy devoto y recogido.

Sea lo que quiera de esa *minicrisis* espiritual, queda también resaltado el rasgo positivo de su espiritualidad: su gran afición a la vida de Sagrario, dando de lado a los respetos humanos.

El ambiente que se respiraba aquellos años invitaba a fomentar la piedad eucarística: eran los tiempos del Congreso Eucarístico de Madrid (1911)... En Salamanca hubo también diversas Asambleas Eucarísticas. Manúa participó en dos: en la de Peñaranda de 1915 y en la de Salamanca en 1920.

Después de la muerte de su madre, Manúa comenzó el cuarto año de Teología. En él recibiría la tonsura clerical y las cuatro órdenes menores. Al año siguiente accedería al subdiaconado y diaconado. El sacerdocio, meta final de todas sus aspiraciones, estaba a las puertas. Ya no jugaría más a decir Misa, como de pequeñito, sino que la celebraría realmente. El 16 de mayo de 1920 pasó a los anales de la crónica mundana como el día aciago de la muerte de *Gallito* en la plaza de toros de Talavera de la Reina. Ese mismo día Manuel García Nieto recibía el sagrado orden del presbiterado en la catedral salmantina. Mientras el desafortunado accidente taurino llenó durante varios días las páginas de la prensa local, la ordenación

sacerdotal de Manúa y de sus compañeros apenas mereció un diminuto recuadro. Así se escribe la historia salvífica.

Era sacerdote de Cristo para siempre, *alter Christus*, como él gustaba decir. Así escribía años más tarde sobre esta vivencia: «Yo sacerdote, Dios mío. ¿Y no he sentido un fuego que abraza todas mis entrañas? Quisiera tener capacidad de meditar cien años seguidos sin interrupción, sin distracción, sobre este pensamiento: *Soy sacerdote*».

El día 26 de mayo fue el día escogido para la primera Misa, que tendría lugar en la iglesia parroquial de San Miguel de Peñaranda. Actuó como orador sagrado el párroco de Macotera, don Ángel Tabernero, siendo padrino eclesiástico don Alejandro Gorjón y padrinos seglares don Venancio Redondo y su esposa doña Celsa Gómez. Después de la ceremonia, en que cantaron las Hijas de María, tuvo lugar el besamanos y posteriormente un *lunch* para los invitados. Según la costumbre de la región se colocó una bandera blanca en la torre de la parroquia.

3. TRAS LAS HUELLAS DEL CURA DE ARS

Podemos imaginar la vida del nuevo cura aquellas semanas en espera del destino que le diera el obispo, mientras se iba haciendo girones en la torre la bandera blanca de su estrenado sacerdocio. El 22 de junio de 1920, a un mes escaso de la primera Misa, se produjo el nombramiento: coadjutor de la parroquia de Cantalapiedra, a 26 kilómetros de Peñaranda. El 2 de julio recogió sus pobres bártulos y se dirigió a su puesto.

Cantalapiedra está situada en el extremo nororiental de la provincia de Salamanca, casi en el límite con las de Zamora y Valladolid. El corazón de la villa es la plaza, en torno a la cual se apiña el poblado y en cuyo centro se yergue la gran mole de la iglesia parroquial, bajo la advocación de Santa María del Castillo. Quizá el nuevo coadjutor se hiciera por un momento la ilusión de hallarse nuevamente en Macotera, en cuya parroquia del mismo título se fraguara su piedad infantil.

Los feligreses empezarían a llamarle don Manolito, para distinguirlo de don Manuel Marín y Rojo. Este afañado sacerdote, a la vez que ayudaba al párroco, don Ambrosio Morales, ejercía como maestro en la villa. En la escuela desarrolló don Manuel una extraordinaria labor pedagógica y educativa, que ha merecido posteriormente la atención de varios estudiosos. También desarrolló una intensa actividad como conferenciante y publicista.

Pronto hicieron buenas migas *los dos Manueles*. El joven coadjutor supo valorar la gran labor del experimentado sacerdote y maestro, y éste las buenas cualidades del nuevo curita.

Tenía la costumbre don Manuel Marín de madrugar mucho. Celebraba Misa a las seis. Allí estaba también a

esa hora don Manolito para hacer oración y atender a los feligreses que quisieran reconciliarse. Después venían las Misas, las comuniones, etc. No volvía a casa hasta que concluían los cultos de la mañana, allá hacia las nueve y media o las diez.

También colaboraba con el sacerdote-maestro en la escuela. Lo hizo en la nocturna, encargándose de una sección de mozos, a los que adoctrinaba y enseñaba las tareas escolares. Varios resaltan «los buenos consejos» que recibían de don Manolito. Consiguío además que le dejaran una panera, donde hacia el anochecer se reunía con un grupo, al que charlaba y enseñaba «cantares religiosos». Aquel ambiente atraía a la juventud, que acudía al encuentro con gusto.

Dos días después de la primera Misa de don Manolito, firmaba el obispo salmantino el decreto fundacional de un monasterio de clarisas en Cantalapiedra: su fundadora, la Madre Amparo del Sagrado Corazón, cuya causa de beatificación sigue hoy favorablemente su curso. Cuando el nuevo coadjutor llegó a Cantalapiedra llevaba un mes de vida el monasterio, ubicado en la plaza, a pocos metros de la parroquia. Por uno de los costados daba a la calle Carlos de Onís, donde él vivía atendido por dos hermanas solteras pobres, que paliaban su miseria cosiendo y planchando. Aunque el capellán titular de las religiosas era don Ambrosio, muchas veces le suplía el coadjutor. Iba a decirles Misa, a confesarlas y a dirigirles alguna plática.

Pero sobre todo iba a hablar con la Madre Amparo. ¿Qué de extraño tiene que ambas almas sintonizaran espiritualmente? A ambas las tenía el Señor destinadas a una gran santidad.

Agradecidas las religiosas por los servicios del coadjutor, le regalaron las obras del Padre Arintero, famoso tratadista de teología mística y confesor de la Madre Amparo. Los visitantes de la casita de Carlos de Onís encontraban frecuentemente a don Manolito enfrascado en la lectura de aquellas obras místicas.

El párroco era de carácter voluble y nervioso. También don Manolito llevaba dentro un genio vivo. A pesar de ello, los dos se entendían bien. La clave estaba en la actitud del coadjutor, que se plegaba a las órdenes del párroco con total sumisión.

Casi todos los bautizos habidos en la parroquia durante los dos años de su estancia en Cantalapiedra los administró el coadjutor. Nada menos que 126. Menos se prodigó en las bodas y sepelios. Los feligreses de entonces resaltan que don Manolito predicaba muy bien. Con frecuencia su predicación merecía el comentario favorable en los corros a la salida de la iglesia. Se extrañaba la gente de que, siendo pequeño y delgado, tuviese una voz tan potente y hablase con tanta energía. Colaboraba con asiduidad en las actividades de algunas asociaciones piadosas de la parroquia: Cofradía de Nuestra Señora de la Misericordia, del Santísimo Sacramento y, sobre todo, Hijas de María.

En resumen, un coadjutor humilde y celoso. Su labor fue reconocida por el obispo en la visita que giró a la parroquia en noviembre de 1921, quedando altamente satisfecho del celo de los tres sacerdotes.

La jornada de iglesia empezaba para el coadjutor, como sabemos, muy de mañanita. Pero no concluían con los cultos mañaneros sus relaciones con el templo. Gran parte de los tiempos libres los dedicaba a orar ante el Señor sacramentado, hasta el punto de que pronto empezaron a decir las gentes de la villa:

— Este señor cura se pasa todo el día en la Iglesia.

Y así acabaron llamándolo: «El cura que siempre está en la Iglesia». Allí se le veía frecuentemente arrodillado, en actitud recogida.

El señor Enrique era entonces jovencito y tenía confianza con don Manolito. Esto le llevaba a espiarle a veces desde la cancela.

— Yo le ví —dice— en éxtasis por lo menos cinco o seis veces ante el Cristo yacente —que nosotros llamába-

mos el Sepulcro—. Estaba mucho rato con los brazos en cruz y sudaba. Una vez me acerqué y le dije: ¿Que hace así? Él, un poco aturdido, me respondió: Soñaba que estaba en otro mundo.

No es fácil interpretar este hecho aparentemente extraordinario. Pero se vislumbra a través de él la intensa vida de oración de aquel joven sacerdote. El señor Victorino, que frecuentaba la casa de don Manolito, afirma que también oraba largamente en su habitación.

Era proverbial su caridad con los pobres y enfermos. Tan generoso se mostraba con ellos, que pronto hubo de recibir ayuda económica de su hermano Ramón. Visitaba a las familias pobres con mucha frecuencia y al salir de las alcobas de los enfermos deslizaba la mano disimuladamente por debajo de la almohada para depositar allí su limosna.

Él mismo vivía muy pobremente. Su habitación rezumaba austeridad. Su comida también era vulgar.

El coadjutor tenía amistad con todo el mundo, pero se entendía especialmente bien con los mozos. Cuenta uno de aquellos jóvenes:

— Yo bien notaba que lo que quería era atraer a la juventud para, después de la broma, añadir el buen consejo.

Es probable que el cura no pensase en un cambio de rumbo en su ministerio. Se encontraba a gusto con sus feligreses y ellos se encontraban a gusto con él. Incluso hay indicios de que, previendo una mayor continuidad, se hizo algunos proyectos de futuro. Pero la Providencia tenía sus planes: el 14 de julio de 1922 fue nombrado teniente párroco de Santa María de Sando. El mismo día se extendía también el nombramiento de coadjutor de Cantalapiedra a favor de don Isidro Barriga, a la sazón teniente párroco de Santa María de Sando. Se efectuaba, pues, una permuta. El ministerio en Cantalapiedra había durado tan sólo dos años. Muchas personas sintieron su marcha. Más de uno lloró en la despedida.

El nuevo destino suponía, si se quiere, un ascenso jerárquico, pero entrañaba un notable descenso social y un incremento de las dificultades pastorales.

Santa María de Sando era un pueblo pequeño y atrasado, situado a unos 100 kms. de Cantalapiedra en dirección oeste. A la pobreza material de muchos hogares se sumaba la espiritual de aquellas gentes: escasa asistencia a los cultos religiosos, inmoralidad, rivalidades, etc.

La iglesia es de granito, con hermosa espadaña y soberbia cúpula. Una de las mejores fábricas de todos los templos del contorno. Está dedicada a la Asunción, aunque el patrono del pueblo es el Cristo de las Batallas.

También se confiaba a la atención pastoral de don Manuel un pequeño anejo, El Valejo, situado a unos tres o cuatro kilómetros de Santa María. En realidad cinco o seis familias, con una iglesita dedicada a San Marcos.

Los primeros pasos pastorales debieron de ser muy difíciles. En primer lugar el párroco anterior le había dejado una herencia poco apetecible, con un pueblo dividido. En segundo lugar, le habían prevenido contra el recibimiento que se hacía a los sacerdotes. «Cuando llegué a este pueblo por primera vez —narra él mismo—, una estación antes de llegar, al enterarse (los viajeros) que iba a dicho pueblo, me dijeron algunos que era un pueblo donde trataban muy mal a los sacerdotes, como en efecto lo habían demostrado con otro sacerdote anterior a mí, a quien salieron a recibir con cuchillos, por diversos caminos...» ¡Bonita manera de infundir ánimos al recién llegado!

Estaba don Manuel profundamente persuadido de que su fuerza habría de ser la Eucaristía. Y mucho más en un campo apostólico erizado de tantos problemas.

Oigamos su propio testimonio: «Por nada del mundo dejaba yo de celebrar la Santa Misa. Muchos días quería ir de mañana a tomar el tren distante 14 kms. del pueblo: me levantaba a las tres de la mañana, tocaba la campana,

y aquella buena gente se levantaba para oír Misa, aunque luego se acostasen otra vez... Un recuerdo hay en mi vida que siempre me deja dudoso. Es el haber dejado una vez de celebrar la Santa Misa. Iba de viaje. En la posada donde me hospedé me insistieron en que a la hora en que me tenía que levantar para tomar el tren, no podía celebrar. Me acosté con esta idea. No desayuné hasta la una, esperando a ver si llegaba a algún pueblo donde pudiese celebrar. No lo hallé. Siempre me ha dejado esto dudoso». Así estimaba la Misa don Manuel.

Y la Misa tenía su prolongación en su vida de Sagrario. ¿Qué hacía el joven párroco después de su jornada pastoral del domingo, concluida a media tarde con la catequesis y el Rosario? «Me ponía ante el Sagrario —dice—, y allí permanecía hasta la noche. Si habían tocado al *Angelus*, cerraba la Iglesia; si no, la dejaba abierta. ¡Cuánto edifica esto al pueblo! Al principio la gente, que notó que después del Rosario yo no salía de la Iglesia, empezó a observar con curiosidad, entreabriendo la puerta, lo que hacía. Yo firme ante el Sagrario. Poco a poco empezaron a entrar, hasta que se hizo ya ordinario entrar a hacer visitas al Señor los domingos por las tardes. Cuando salía para irme a casa, al pasar por el medio del lugar donde tenían el baile, muy próximo a la Iglesia, me miraban con una veneración, que a mí, recién salido del Seminario, me confundía».

Los días de diario era otra la distribución del tiempo, pero igualmente centrada en el Sagrario. La jornada empezaba al amanecer o antes. Lo cuenta un antiguo monaguillo, que le acompañaba: «Nos levantábamos al amanecer, íbamos a la Iglesia, y yo pasaba a estudiar en la sacristía. Él mientras tanto, a la luz de una velita, se ponía de rodillas sobre las gradas del altar, que son de piedra de granito, metía las manos en las mangas de la sotana y, con el libro de meditación del Padre Garzón en el suelo delante de sí, pasaba más de una hora en oración, inmóvil, de rodillas, sin apoyo alguno, mirando fijamente hacia el Sagrario».

Los lugareños más madrugadores decían, al ver la luz por las ventanas del templo:

— A don Manuel no hay quien le gane a madrugar.

Así permanecía sumido en profunda oración, hasta que empezaban a llegar los fieles, a los que atendía con toda solicitud. He aquí el testimonio de una religiosa, muchacha entonces: «Cuando llegó al pueblo, la gente apenas iba a la Iglesia. Pero con su oración intensa y su ejemplo, fue atrayendo poco a poco a todos. Daba todas las facilidades para confesar y comulgar. Solía repetir: que nadie se quede sin hacerlo por temor a molestarme. Me dan la mayor alegría del mundo si veo que lo hacen. Entre su oración, confesiones, comuniones, y después la Santa Misa, se llegaban casi las once de la mañana. Hasta esa hora no abandonaba la Iglesia, a la que había llegado al romper el día».

Consiguió que la mayoría de las jóvenes velaran diariamente un rato al Santísimo de dos en dos. También puso mucho interés en que los niños de las escuelas hicieran la visita diaria. Él los acompañaba. A algunos niños mayores los introdujo en la práctica de la oración mental ante el Sagrario, sobre todo a aquellos en los que intuía algún indicio de vocación sacerdotal o religiosa.

Pero la jornada de oración de don Manuel no concluía en el templo: en la rectoral rezaba el Rosario antes de cenar, si no se había rezado en la parroquia, y hacía lectura espiritual. Después rezaba el breviario, de rodillas en el santo suelo ante la mesa-camilla. Luego se acostaba. «Yo dormía en su casa —añade aquel antiguo monaguillo—, en su misma habitación, pero en otra alcoba. Yo rápidamente me dormía, y recuerdo que algunas veces, cuando despertaba por la noche, veía su sombra de rodillas en su alcoba, con un quinqué de petróleo encendido». Otro tanto contaba don Onofre, el maestro, que dormía también a veces en la casa parroquial.

Esta vida de oración, centrada especialmente en la Eucaristía, es fundamental para entender toda su activi-

dad pastoral. Así narra él su jornada dominical: «Tenía que decir dos misas los domingos en dos pueblos distintos [Santa María de Sando y El Valejo]. Sobre todo los domingos de San José tenía mucho trabajo. El sábado confesar desde las dos de la tarde hasta las ocho, poco más o menos. El domingo antes de amanecer estaba en el confesonario. Confesaba varias horas, daba la comunión y, a caballo, al otro pueblo, muchas veces lloviendo, nevando. Ya me esperaban en el portal los hombres, quienes, al verme llegar, se quedaban admirados. Pero, señor cura, ¿cómo viene usted así, lloviendo? Yo gozaba inmensamente. Me porfiaban que me cambiase de ropa, si llegaba mojado; mas yo me iba al confesonario, oía las confesiones, celebraba, y en seguida vuelta al primer pueblo a celebrar la Misa. Después de la Misa, catecismo con los jóvenes. Comer, y a las dos catecismos con las jóvenes, niños, adultos. Rosario». Luego, como sabemos, se ponía ante el Sagrario hasta el anochecer.

En cierta ocasión, al ir en la jaca a El Valejo, estuvo a punto de ser arrastrado por la corriente del embravecido torrente, desbordado a causa de un fortísimo aguacero. A quienes intentaron disuadirlo para que no atravesase, respondió con total resolución:

— Por nada del mundo dejaría sin Misa a aquellas pobrecitas almas.

Procuraba por todos los medios hacer atractivo el culto. A veces hasta logró llevar al pueblo, por mediación de un amigo, a los niños de coro de Salamanca. Pronto se empezó a hablar en los pueblos circunvecinos de las fiestas religiosas de Santa María, hasta el punto de que más de una vez se desplazaban algunos para asistir. Cuentan los feligreses que cualquier pretexto era bueno para organizar una fiesta en la Iglesia y realzar el culto. Para crear un ambiente festivo, él mismo, tan sobrio en gastos personales, disparaba algunos cohetes en las cercanías del templo. Especial empeño ponía en dar esplendor a las fiestas marianas. Compró para el templo una bella imagen

de la Inmaculada, en cuya entronización desplegó una gran pompa.

Singular impresión causaban en los fieles las predicciones de don Manuel. El amor a Cristo en el Sagrario y la Pasión del Señor era sus temas favoritos. Muchos recuerdan especialmente sus sermones de Semana Santa. Un parroquiano escribe así: «¡Cuánta espiritualidad sembró don Manuel desde el púlpito del templo, a cuántas almas enderezó por el mejor camino, cuántas verdades brillaron en sus homilías, en las que ponía todo el ardor de su corazón! ¡Cómo prendían en el alma de sus feligreses! Sus sermones eran como truenos para los pecadores, a la vez que las almas justas se afianzaban más y más en su perfección».

La predicación tenía su prolongación en la catequesis. Después de la misa dominical, se quedaba con los jóvenes en el templo, quizá el grupo más difícil. A los que mejor respondían solía obsequiarles con tabaco. Por la tarde, después del Rosario, tocaba el turno a las jóvenes, niños y niñas. A los pequeños los repartía en secciones por la parte de atrás del amplio templo, quedándose él con las jóvenes ante el altar de la Inmaculada. Tanto unos como otras debían responder primero sobre el evangelio dominical y después sobre el *Astete*. Las explicaciones evangélicas revestían sobre todo una tonalidad moral y práctica. Lo recuerda el mismo don Manuel: «A las jóvenes les solía decir: antes de salir a divertiros, como os miráis al espejo para veros guapas, miraos también en el Crucifijo. Tomadle en las manos y preguntaos si el sitio a donde vais, la diversión, está conforme a Cristo». Cuando despedía a las jóvenes, iba pasando brevemente por las secciones de los pequeños.

A todos estimulaba con premios y rifas. Repartía vales de asistencia, con los que podía optarse a los numerosos premios de las rifas. No es extraño que los niños estuvieran locos de contentos con su párroco. También él lo estaba con ellos: «Me pasaba —dice— unos ratos deli-

ciosos con los niños. Les compré un balón e iba con ellos de paseo a jugar. Los niños estaban locos de contentos conmigo. La gente decía al vernos: así jugaría Jesús con los niños. De este modo empezaron a nacer en el pueblo tantas vocaciones. Y ganada una vocación, se gana toda la familia».

«A los niños —cuenta uno— nos enseñaba a cantar, a ayudar a Misa, nos leía la Biblia, nos enseñaba juegos; en fin, lo pasábamos muy bien con él. Este trato íntimo con los niños le sirvió para fomentar las vocaciones, llevando muchos niños a Carrión de los Condes, escuela apostólica de los jesuitas, a otros a los Capuchinos de El Pardo, a otros al Seminario, etc.». En los cuatro años de su permanencia en Santa María hay que hablar de varias docenas de vocaciones religiosas y sacerdotales. Ya sabemos que don Manuel introducía en la práctica de la oración mental a quienes daban ciertas muestras de vocación. Él mismo les proporcionaba libros para ello y les explicaba el modo de orar. Todo esto iba acompañado de la dirección espiritual y de una confesión sacramental muy exigente. Llegó incluso a dirigir Ejercicios espirituales a diversas personas, sobre todo a algunas jóvenes. A más de una proporcionó cilicios para hacer penitencia y aconsejaba otras formas de practicarla. Muchas familias se beneficiaban también de los libros piadosos de la biblioteca del párroco, que prestaba para su lectura. Aparte del extraordinario florecimiento vocacional, se dieron auténticas conversiones, y sobre todo una transformación general del pueblo en su conjunto. Muchos que no pisaban el templo, empezaron a asistir asiduamente a los cultos.

Don Manuel se apoyó mucho en los maestros, don Onofre y doña Teresa, auténticos apóstoles seculares. Esta colaboración entre parroquia y escuela se demostró sumamente benéfica para el pueblo, tanto en los aspectos religiosos y morales, como en los culturales.

Pero los preferidos del párroco eran los pobres y los enfermos. «Fue la caridad con los pobres —narra nueva-

mente aquel monaguillo que le acompañaba por las noches— una virtud que, aun siendo yo niño, me llamó mucho la atención en don Manuel. Todos los años, por Navidad, repartía una gran cantidad de limosnas en metálico entre los pobres de la parroquia. A mí me encargaba de avisar a los interesados que, individualmente, pasaban por su despacho, ocasión que él aprovechaba para hablar personalmente un buen rato con cada uno. Y esto lo hacía aun con gente que no iba a la Iglesia. Recuerdo que había una mujer enferma de cáncer en un ojo, que era muy pobre, a quien visitó durante mucho tiempo. Yo acompañé muchas veces a don Manuel en las visitas a esta familia, aunque me daba mucha repugnancia. Antes de la visita, don Manuel me mandaba que dijese a la sirvienta que matase una gallina para llevársela a la enferma. A pesar de las protestas de la sirvienta, terminó con todas las gallinas que poseía, que serían una docena. Ni siquiera valía la razón de que alguna estaba en tiempo de puestas. La razón suprema era la necesidad de los pobres».

Otro caso similar. En cierta ocasión regresaba don Manuel de Salamanca, donde había comprado calzado, pues el que usaba estaba impresentable. En el trayecto desde el autobús a la casa parroquial ya se había desprendido de él. Aquellos zapatos los estrenaron los pies de un pobre.

Muchas fueron las familias a las que llegó la generosa limosna del párroco. Estaba endeudado con el panadero, con el tendero, con el lechero... Y no precisamente por sus gastos personales, sino por las compras para los menesterosos. A veces los feligreses le decían que tenía que mirar más por su casa, pero él respondía que no quería más de 100 pesetas de ahorro, y eso por si necesitaba una medicina. Al verle tan desprendido, la gente correspondía con generosidad. Lo cuenta él mismo: «Les insistía a mis feligreses que no quería otra cosa, sino su salvación. Al ver este desprendimiento es cuando precisamente más dan. Uno me traía la mejor berza del huerto; otro,

si mataba el cerdo, empeñado en que había de tomarle el lomo; otro: ¡que usted necesita para los catecismos...!».

Daba, pero sobre todo se daba a sí mismo. Al que todos llamaban Isidro «el bobo», un pobre subnormal, no sólo lo vestía y calzaba, sino que lo llevaba consigo a la casa parroquial largos ratos y lo invitaba a su mesa. La paciencia que tenía con él era infinita. Junto al cementerio vivía un matrimonio muy pobre. Ella además era ciega: don Manuel no sólo los ayudaba con sus limosnas, sino que echaba una mano en los quehaceres domésticos de aquella invidente.

Capítulo aparte merece su solicitud por los enfermos: junto a los pobres, la niña de sus ojos. A su cabecera desplegaba don Manuel toda su ternura humana y su caridad sobrenatural. Así escribe quien le trató mucho en aquellos años: «Hasta cerca de las once de la mañana no salía de la Iglesia. Cuando ya se había marchado toda la gente, tomaba el Santísimo y comenzaba las visitas a los enfermos. Los saludaba cariñosamente, interesándose por sus dolencias. Si le pedían la comunión, los preparaba para recibirla. También les ayudaba a dar gracias. Así pasaba toda la mañana, hasta la comida, sin haber ido a desayunar».

Esta visita matinal de carácter más religioso se complementaba con otra vespertina, más reposada y afectiva. Si el enfermo era pobre, al marchar depositaba su limosna debajo de la almohada. Más de una vez se pasó noches enteras a la cabecera de alguno. Especial empeño ponía en la atención a los moribundos.

Este era don Manuel: viviendo los problemas de sus feligreses desde dentro. Participando cordialmente en ellos. Verdaderamente *pobre con los pobres*. Vestía y calzaba pobremente, comía pobremente, vivía pobremente. Se privaba de lo superfluo y hasta de lo conveniente, para socorrer a los demás. Daba y se daba sin escatimar sacrificio alguno. Todo el mundo le respetaba y le quería.

Por eso el sorpresivo anuncio de su marcha causó una gran conmoción en el pueblo. Así narra la despedida el

Hermano Isidro, S.J., una de las vocaciones religiosas de aquellos años: «En las vacaciones de 1926, creo que en julio, cuando ya Anselmo y yo estábamos admitidos en el Noviciado, un día de fiesta nos invitó para que fuéramos con él a El Valejo. Fuimos, le ayudamos a Misa y en la homilía se despidió de la gente sin decirles dónde iba. En el camino de vuelta nos dijo que aquella misma tarde se iba al Noviciado de Carrión de los Condes (Palencia). Después, en la Misa de Santa María se despidió también del pueblo, diciendo más claramente que se iba al Noviciado de los jesuitas. Hubo mucha gente que lloró en la Iglesia».

El mismo don Manuel recordará después con emoción su despedida: «¡Cuánto lloraban —dice— cuando me fui al Noviciado! En la Misa les dije cómo me tenía que marchar. No pude contenerme sin llorar. Terminada la Misa, iban a casa aquellos hombres:

—Pero ¿cómo se nos va? Usted va —dice— a santificarse más. Pero, ¿y nosotros?

Aquello me desgarraba el corazón. Yo pensaba: si no les viene un sacerdote celoso y santo, estos pobres —tal vez muchos— no llegarán a donde pudieran haber llegado.

Antes de marcharme, les dije:

— Ahora olvídense de mí por completo; recuérdennme únicamente en sus oraciones, y entréguenme por completo al otro párroco».

Antes de montar al coche que le alejaría para siempre de Santa María, quiso el cura dirigir al pueblo unas palabras. La voz se le enturbió por la emoción, y no pudo hablar. En su lugar habló brevemente el maestro, interpretando los sentimientos del párroco. Mientras el coche se alejaba por la polvorienta carretera, por las mejillas de todos los presentes resbalaban incontenibles las lágrimas.

4. EN LA ESCUELA DE LOYOLA

Al llegar a Salamanca, se dispone a tomar el coche de línea en la plaza de Santo Domingo. Allí se encuentra con su prima Gertrudis, y se establece este diálogo:

— Pero Manuel, ¿y cómo te vas ahora, con lo que te quiere la gente de Santa María?

— Mira prima: ahora es cuando voy a ser feliz, plenamente feliz.

Imposible penetrar en las profundidades de su proceso vocacional. Dios y él lo sabrán. Pero no podemos olvidar aquellos sus deseos infantiles de ser *jesuita* y su formación seminarística eminentemente jesuítica. También sabemos que en Santa María siguió en contacto con la espiritualidad de la Compañía y leyó algún libro sobre la vocación del jesuita. El caso es que, por mediación de doña Teresa, la maestra, se puso en contacto con el Padre Rafael Garrido, S.J., al que consultó sus inquietudes espirituales. Marchó con él a Carrión de los Condes y, en unos días de retiro espiritual bajo su dirección, dejó decidido el asunto: sería jesuita.

Parece que el deseo de una mayor santificación jugó un papel decisivo en su opción. Recordemos lo que él nos decía: «ya en mi niñez se apoderó de mí la idea de la santidad que me ha dominado durante toda mi vida». Y esa es la explicación que dió a los feligreses de Santa María al despedirse de ellos: que iba a santificarse más.

Sería jesuita y sería santo. Esa era desde entonces toda su ilusión.

Llegó, pues, a Carrión de los Condes (Palencia), donde antes había hecho un retiro para dilucidar su vocación. Allí tenían los jesuitas de la Provincia de León su Noviciado. Fue apuntado en el libro de los novicios el día 30

de julio de 1926, haciendo el número 304 de los ingresados desde que se constituyera dicha Provincia jesuítica en 1918. Desde entonces sus compañeros de Noviciado empezarían a llamarle Padre García.

El día 7 de agosto se producía el relevo en el cargo de Maestro de Novicios: el Padre Isacio Morán era sustituido por el Padre Rafael Garrido, precisamente quien más de cerca había seguido su proceso vocacional. Era el nuevo Maestro austero y asceta, en perfecta sintonía con el nuevo novicio.

Los comienzos del Noviciado del Padre García no pudieron estar más marcados por la provisionalidad: al cambio de Maestro de Novicios sucedería pronto el traslado del Noviciado a Salamanca. La actitud del Padre García en esos días de tremendo ajetreo la recuerda muy bien un compañero suyo: «No sólo cargaba con todo lo que le echaban encima, sino que se prestaba para todo. Primero en Carrión, para dejarlo todo en orden, luego en Salamanca, para ponerlo en marcha otra vez. Siempre estaba dispuesto para todo».

El día 7 de octubre fue el día del viaje. Y ya tenemos a nuestro Padre García nuevamente en Salamanca, ciudad que le viera nacer un día no muy lejano al sacerdocio de Cristo.

La nueva sede del Noviciado era un espléndido edificio recién construido en el Paseo de San Antonio, a las afueras de la ciudad. El 10 de octubre, fiesta de San Francisco de Borja, fue el día escogido para la inauguración de la casa.

Casi todos los novicios eran adolescentes o poco menos. Y junto a ellos cuatro o cinco sacerdotes, que, al igual que el Padre García, habían entrado en el Noviciado después de algunos años de ministerio sacerdotal. Se puede comprender la dificultad de trato que esta situación creaba a los sacerdotes, obligados a acomodarse continuamente a mentalidades mucho más infantiles. Por lo demás, las prácticas del Noviciado debían de parecer un juego de ni-

ños al Padre García, acostumbrado a la durísima vida parroquial.

La mayoría de los recuerdos de sus compañeros de noviciado resaltan la sencillez y naturalidad con que el Padre llevaba la convivencia con los más jóvenes: «Su trato era muy agradable —cuenta uno—, y los más pequeños procurábamos juntarnos con él en el recreo y le hicimos *capellán* de la que llamábamos nuestra mínima Compañía, es decir, la de los pequeños». También resaltan la admirable unión que lograba entre su austeridad personal y su llaneza y amabilidad con todos. Le recuerdan incluso como chistoso en los momentos de expansión.

En la primera distribución de los cargos comunitarios, al Padre García se le asignó uno de los oficios más bajos y humildes: la limpieza de los retretes. A este respecto escribe uno de los connovicios: «Cuando le tocaba, siempre elegía las tazas, donde metía los brazos sin escobillas para limpiar. Los novicios decíamos que era para mortificarse». Uno de los actos típicos del Noviciado eran los llamados *tonos*, un ejercicio para iniciarse en el arte de predicar. Le tocó romper el fuego al Padre García: «Improvizó —dice uno— sobre la escena de la madre de los Zebedeos. A nosotros, chavales todavía, nos metió el resuello en el cuerpo y nos puso la carne de gallina, no sólo por las voces que daba, sino también por lo que decía». Otro acto del Noviciado era el llamado *ejercicio de modestia* o capítulo de faltas. Todo lo que le dijeron era que reía con una voz muy gruesa y que comía poco.

San Ignacio propone para los novicios varias pruebas. La primera la práctica del mes de Ejercicios. El Padre García lo practicó desde el 4 de noviembre hasta el 7 de diciembre de 1926. Sólo ha podido recogerse un dato, aunque bien significativo: «Un día paseando —cuenta un connovicio— le preguntamos qué le gustaba más de los Ejercicios. Y, sin dudar un momento, nos dijo que la Pasión de Cristo. En eso se retrató».

En otra de las pruebas sirvió en un Hospital durante un mes, desde el 10 de enero hasta el 11 de febrero de

1927. Le impresionaron los gritos de un pobre trastornado. Posteriormente aludirá al caso al hablar del infierno a los que con él practicaban los Ejercicios espirituales.

La prueba de peregrinación, en dirección al Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia, hubo de interrumpirla a causa del mal tiempo. Al principio sintió repugnancia del sombrero que le proporcionaron en casa y le daba reparo pedir limosna. Después andaba a porfía con sus acompañantes. En uno de los pueblos después de pedir limosna y repartir entre los pobres el fruto de la colecta, pasó casi el día íntegro ante el Sagrario.

Durante otro mes, a partir del 21 de abril de 1927, ayudó al cocinero en los oficios más costosos de la cocina. Este trabajo, en una casa de 160 comensales, resultaba especialmente penoso.

Pocos fueron los ministerios apostólicos en este tiempo de interiorización del Noviciado. Alguna catequesis, alguna predicación esporádica, y poca cosa más. En compañía del Padre Brusi, otro novicio sacerdote, dirigió unos Ejercicios abiertos durante la semana de Pasión a los obreros de los barrios de La Prosperidad y El Rollo. También ayudó varias veces en fechas señaladas al párroco de Terradillos. Entonces pudieron comprobar los moradores de aquella casa parroquial que el Padre García no había estrenado la cama durante varias noches. El cura confesó después que no había conocido a nadie con tanto espíritu sobrenatural como a aquel novicio jesuita. Los fieles se hacían lenguas de sus predicaciones y formaban grandes colas ante su confesonario.

Pero lo más importante del Noviciado era la vida interior y el ejercicio de las virtudes. La interioridad del Padre García se hallaba totalmente centrada en Cristo: «En el Noviciado —dijo él— me proponía cada mes una de las máximas cristológicas de San Pablo: *Jamás me gloriaré, a no ser en la cruz de Cristo; para mí la vida es Cristo, etc.*». Fruto de esta relación personal con Jesucristo fue la hondísima consagración al Sagrado Corazón que hizo el día de su fiesta de 1927: «¡Oh Corazón de mi amantísimo Je-

sús! ¡Oh esposo de mi alma y Amor de mis amores! Quiero consagrarme entera y perpetuamente a Vos. Quiero, divino Corazón, que Vos seáis el único dueño de todo mi ser y poseer, sin que haya en mí nada que no sea de Vos y para Vos». Hasta el fin de su vida le acompañaría esta consagración en su Breviario.

Si quisiéramos caracterizar la espiritualidad de aquel novicio, tendríamos que recurrir a lo que sería toda la vida futura del Padre Nieto: oración y penitencia. Su figura de rodillas en la capilla, tanto en los ratos de oración común, como en otros tiempos libres de ocupaciones comunitarias, la tienen todavía grabada muchos en su interior, a pesar de los años transcurridos. Y junto a la oración, la penitencia. Que comía poco, ya lo sabemos. Pero además buscaba siempre lo peor de la fuente. «Así como el goloso o glotón se tiran a lo mejor, así —comenta uno— se tiraba él a lo peor de la fuente: a lo que tuviera más espinas o nervios». También en el sueño ejercitaba la penitencia. Con sigilo, para no molestar, se levantaba antes que los demás y se iba a la capilla. Sobre la disciplina escribe un novicio que compartió con él habitación una temporada: «Los días de disciplina empezábamos al mismo tiempo. Yo terminaba pronto, me acostaba y me dormía. Bastantes veces en que yo despertaba, advertía que él seguía todavía disciplinándose. ¿Se disciplinaba varias veces durante la noche?».

Finalmente no podemos silenciar otro aspecto de la vida interior del Padre García: sus ansias misioneras. Como él mismo contó, se las expuso más de una vez al Maestro de Novicios.

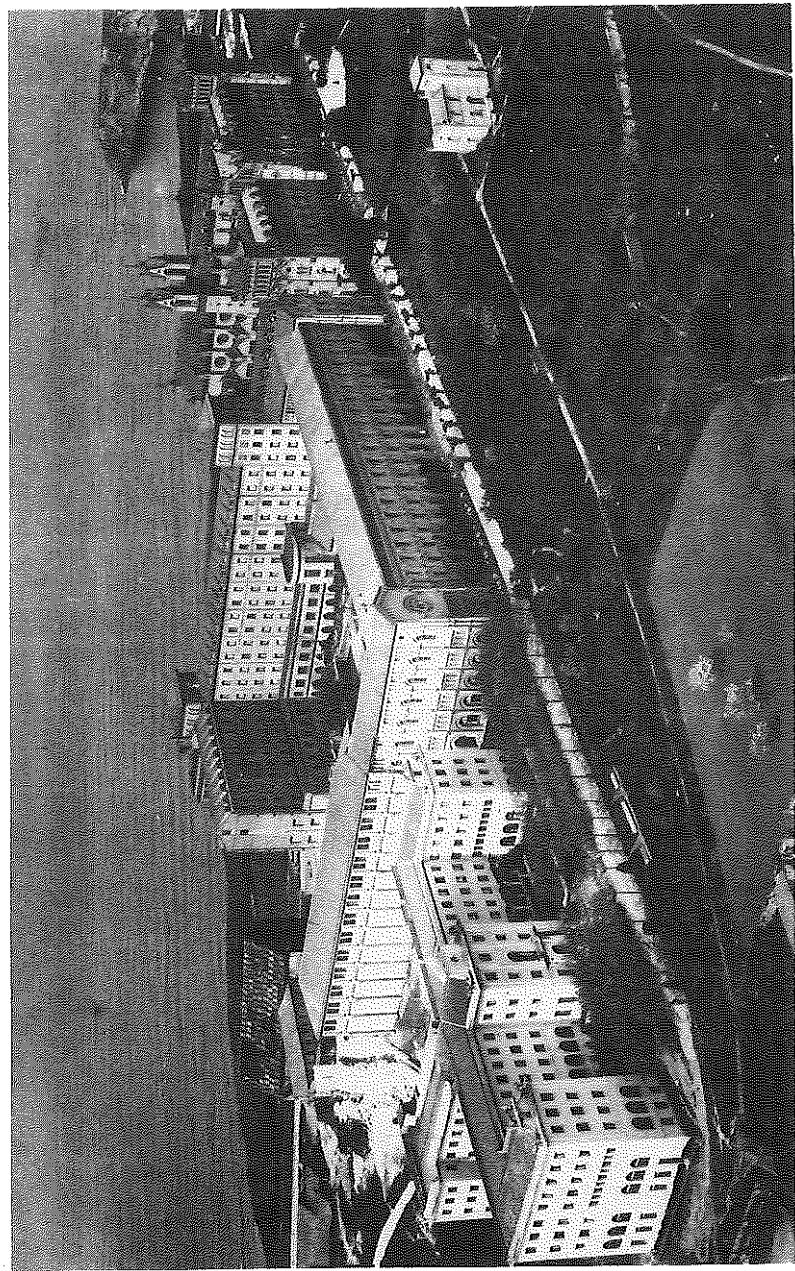
El Noviciado tocaba a su fin. El Padre Provincial le concedió los votos el día de *Corpus* de 1928. Pocas semanas después inició ocho días de Ejercicios como preparación para su emisión, que fue el 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola. Para él, el comienzo de una nueva vida, por la que llevaba suspirando mucho tiempo. Por fin era jesuita. En su interior exclamaría, como años más tarde: «¡Oh bendita Compañía de Jesús! Tú mereces toda la es-

estima de mi entendimiento, todos los amores de mi corazón». No defraudaría aquel hijo a su madre la Compañía.

Al día siguiente de los votos se despidió de la comunidad de los novicios y pasó a vivir con la de los *juniores*, en otro pabellón del edificio. A pesar de ser tiempo de vacaciones, el Padre García siguió su tónica de recogimiento y penitencia: se levantaba antes que los demás y dedicaba la mayoría de su tiempo a la oración. Poco duró su estancia en la comunidad del Juniorado, ya que aquel mismo verano fue destinado a Oña (Burgos) a repasar los estudios teológicos.

El curso académico 1928-29 supondría para él el fin de su corta e intensa formación jesuítica, antes de lanzarse a la vida activa de apostolado. El escolasticado de Oña, perteneciente a la Provincia jesuítica de Castilla, era un prestigioso centro de estudios, del que habían salido afamados filósofos, teólogos, historiadores, etc. En aquella enorme comunidad —mayor aún que la de Salamanca— el Padre García iba a pasar bastante desapercibido; pero no lo suficiente para que sus compañeros no captaran en seguida sus extraordinarias cualidades espirituales: «Convivió con nosotros en Oña —escribe el Padre Marturet— un curso, siendo yo teólogo. Era el Padre García Nieto hombre pequeño, con voz bien timbrada, feo, pero santo. Salí con él de paseo bastantes veces. La conversación iba siempre a lo espiritual: lo terreno —y aun lo científico— le interesaba menos. Su conversación era sencilla, pero su fe era la de un hombre santo, plenamente convencido de su camino, sin pizca de vanidad. Le recuerdo como hombre austero y penitente».

Cuentan los familiares del Padre Nieto que éste fue a Sevilla en 1929 a ver a su hermana religiosa. Él parece situar esta visita durante su estancia en Santa María de Sando. De haberse efectuado en 1929, tuvo que ser durante el verano, una vez concluido aquel año de estudios. Fue una visita de despedida hasta la eternidad.



Seminario y Universidad Pontificia de Comillas (Santander)

5. FORMANDO SACERDOTES DE CRISTO

Los Superiores pensaron que había llegado el momento de que aquel árbol lleno de vida empezase a producir frutos. De ahí que, al acabar aquel año de estudios, le destinaran a Comillas, en la costa cantábrica, donde los jesuitas regentaban un Seminario y Universidad Pontificia. Desde el primer momento empezarán allí a llamarle *Padre Nieto*, con cuya denominación iba a pasar definitivamente a la historia.

¿Se le ocurriría pensar entonces que aquel iba a ser el único destino de su vida religiosa? Casi medio siglo dedicado por entero a formar espiritualmente a futuros sacerdotes.

El Seminario de Comillas fue fundado por el Padre Tomás Gómez, S.J., ayudado por el primero y segundo marqués de Comillas. Se inauguró en 1892. Con ocasión de sus bodas de oro, en 1942, el Padre González-Camín escribió una historia de tan gloriosa institución. La etapa que se inicia con la llegada del Padre Nieto la califica el historiador como la de constitución de una «Universidad moderna y centro de investigación eclesiástica». Era entonces Comillas sin lugar a dudas el centro de formación sacerdotal más acreditado de España. Algo verían los Superiores en el Padre Nieto cuando, con tan poco tiempo de vida jesuítica, le destinan a él.

Era el 15 de setiembre de 1929. Un grupo de jesuitas, entre ellos nuestro Padre Nieto, arriban a Comillas por la carretera de Torrelavega. La carretera discurre por la costa entre agrestes acantilados. A la izquierda, coronando el cabezo, en cuya falda se reclina el caserío de Comillas, el palacio de los marqueses de Movellán, al que todos llaman *La Coteruca*. El poblado es una extraña mez-

cla de chalets, palacetes, casas rústicas y humildes tugurios. Los viajeros bajan del autobús en la plaza y, dejando atrás el poblado, inician la penosísima subida de La Cardosa. A la izquierda, en el suave declive de Sobrellano, divisan la capilla-panteón y el palacio de los marqueses de Comillas. Y allá de frente, la imponente silueta de los Picos de Europa.

Al llegar a lo alto de la cuesta, la espléndida fachada del edificio antiguo del Seminario. Más allá, guardando línea, un segundo pabellón construido a principios de siglo. Y detrás, sirviendo de fondo al cuadro, el inmenso lienzo azul del mar cantábrico.

Este es el espléndido marco en el que va a desarrollarse desde ahora la vida de nuestro protagonista. El llega a Comillas para ser Padre Espiritual de los seminaristas más pequeños. Cuando se lo propuso el Padre Provincial, objetó que no se consideraba preparado para un centro tan prestigiado como Comillas. Pero obedeció, porque consideraba que esa era la voluntad de Dios, que supliría con su gracia.

Se estrenó en su cargo con la dirección de los Ejercicios espirituales de principio de curso. Sobre ellos escribe un misionero de Bolivia, muchacho entonces: «A todos nos hizo un impacto enorme, sobre todo las meditaciones de las verdades eternas y sobre Jesucristo. Yo creo que muchos debemos a esos Ejercicios nuestra perseverancia en la vocación». Su aparición fuerte, ruda, brutal en sus expresiones a lo Juan Bautista, contrastaba con la figura aérea y la expresión meliflua de su predecesor, el Padre Gar-Mar. Todos coinciden en que proponía a los chicos una ascética excesivamente ambiciosa: «En vez de leche, como hacía San Pablo —escribe uno—, nos alimentaba con manjar demasiado sólido. En sus pláticas y meditaciones colocaba el listón demasiado alto. Por el contrario, en el sacramento de la penitencia nos recibía con la máxima comprensión hacia nuestros fallos, como si no fuera el mismo de los altos ideales expuestos en público.

En cuanto a la dirección personal es posible que tampoco atinara, al menos con algunos. Con todo y con eso, todos, aun los más pequeñitos, le teníamos por santo, y ya empezaba a hablarse de su vida de oración y penitencia».

Un día de retiro dió una plática a los Teólogos. «El impacto que nos causó —escribe uno de ellos— fue impresionante. Jamás habíamos oído hablar con esa convicción, unción y fuego santo».

La talla del Padre Espiritual de los pequeñitos se fue agigantando desde entonces ante los mayores, que le solicitaron para sí a los Superiores. De este modo el Padre Nieto encontró su hueco, aquel para el que la divina Providencia le destinaba, sustituyendo al Padre Nazario, conocidísimo publicista mariano, al frente de la dirección espiritual de los filósofos, teólogos y canonistas.

El Padre Nieto, con todos los bríos de sus 35 años, empezó al punto a multiplicarse en pláticas, retiros, puntos de meditación, etc. Sólo en el curso 1930-31 impartió 100 pláticas. Además empezó a hablar todas las noches a los seminaristas como preparación de la meditación de la mañana siguiente. Muchos años perseveraría en esta cita diaria con ellos: «Aquellos puntos de la noche —escribe un teólogo de aquellos primeros años—, sin dispensarse un solo día, nos hicieron mucho bien. Era un machaqueo diario de fe y sobrenaturalismo, que nos hizo mucha mella y llegó a crear y profundizar en nosotros las grandes convicciones y actitudes sobrenaturales». Lo mismo podrían repetir las generaciones siguientes.

Todo auguraba normalidad, paz, trabajo sin sobresaltos. Pero las aguas sociales y políticas venían muy revueltas en aquellas postrimerías de la monarquía, hasta que llegó la II República con sus quemados de conventos y finalmente con la disolución de la Compañía de Jesús. El talante interior del Padre Nieto queda reflejado en la reacción ante estos acontecimientos. Al llegar a Comillas la noticia de la quema de conventos, la comunicó muy impresionado el Prefecto de Teólogos a la comunidad. «Fui-

mos como siempre —narra uno de ellos— a la Iglesia de la Universidad al examen de conciencia y despedida del Señor, y apareció el Padre Nieto todo eufórico en el presbiterio, como si nos convidara a bodas, arengándonos a prepararnos a lo que pudiera sobrevenir, casi casi al martirio. Nos dijo algo parecido a esto:

— ¿Qué nos puede hacer el ruso? ¿Córtarnos la cabeza? Pues que se quede con ella, que yo me voy al cielo».

Su labor en Comillas era insustituible ya al poco tiempo. En el verano del 31 fue nombrado Rector el Padre Tomás Fernández. Pronto diría al Provincial:

— Quítame cualquier Padre que necesite para otra obra; pero, por amor de Dios, no se lleve de aquí al Padre Nieto.

Por el decreto de 23 de enero de 1932 quedaba disuelta la Compañía de Jesús en territorio español e incautados todos sus bienes. Afortunadamente la propiedad pontificia del Seminario de Comillas garantizaría la continuidad de esta institución. El Nuncio de Su Santidad en España actuó con toda celeridad, dando plenos poderes al Obispo de Santander, que procedió a nombrar los nuevos cargos. El día 29 de enero nombraba al presbítero Manuel García Nieto (sin S. J.) Director Espiritual del Seminario. Los Padres podrían seguir atendiendo a los seminaristas, aunque habrían de disolver su vida comunitaria. Vivirían en grupos de dos o tres en casas particulares en el pueblo de Comillas, que muchas familias amigas pusieron al punto a su disposición. El mismo día del nombramiento del Padre Nieto, los filósofos y teólogos celebran una hora santa de despedida. Lacónica, pero significativa, la anotación del bedel de los filósofos en el diario de esta comunidad: «Nos habló fervorosísimamente nuestro querido y santo Padre Espiritual, R. Padre Manuel García Nieto». Poco tiempo llevaba entre ellos y ya le consideraban santo.

Doña Luisa San Juan fue quien cedió parte de su casa al Padre Nieto, que tendría de compañero al Hermano

Iturri. El Padre se detendría allí lo imprescindible. Al principio los jesuitas de Comillas bajaban al pueblo a comer y a dormir, pudiendo pasar el resto del tiempo en el Seminario cumpliendo sus respectivos deberes con los seminaristas. Pero poco a poco fueron adquiriendo más confianza, dado que las autoridades se mostraban transigentes, de modo que en julio de 1936 eran ya raros los que pernoctaban en la villa.

Al principio de la disolución el Padre Nieto hubo de interrumpir la charla de la noche a los seminaristas, para poder regresar al pueblo a cenar. Pero pronto retrasó la hora de su bajada, sin duda a costa de la cena, por no perder la oportunidad de dirigirse a sus hijos en aquellos momentos importantes del final de la jornada. Eso y su amor a la oración hicieron que más de una vez no bajase siquiera a dormir. Un teólogo de entonces cuenta: «Constaté que algunas noches el Padre Nieto había prolongado la oración y, cuando se daba cuenta, ya no le merecía la pena bajar al pueblo, por lo que enlazaba con la oración de la mañana». En las idas y venidas al pueblo el Padre iba a cuerpo limpio, rechazando un impermeable que quisieron regalarle. Y eso a pesar del clima húmedo de Comillas. Sobre la sotana del Padre Nieto cayeron no pocos aguaceros, tanto en estas subidas y bajadas ordinarias, como en sus correrías por las callejuelas de Comillas y pueblos cercanos en las visitas a los pobres y enfermos, que inició inmediatamente de su llegada al Seminario. Pero de su caridad con los pobres hemos de ocuparnos con más detenimiento en capítulo aparte.

El Padre Nieto salía poco de viaje durante el curso, dedicado como estaba en cuerpo y alma a los seminaristas. Tan sólo en el verano se dedicaba a dirigir Ejercicios espirituales. Eran sus vacaciones. Sin embargo alguna vez aceptaba algún ministerio apostólico fuera de Comillas. Así, por ejemplo, al final del curso 1933-34 le vemos por su villa natal, Macotera. Le había invitado su padraastro a predicar en las fiestas del *Corpus Christi*, pues era ma-

yordomo aquel año. Ya habían llegado a Macotera los ecos de la fama de santidad de aquel hijo del pueblo y había verdadera curiosidad por verle y oírle. Predicó el día del *Corpus* y el *Domingo Sacramento*. Nunca se habían oído sermones tan estupendos, tan llenos de amor arrebatado por Jesús sacramentado.

El predicador se alojó en casa de su padrastro. Tanto la encargada de arreglar su habitación como otras personas del pueblo pudieron comprobar que dejó intocada la cama. Ni una sola noche la había usado. Por una ventana le vieron dormir plácidamente sentado en una silla.

Aquellos días visitó a sus familiares. Una vez, de camino a una casa, alguien le indicó al pasar por delante de la que le viera nacer:

— Manuel, mira tu casa.

Pero él, sin levantar siquiera la vista, contestó:

— Mi casa es el cielo.

Hacia algún tiempo que una sobrina suya, Manuela Cuesta, deseaba ingresar carmelita descalza en Alcalá de Henares. Había bregado lo indecible con su padre, pero éste no le otorgaba el permiso. Cuando llegó el tío, Manuela se desahogó con él. El Padre Nieto buscó al padre de Manuela, habló detenidamente con él y se rindió el baluarte. Manuela pudo marchar al Carmelo, llegando a ser priora del convento llamado de la Imagen. Murió en olor de santidad. ¡Qué hermosa vocación la ganada para Cristo por la palabra de fuego del Padre Nieto!

No volvió el Padre a su patria chica, Macotera. Su patria grande, la del cielo, era la que ocupaba día y noche su mente y su corazón. Los lazos de la tierra y los de la carne y sangre habían sido rotos hacía mucho tiempo y sublimados por otros amores superiores. Sin embargo el Padre Nieto quiso siempre mucho a su tierra y a sus parientes; lo demuestran las cartas que conservamos.

Pero volvamos a Comillas, en concreto al curso 1932-33. Acababa de promulgar Pío XI la Constitución

Apostólica *Deus scientiarum Dominus*, regulando los estudios eclesiásticos y la consecución de grados académicos en las Universidades y Facultades de la Iglesia. Comillas se decidió a ajustarse a las exigencias de la Constitución, que imponía un elevado número de profesores y disciplinas, y hubo que echar mano de todas las fuerzas disponibles. Y hete aquí al Padre Nieto convertido en flamante profesor universitario de *Teología Pastoral* y *Teología ascética y mística*. Sumiso a la obediencia, aceptó el nombramiento, aunque es probable que fuera consciente de su insuficiente preparación. «Sus clases —comenta un alumno— daban la impresión de enmarcarse más en el género de plática espiritual, que en el de clase universitaria. A veces teníamos la impresión de estar oyendo una más de las varias que nos dirigía como Director Espiritual. Los alumnos en ocasiones le pusieron en aprietos, por ejemplo en la discusión, muy viva entonces por causa del cardenal Mercier, sobre los estados de perfección. A pesar de todo, se aprendía más con él que con el libro. Su experiencia pastoral y espiritual daban a sus palabras una gran autoridad. Él, más que sus ideas y explicaciones, era la auténtica *Pastoral* y la auténtica *Ascética y Mística*».

El Padre Nieto siguió hasta la guerra impartiendo sus clases en ambas disciplinas. Desde la postguerra le veremos sólo con la *Teología Pastoral*, que fue perdiendo paulatinamente importancia académica.

Hemos de resaltar dos aspectos de la actividad del Padre muy presentes ya desde el principio: la devoción al Corazón de Jesús y a la Santísima Virgen. A la vez que tomó la dirección espiritual de los seminaristas mayores, empezó a dirigir también el Apostolado de la Oración y las Congregaciones marianas erigidas en el Seminario.

Enorme celo desplegó en la celebración del centenario de la llamada *gran promesa* del Sagrado Corazón al Padre Hoyos de reinar en España con más veneración que en otras partes. Era el año 1933. A los actos con los semi-

naristas se sumó también un triduo en la parroquia del pueblo. El último día que predicó el Padre Nieto se repartieron cerca de un millar de comuniones.

No escatimaba esfuerzos por inculcar a los seminaristas la devoción al Corazón de Jesús. Promovió la comunión reparadora, los primeros viernes, la novena de la confianza, las visitas al Corazón Eucarístico de Jesús, las horas santas, las consagraciones etc., etc. *La liga de víctimas* fue otra de las iniciativas en que puso especial empeño: ya al final de 1931 comunicó su intención de establecerla en las distintas comunidades. Y así lo hizo en los meses siguientes. Esta práctica le era especialmente querida, por su especial relación con la Pasión del Señor. También promovió los llamados «oficios del Sagrado Corazón». Durante el verano impulsaba la campaña de entronizaciones y consagraciones de las familias: «Después de su gran devoción a la Eucaristía —escribe un sacerdote—, debo mencionar otra de sus grandes devociones a Jesús: la del Sagrado Corazón. Durante la Novena y la Fiesta del Corazón de Jesús sus palabras respiraban fuego. Y para que este fuego se expandiese, al irnos de vacaciones, ya desde pequeños, nos llenaba las maletas de folletos y estampas del Sagrado Corazón, para que trabajásemos en la consagración de las familias».

El Padre Espiritual insistía sobre todo en lo interior. Según el estilo de la época, abundaban entonces los símbolos y las imágenes; pero él procuraba que se fuera al fondo de las prácticas. El fin a conseguir a través de ellas era la vida de íntima unión con Jesucristo. Por otra parte todo debía de ir orientado a la vida del Seminario, al cumplimiento del deber cotidiano.

Y junto al Apostolado de la Oración, las Congregaciones marianas. Ambas instituciones tuvieron en él su lazo de unión. Con el tiempo incluso el Apostolado quedaría integrado en la Congregación. Desde el año 30 dirigió la Congregación del Teologado, fundada en 1923 por el Padre Rodrigo. Las del Filosofado y Seminario menor em-

pezaría a dirigirlas después de la guerra. El Padre Nazario había ido formando un museo mariano con la adquisición de diversos cuadros de las Vírgenes de España. El Padre Nieto tomó muy a pecho la ampliación del museo, animando a los seminaristas a adquirir nuevos cuadros. De este modo el tránsito o galería de las Vírgenes, en el Teologado, fue ampliándose paulatinamente con nuevas advocaciones.

Las distintas efemérides marianas y los diversos actos ordinarios de la Congregación le brindaban la ocasión de inculcar la devoción a la Virgen. Especial solemnidad adquirían la fiesta titular de la Congregación del Teologado, la Purificación, la Novena y Fiesta de la Inmaculada y el mes de mayo. En estas fechas se desvivían los congregantes por honrar a la Santísima Virgen, estimulados por su Director.

Conservamos una serie de exámenes prácticos que el Padre Nieto proponía cada día del mes de mayo a los seminaristas. En ellos se centra en puntos fundamentales del Evangelio: de este modo la devoción a María que él inculcaba iba orientada a que el seminarista madurase cada vez más cristiana y sacerdotalmente. A lo largo de todo ese mes los chicos iban depositando en una urna papeletas con los obsequios que ofrecían en honor de la Virgen, para ser quemadas el último día en el transcurso de una solemnísima procesión con las imágenes de las respectivas comunidades. Cada comunidad se esforzaba por aventajar en fervor a las demás, en adornar a sus respectivas imágenes, etc.

Pronto instituye en la Congregación la sección del buen ejemplo o del reglamento, con el compromiso de cumplirlo lo más perfectamente posible. Insistirá una y otra vez que el mejor congregante de María es el mejor seminarista, el más fiel cumplidor de su deber, y que la vida y vigor de la Congregación no ha de medirse por la solemnidad de las celebraciones, sino por el comportamiento de los congregantes.

Como punto central de la piedad mariana inculcaba la consagración a María. A algunos les proponía el camino de la esclavitud mariana de San Luis María Grignon de Montfort, como más profundo y exigente.

El amor a la Virgen, que el Padre Nieto se esforzaba por infundir en los seminaristas, no era más que un reflejo del que bullía en su propio interior. Recuerdan bien los antiguos alumnos de Comillas el fuego con que hablaba de la Virgen, sólo superado por sus palabras sobre Jesucristo.

Volvamos la vista hacia el exterior. La República caminaba inexorablemente hacia la desintegración. El Padre Nieto estaba entregado totalmente a su tarea, como si quisiera apurar un tiempo que se preveía breve. En una época en que se gustaba de contabilizar los ministerios apostólicos, se ofrecen estos datos de los del Padre en uno de aquellos cursos: 3 sermones, 200 pláticas, 7 tandas de Ejercicios, 24 días de retiro, 6 horas santas y 200 confesiones (aparte, naturalmente, de las de los seminaristas). Le vemos ya, pues, desde estos primeros años proyectado hacia el apostolado de los Ejercicios espirituales, que llegará a su floración mayor después de la guerra. Sin embargo, su actividad fundamental se centraba, como era lógico, en la atención a los seminaristas.

Inolvidables aquellos minutos nocturnos con la Iglesia a media luz. Desde el pasillo central se dirigía a los seminaristas: «Nos decía —escribe un teólogo de entonces—: ¿Dejáis de comer algún día, porque no podéis hacerlo a la hora acostumbrada? Pues lo mismo con la meditación: que no se puede a primeras horas..., pues a media mañana. Que habéis llegado a la noche sin hacerla..., prended fuego a la cama, antes que meteros en ella sin haber hecho la oración».

Inolvidables también los Ejercicios espirituales a los que iban a recibir las órdenes sagradas. Se puede decir que, desde sus primeros años de su estancia en Comillas, se convirtió en el director nato de estos Ejercicios. Los seminaristas no querían a otro ejercitador.

Así, entre los sobresaltos de la política y la generosa dedicación a la propia tarea iban transcurriendo aquellos años turbulentos. Cuando algún acontecimiento amenazador hacía pegar a todos el oído a la radio, él decía:

— No tanta radio, que la mejor radio la tenemos aquí... Y señalaba el Sagrario. Ponte ahí a la escucha, a ver qué te dice Cristo.

Cada desmán de los poderes públicos o de las masas filocomunistas encontraba siempre en él una réplica reparadora: una hora santa, una exposición con el Santísimo, un acto de desagravio. Exhortaba continuamente a los suyos a entregarse cada vez con más fervor para compensar tantos ultrajes inferidos al Corazón de Jesús.

Algunos opinaron entonces que, dado el cariz de los acontecimientos de los primeros meses de 1936, lo prudente hubiera sido enviar a los seminaristas a casa. No se hizo así, aunque se adelantaron unos días los exámenes finales. No sabe uno si achacar a santa inconsciencia o a ilimitada confianza en Dios la actitud del Padre Nieto, quien, ante una casi segura conflagración bélica, se lanzaba todavía a planes apostólicos. Lo cuenta Urbicio Ortún, que concluía aquel año su carrera sacerdotal en Comillas: «Soñaba el Padre Nieto —dice— en reunir a varios ordenandos aquel año y trabajar con ellos en equipo a partir de octubre de 1936. Para lo cual se alquilaría una casa en el mismo Comillas y viviríamos independientemente una vida intensa de piedad. Al mismo tiempo nos encargariamos, con el Padre Nieto como Director, de ayudar a los párrocos del contorno. Tenía ya los permisos de los Padres Provincial y Rector y del señor Obispo de Santander y Párroco de Comillas. Los que íbamos a formar el equipo, 6 u 8, esperábamos obtener el permiso de nuestros respectivos prelados. La guerra echó abajo todos estos proyectos».

A pesar de la situación, no se replegó sobre los trabajos internos del Seminario. Continuó imperturbable hasta el último momento visitando y socorriendo a los po-

bres y enfermos de Comillas y alrededores, sin preocuparse de colores políticos. Pronto se vería lo que los pobres pensaban de él.

Lo que pensaban en el Seminario se deja suponer. Ya había adquirido una fama universal de santidad. Su palabra, y sobre todo su ejemplo, cautivaba de tal modo a los seminaristas, que no dudan en proclamar que se hallan ante un santo de cuerpo entero. Uno exclama: «Recibía yo por aquellos años anteriores al movimiento nacional las sapientísimas instrucciones del Padre Nieto: aquellos años fueron para mí de emoción espiritual nunca superada». Otro recuerda el impacto que produjo desde el primer momento su «convicción, unción y fuego santo». Un tercero conserva presente su figura «pegada a los pies del Sagrario», mientras otro siente aún en sus oídos «los inmisericordes golpes de disciplina» que salían de su habitación por las noches.

Su amor al Sagrario quedó para siempre reflejado en aquella respuesta a quien, después de una excursión con los canonistas en 1934, le pregunta cómo lo ha pasado:

— Mal, porque yo, donde no hay Santísimo, me aburro.

6. LA GUERRA

El Seminario quedó, al estallar el movimiento, en zona roja. ¿Qué suerte correrían los edificios y, sobre todo, sus moradores?

El Padre Nieto practicó sus Ejercicios espirituales del 24 de junio al 3 de julio, con la intención de prepararse para los *últimos votos* o incorporación definitiva a la Compañía de Jesús, prevista para el día de la Asunción. Los acontecimientos obligaron a aplazar el acto. Pensaba realizar la renuncia de sus bienes, que había de preceder a la emisión de los últimos votos, para fundar una beca en Comillas o en una Misión de infieles. No debemos olvidar que el espíritu misional alentaba con mucha fuerza en el alma del Padre Nieto. Quiso ser misionero, «a lo Javier, a lo San Pablo», como él solía decir. Esas ansias misionales se acentuarán durante la guerra. Entonces renunciará efectivamente a sus bienes en favor del Seminario de Anking (China) y después apadrinará el distrito de Kweichih de dicha misión. De sus ansias misionales nace su celo misional, inculcando el mismo espíritu a los seminaristas, sobre todo en las campañas del DOMUND.

Pero volvamos a nuestra historia. Aunque el Padre Nieto dirigía casi siempre los Ejercicios de órdenes, aquel verano del 36 no fue así, porque el mismo día de su comienzo empezaba él a dirigir un mes completo de Ejercicios a siete antiguos alumnos. A tres de ellos los prepararía de ese modo para el martirio. De los tres había sido Director Espiritual en los años de Seminario, e imantados por su espiritualidad se presentaron en Comillas, desafiando todos los peligros, a templar sus almas en el palenque de los Ejercicios ignacianos. La valentía de que dieron prueba los tres mártires la atribuyó siempre el Padre Nieto al mes de Ejercicios. Comentaba:

— Después de un mes de Ejercicios, después de meditar una semana entera la Pasión de Cristo, no hay dificultad humana que se resista.

Si al principio de la guerra no molestaron a los moradores del Seminario más que los del Frente Popular de la villa, pronto tomaron cartas en el asunto las autoridades del Comité Superior de Santander. La Universidad de Comillas era «la Institución ideológicamente más significativa de toda la provincia de Santander», por lo que no era extraño que se quisiera demostrar que existía un nuevo orden de cosas en La Montaña incompatible con los fines de la Universidad.

Así las cosas, el 11 de agosto, hacia el atardecer, comenzó el altavoz del pueblo a difundir consignas, previniendo contra un cañoneo del *Cervera* desde la mar, con alusiones a una supuesta emisora clandestina localizada en la Universidad. A media noche se transmitió telefónicamente la orden de apagar todas las luces del edificio. Para entonces ya avanzaba hacia la Universidad una columna motorizada desde las alturas del Tramalón. Estaba integrada por 23 viejos autobuses y camiones, amén de algún que otro auto. Venían unos 100 hombres armados hasta los dientes a las órdenes de Jesús G. Malo. La mayoría eran milicianos. A las siete y media de la mañana del día 12 bloquearon todas las salidas del edificio e intimaron a los de dentro la orden de prepararse para partir hacia Santander.

La actitud del Padre Nieto en aquellos momentos fue verdaderamente ejemplar. Se dedicó a correr de un lado para otro, levantando el ánimo de todos y enfocando los acontecimientos desde una óptica totalmente sobrenatural. A un grupo le dijo:

— Estamos en las mejores manos. No nos faltará nunca la ayuda de Jesús y de María.

Exhortaba a todos a confesarse lo antes posible. Y al punto empezó a repartir absoluciones por los tránsitos

y alrededor del jardín. Como varios recuerdan, les animaba al martirio y les infundía esperanza con la promesa de la gloria eterna.

En unos momentos en que sólo se piensa en salvar el propio pellejo, ¿cómo se iba a olvidar el Padre Nieto de lo que él amaba más que a sí mismo? ¡El Santísimo...! Llevó en seguida a la capilla doméstica los copones de los otros sagrarios y, con 5 ó 6 seminaristas, consumió todas las formas consagradas.

Después de muchos registros y recuentos, los 200 moradores de la Universidad fueron amontonándose en los autobuses y camiones, fuertemente escoltados. En Comillas aguardaba a la caravana un grupo de 200 ó 300 personas, que, con los puños en alto, lanzaban insultos contra los jesuitas y seminaristas. Allí había muchas personas que recibían diariamente la comida del Seminario. Entonces se vio lo que el Padre Nieto —que, por cierto, no iba en la comitiva— significaba para las gentes de Comillas. Lo narra un protagonista: «Los pobres de Comillas tenían por santo al Padre Nieto. El día en que nos llevaron presos, al pasar por el pueblo e insultarnos, pude conocer a varios de sus socorridos. Y cuando los increpé desde el camión: Pero tú, ¿cómo insultas, si te dí de comer durante mi carrera, y últimamente con el Padre Nieto...? Al oír el nombre del Padre Nieto, todos enmudecieron avergonzados, como tocados por un talismán».

Volvamos al Padre Nieto, quien, como queda dicho, no iba en la comitiva. Junto con el Padre Rector y otros cinco había quedado a las órdenes del subjeefe de la columna asaltante para precintar las principales dependencias de la casa. Se efectuó el simulacro del precintado, y el pequeño grupo fue conducido también hacia Santander. Por primera vez podemos ceder la palabra al Padre, que escribió una escueta relación de algunos hechos de la guerra. «Al llegar al Ayuntamiento de (Santander) —escribe—, nos esperaba una multitud, compuesta en su mayoría de mujeres y chiquillos, que empezó a insultarnos.

A nuestra partida se echaron sobre el coche, mandaron bajar al Padre Rector, y la multitud se aglomeró sobre él gritando: ¡Muera!».

Aquella chusma, como contaba también el Padre Nieto, se hartó de decir a los jesuitas los más nefandos improperios y desvergüenzas; mientras tanto él meditaba en las palabras de Cristo: *Llega la hora en que el que os matare pensará que rinde culto a Dios.*

El Padre Rector quedó detenido y los demás fueron conducidos al colegio de los Padres Salesianos, en la calle Viñas, donde se hallaban los otros comilleses desde mediodía. El Padre Nieto se contenta con escribir de su vida en esta cárcel improvisada: «Dormí en el suelo en el comedor. Entramos el 12 por la noche, y salí con Alcorta, Goenaga y el Padre Regatillo el 19 por la noche». Pasaron toda clase de penalidades: mala y escasa alimentación, hacinamiento, incomodidad, etc. Pero lo peor era la incertidumbre sobre el futuro. El Padre pasaba largos ratos ante el Sagrario, pues se les dejó —¡cosa inaudita!— la capilla del colegio. Allí acudían a comulgar en la Misa que celebraba el Padre José, Superior del Colegio. El Padre Nieto se ponía en el presbiterio y, sin miedo alguno, confesaba a los seminaristas. Era de los pocos que seguía visitando la sotana.

A los pocos días el Frente Popular decidió soltar a los comilleses, con tal de que alguna persona solvente saliera fiadora por ellos. El Padre Nieto y otros Superiores quisieron salir los últimos, aun cuando se fue a sacarlos los primeros días. «El fue —cuenta uno de los presos— quien se interesó en buscar una familia que me avalorara, para dejarme salir libre, y encontrar una pensión donde alojarme». Esta fue una historia repetida. Hasta que no salieron los demás, él no quiso salir.

Dejemos nuevamente la palabra al Padre Nieto: «Fui-
mos a casa de don Albino Pajares, y con el Hermano Goenaga cené esa noche en la casa del bajo o sochantre de la Catedral. Celebré en la Iglesia de la Consolación y de-

sayuné en la misma casa, tomando por última vez pan blanco hasta el 20 de junio (de 1937). De allí fuimos a (la calle) Méndez Núñez, con Padre Regatillo y Alcorta, donde vivimos hasta el (21) de octubre. Fui todos los días a celebrar a la Iglesia de la Consolación. Celebraba la primera Misa, atravesando aquellas colas imponentes. El día 13 de setiembre, hallándome dentro de la Iglesia dando gracias, entraron los rojos y nos mandaron salir a todos. Se hallaban celebrando aún algunos sacerdotes. Al salir estaban en la puerta algunas personas, insultando a todos los que salíamos de la Iglesia. Se distinguió entre los insultantes una mujer, ya de bastante edad.

Ese mismo día fui, por la noche, al Rosario a Santa Lucía. Al terminar tiraron unas piedras, rompiendo los cristales de una ventana. Muy tempranito volví a ella en la mañana siguiente a celebrar: llegué al abrir las puertas. Aldasoro me dijo que podía celebrar en seguida, mas que sería el último día, porque habían dicho que cerrarían ese día la Iglesia. Y así fue. Fui a Misa de once y, a continuación, quedé unos momentos: llegaron dos hombres, subieron al altar, abrieron el Sagrario y mandaron salir a todos, quedando así cerradas con ésta todas las Iglesias de Santander. Desde entonces celebré en casa muy tempranito.

Nos visitaron por la noche algunas veces —dos fueron las más importantes— los milicianos: dos con su pistola en mano se presentaron a pedir (¿500 pts.?) para el criado de la cocina, o de lo contrario la cabeza del Padre Regatillo. La señora de la casa se alborotó con ellos en gran manera. Otra fue a las diez de la noche. Creo eran tres, también armados. Estaba haciendo el examen de la noche. Los otros ya se habían echado. Al preguntarme, les contesté cómo era de Comillas, que ya había sido registrado el maletín, pero podían, si querían, volver a mirarlo. No lo hicieron... Tomaron nota: *Aquí hay gato encerrado*. Nos trasladamos el día 21 de octubre a casa de doña Pilar Haro, (calle) Padilla, 4, 2.º derecha. Aquí continuamos esta vida hasta el 5 de enero, que fui a Bilbao».

¿Qué vida era esa? Una vida de auténtico heroísmo. Al salir del colegio-cárcel se vistió de paisano. ¡Qué facha la suya! Con una especie de guardapolvos o gabardina sebosa, unos pantalones arrugados que le colgaban por los cuatro costados y una boina mal puesta. De esta guisa recorría sin tregua las calles en busca de los seminaristas y familias cristianas para atender a todos material y espiritualmente.

He aquí lo que escribió el 30 de mayo de 1937 un seminarista que se había evadido del infierno santanderino: «Todos los encomios y alabanzas son pocos para el Padre Nieto, nuestra segunda Providencia. El se encargaba de buscar dinero para pagar hospedajes, alimentos para los que pasaban estrechez, ropa y calzado para todo el que lo necesitaba; y, en fin, todos los días tenía unas horas señaladas, durante las cuales, en un paseo determinado de la ciudad, podíamos hablarle todos para consultarle nuestras dudas, exponerle nuestras dificultades y planes, pedirle apoyo en nuestros peligros, sobre todo del alma, darle cuenta de conciencia, confesarnos... Y todo con desinterés, con un desprendimiento verdaderamente santo. Todo lo peor para él y para él todo sacrificio.

¿Qué más? Hasta se preocupaba —cosa incomprensible en Comillas— de saber todas las noticias posibles, para poder alentarnos a nosotros. Y como de esta suerte podía haberse disipado (aunque no he visto dar noticias con tanta presencia de Dios), por la noche poco sueño y mucho correazo. De su mortificación dos datos nada más. Tuvo que hacerse una operación dolorosísima en la nariz. Pues no tuvo más anestesia que el crucifijo. En otra ocasión tenía unas botas tan rotas y unas alpargatas tan desastradas, que, en cuanto lloviznaba, se empapaba los pies de agua. Después de muchos ruegos, consiguió una señora, hospedada en la misma pensión, que se pusiera unas botas que ella le había tenido que comprar. Pues bien, esas botas le rozaban y le hicieron una llaga. Él no dijo nada, hasta que tan escandalosa se hizo su cojera, que,

después de muchas instancias, consiguieron que se curara. Verdaderamente Dios nos lo guardó, y el día que volvamos a la casona (de Comillas), hay que hacerle un homenaje y, si posible fuera, un monumento».

Cuando Marcilla le curó la herida, quedó sobrecogido: «Entonces ví —escribe— que tenía una gran hinchazón de media rodilla para arriba; y, al decírselo, me dijo que eso estaba así desde hacía más de doce años, de derrame sinovial. Y que la otra pierna estaba igual desde hacía más de quince».

En Santander empezó la persecución religiosa casi inmediatamente después del alzamiento. El barco-prisión *Alfonso Pérez*, la ermita de Jesús del Monte o el acantilado del faro de Cabo Mayor fueron testigos de horripilantes escenas martiriales. El martirologio comillés de estos meses santanderinos se eleva a 22 entre jesuitas, sacerdotes y seminaristas. La muerte rondaba, por tanto, al Padre Nieto. Pero él la desafiaba a cada paso. El Padre Delgado, después de su liberación, contaba así la situación de los que aún permanecían en aquel infierno: «En Santander todos los templos están cerrados y se persigue con saña la celebración de Misas, y en general el culto católico. Y aquí son las santas y admirables industrias de que se valen nuestros Padres para no quedarse sin esas fuentes de energía espiritual. Sobre todo estoy admirado del Padre Nieto. No me explico cómo no le han detenido aún».

Cuando le aconsejaban más circunspección, respondía con gracejo:

— Ya le tengo dicho al ángel de la guarda que se cuide de mí, porque si no, se queda sin oficio.

Una vez fue interceptado en la calle por unos milicianos:

— Y tú ¿quién eres?

— Yo, cura.

— Tú, feo, ¡qué vas a ser cura...!

Al referirse a la anécdota, comentaba el Padre con sentimiento de dolor:

— Amadísimos, ¡y no me creyeron! Se ve que yo no era lo santo que tenía que ser. No estaba maduro para el martirio.

¿Dónde radicaba el secreto de esta fortaleza de alma? En Cristo crucificado. Ante el Crucifijo de sus votos religiosos repetía una y otra vez:

— Señor, tú diste tu vida por mí, que tiene un valor infinito, ¿y yo no voy a dar la mía por tí, que no vale nada?

Su compañero de pensión nos desvela un poco de aquella vida interior, fuente de tanta energía apostólica: «Como yo estaba en su mismo cuarto —escribe—, pude observar (estando yo acostado) que, después de estar mucho tiempo de rodillas, se levantaba, se echaba una manta por los hombros y se sentaba en una silla; y así dormía, dando cabezadas y roncando. Y ya a las cuatro de la mañana me llamaba, para que le ayudara a Misa. Después se quedaba de rodillas dando gracias hasta las ocho y media».

El Padre Nieto destacó en el apostolado del sacramento de la penitencia, primero entre los seminaristas, pero también entre otras personas, religiosas y seglares. Su estafalario atuendo iba ordenado a facilitar el ministerio en aquella coyuntura de persecución. Cualquier ocasión era buena para purificar las conciencias. Así escribe uno: «El día en que se inauguraba la Avenida de Rusia («Gran Vía de Rusia») en los derribos de Santander, cuando mayor era la efervescencia, estaba el Padre Nieto con lazo rojo prendido de su guardapolvos confesándonos a unos cuantos».

Y junto a la penitencia, la eucaristía. Al cerrarse las Iglesias, no quedaba otra alternativa que la celebración clandestina en las casas o pensiones. Para distribuir la Sagrada Comunión organizaron el Padre Nieto y otros Padres una especie de red de ministros extraordinarios: se-

minaristas mayores y menores, unos con órdenes sagradas, otros sin ellas. Como en tiempos de San Tarsicio.

Las diversas narraciones que nos quedan nos transportan a tiempos heroicos de la historia de la Iglesia. Un ejemplo, entre otros: «El Padre Nieto, ayudado por otros sacerdotes, como Lamamié de Clairac, Lorenzo Díez, algunos diáconos y algunos seminaristas pequeños, se desvivía y multiplicaba porque a nadie le faltase la Sagrada Comunión. Yo me puse a colaborar, por indicación de José María Lamamié de Clairac, porque él, que residía en El Sardinero y daba 70 comuniones diarias, no podía desplazarse después a la capital. Me puse en comunicación con el Padre Nieto, encargándome de siete casas poco más o menos, en las que repartía, haciendo de *panadero divino*, unas 35 comuniones en días alternos. También me encargaba de la 1.^a Alameda, pero allí llevaba la cajita con siete formas un niño de ocho años y daba la comunión el entonces escolar jesuita José Losantos.

Yo le decía al niño: vete como jugando, para que no sospechen; y si te detienen, que no profanen al Santísimo, que te maten antes como a San Tarsicio. Lo cumplió a maravilla y no le ocurrió nada, como tampoco al Padre Nieto ni a mí, aunque la operación era un poco complicada. De víspera yo entregaba al Padre Nieto una polvera de plata en la que cabían 30 ó 40 formas y señalábamos hora y lugar para la entrega del día siguiente. A la mañana siguiente él me entregaba el depósito sagrado y yo —tras de entregar al niño la cajita pequeña—, me iba, como digo, haciendo de *panadero divino*.

Nunca nos ocurrió nada desagradable, ni siquiera aquella mañana en la que llovía tanto y, tal vez medio ocultos por los paraguas, el Padre Nieto se cobijó bajo un árbol y yo en el primer portal del paseo: salí dos o tres veces y, en vista de que no nos atisbábamos el uno al otro, me fui a casita con el bolsillo vacío y él con el sagrado depósito».

No faltaron sobresaltos, pero los *panaderos divinos* salieron sanos y salvos. El Padre era el que infundía áni-

mos a todos: «Los diáconos —cuenta Marcilla—, que iban un tanto preocupados por el peligro que corrían, después de estar un rato con el Padre Nieto, salían dispuestos a todo».

Es el mismo Marcilla, compañero de pensión del Padre, el que cuenta un hecho extraordinario relacionado con este ministerio. Estas son sus palabras: «Las vísperas de los primeros viernes por la tarde el Padre Nieto iba al Sardinero a confesar a varias familias que se comunicaban por los patios. Una vez se enfadó una señora con la criada, la cual tenía un novio miliciano; y en venganza le dijo al novio que un Padre iría al día siguiente a las ocho de la mañana a dar la comunión. Allí le esperaron los milicianos y, al llegar, le preguntaron:

— ¿Qué lleva en los bolsillos?

— Un pañuelo —contestó—.

— Y ¿qué más?

— Una cajita —dijo—.

Ábrala.

La abrió, y le dijeron:

— Guárdesela.

Y volvieron a preguntar:

— ¿A qué viene usted aquí?

Dijo:

— Me han llamado y voy a ver para qué.

Le dejaron pasar, y dió la comunión como de costumbre. Cuando llegó a casa nos lo contó y dijo que no sabía cómo Dios había hecho eso».

¿Quiso Dios premiar a aquel amante de la Eucaristía e intrépido apóstol de la comunión, haciendo desaparecer de la vista de aquellos descreídos las sagradas especies?

A raíz del bombardeo de Santander por las tropas de Franco del 27 de diciembre, los comunistas desencadena-

ron una persecución más implacable contra la Iglesia. Ese mismo día apresaron al Padre Olegario Corral, compañero de pensión del Padre Nieto, y a los pocos días le hicieron desaparecer. Había que evadirse lo más pronto posible, antes de que acabasen con todos. Pero también en esta ocasión el Padre Nieto no querrá salir, hasta ver libres a todos sus hijos espirituales. Conseguido un salvoconducto, viajó a Vizcaya en compañía del seminarista Fernández Ahuja.

Para quienes venían del «infierno santanderino» —es expresión del Padre Nieto—, la situación religiosa de Vizcaya era —usando otra expresión suya— de «paz octaviana». Así la describe uno de aquellos seminaristas evadidos de Santander con el Padre: «Las Iglesias estaban abiertas al culto. Por las calles se veían sacerdotes con sotana. El Gobierno en gran mayoría pertenecía al Partido Nacionalista Vasco. El Ministro de Instrucción Pública, Leizaola, nos facilitó unos certificados en que hacía constar que la guerra nos había sorprendido allí por razones de estudios, sin poder regresar a nuestras provincias de origen... El Presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra, don José Antonio Aguirre, nos ofreció, a través de don Fortunato Unzueta, que había recogido en su casa-curato de la parroquia de Begoña nada menos que a cuatro seminaristas comillese, puestos especiales en ambos departamentos».

La breve relación autobiográfica del Padre Nieto se convierte, al llegar a Bilbao, en una escueta minuta de conceptos: «Bilbao, 5 (de enero de 1937). Maruri, 6 por la tarde. Aquí paz octaviana. Comida. Oración y estudio (de) Moral. Ejercicios para votos. Últimos votos. Algorta. Comisaría. Retiro. Bilbao».

Llegado, pues, a Bilbao, el 5 de enero, al día siguiente marchó a Maruri, una vez acomodados los seminaristas en las casas y pensiones que se les habían buscado. El párroco de Maruri, don Juan Aguirre, enterado de la situación de los jesuitas llegados de Santander, había ofre-

cido su casa a dos de ellos. Con el Padre Nieto fue a Maruri el Hermano Alcorta. El Padre se puso al punto a colaborar pastoralmente con don Juan.

Recordamos que el asalto de la Universidad de Comillas por los rojos impidió al Padre Nieto la emisión de los últimos votos en la Compañía. Ya en Vizcaya, pidió a sus Superiores hacerlos el 2 de febrero. Se le asignó el chalet de don José María Basterra en Neguri (Algorta) para practicar los Ejercicios de preparación. Este hermoso chalet, conocido como *Villa San Ignacio*, disponía incluso de oratorio. En él practicó el Padre Nieto 10 días de Ejercicios espirituales, a pesar de haberlos hecho ya en Comillas siete meses antes. Sobre estos Ejercicios escribe el Padre Antonio Sánchez, otro de los jesuitas acogidos en *Villa San Ignacio*: «Tuve ocasión de observarle de cerca. Se acostaba a las diez y se levantaba a las tres y media, permaneciendo en la capilla hasta las ocho y media. No he hecho otro propósito que el de ser santo, me decía al salir de los Ejercicios». Esa es efectivamente la nota más saliente de estos Ejercicios, como se ve en la Reforma de vida hecha en ellos, que conservamos.

Emitió sus últimos votos en la Iglesia del Sagrado Corazón de la Casa Profesa de Bilbao. *Sus* seminaristas no podían quedar al margen de esta celebración. Y para que se sumaran a la fiesta, les hizo varios regalos: tabletas de chocolate, botes de leche condensada, etc.

La misma tarde de los votos regresó a Maruri, distante unos 20 kms. de Bilbao. No llevaba bien el Padre el alejamiento de los seminaristas. Por eso hubo de acercarse más a la ciudad. Así escribía desde Mundaca el 15 de Marzo el hoy monseñor Cirarda: «Entre los que se encuentran por estas tierras está nuestro inolvidable Padre Nieto, que por ahora reside en Las Arenas. Digo *por ahora*, pues antes los Superiores le enviaron a Maruri; pero como allí, lejos de *sus* seminaristas, se encontraba descentrado, no hubo más remedio que cambiar su residencia, acercándole más a sus seminaristas». Así podría aten-

derlos mejor, como hizo en Santander. Como allí, siguió proporcionándoles hospedajes, comida, dinero, etc., y, por supuesto, atención espiritual.

Desde Maruri los Superiores le mandaron a *Villa san Ignacio*. Así escribe el jesuita Antonio Sánchez, residente con él en la casa: «Comenzaron a salirle granos por todas partes, de la cintura para abajo. Él no hizo caso de ellos y —debido tal vez al abandono— se fueron infeccionando, criando gran cantidad de pus. Cuando vino aquí no dijo nada. Esa misma tarde fue trasladado a Las Arenas, con miras a ayudar en las tandas de Ejercicios que se iban a comenzar. Sólo pudo hablar una vez, y esto con dificultad, por la ronquera que le vino. Los granos empezaron aquí a salirle en las manos, y ya le fue imposible ocultar por más tiempo lo que le pasaba. Se le obligó a ir al médico, quien le examinó y vio el estado en que se hallaba. Le sajó varias de aquellas fuentes de pus. Aquí empezó el que esto escribe a hacer el oficio de enfermero, sin experiencia, sin instrumentos aptos. Los primeros días le tardaba casi dos horas en hacer las curas. Con un torpe estilite pinchaba cada uno de aquellos tumores, a fin de extraer la basura que contenían. Él mismo los apretaba fuertemente con las dos manos, sin proferir queja alguna. Parecía que no iba con él nada de lo que allí pasaba. Al decirle cuánta podre echaba por las heridas, me contestaba:

— La del alma quisiera yo que saliese.

Como estaba imposibilitado por los granos, por las noches iba yo mismo a acostarlo. No se le dejó echarse en el suelo, mas no consintió dormir con sábanas. Sólo se quitaba la chaqueta y la corbata, hacía muy despacio la señal de la cruz, besaba las cinco llagas del crucifijo, que colocaba debajo de la almohada, y, vestido, se tendía en la cama, donde le envolvía con dos mantas. Sólo me decía alguna frase suelta referente al cielo, como ésta:

—¡Cuándo este cuerpo dejará libre a la pobrecita alma, para que pueda volar a Dios...!

Solía levantarse, durante esta enfermedad de los granos, a las cinco menos cuarto. A las cinco y media celebraba. Terminada la Misa, se arrodillaba en la capilla, y así permanecía inmóvil hasta las ocho y media, que bajaba a desayunar.

Le entusiasmaba esa vida de escondimiento, llena de abnegación. Esta idea de vivir escondido —me decía— me la metió el Señor en el alma ya desde pequeñito. Todos los días se lo pido al Señor en el *memento* de la Misa: Que me ignoren y me tengan en nada, padecer y ser despreciado.

Dándonos puntos (para la meditación a los de casa) nos decía cómo tenemos poca confianza en llegar a ser santos, y por eso no lo somos. Y añadió:

— Yo estoy íntimamente convencido que moriré santo, si quiero.

Lo repitió dos veces: que él moriría santo».

Por tal le consideraba ya el Padre Bastera, que hacía de Superior de la comunidad de *Villa San Ignacio*: Este es un santito, decía. Otro morador de la casa resalta otras virtudes del Padre, como su austeridad, humanismo, confianza en Dios, etc.

Debió de ser a principios de mayo. Un día se presenta en casa la Policía, ordenando desalojar el chalet. Los moradores fueron conducidos a los sótanos de la Bolsa, que servían de calabozos. Uno de ellos refleja así la actitud espiritual del Padre en este trance: «Yo le decía, mientras esperábamos las diligencias, que le iba a decir a los vascos que yo había huido de los fascistas y encontrado en Bilbao calor familiar; pero que ahora ellos me fastidiaban. Entonces el Padre Nieto me contestó que había que acordarse de Cristo en la Pasión cuando sufrió procesos tan injustos y humillantes».

La retención duró sólo unas horas, aunque se mantuvo la orden de desalojar el chalet. ¿A dónde ir ahora? Al parecer el Padre Nieto se refugió en un piso de la Alameda de Mazarredo. Por estas fechas parece se presentó al

Padre una oportunidad de evadirse al extranjero, que él rechazó con las mismas motivaciones de otras veces: su puesto estaba junto a los seminaristas.

La toma de Bilbao por las tropas de Franco, después de la terrible batalla en torno al famoso cinturón de hierro, culminó el 19 de junio de 1937. El primer pensamiento del Padre Nieto fue entonces el de ponerse a las órdenes del Padre Provincial. «En cuanto se supo que el tren llegaba hasta Orduña —sigue contando el Padre Antonio Sánchez— el Padre Nieto me avisó y arregló las cosas para que me fuera con él hacia Valladolid, a ponernos a las órdenes del Padre Provincial». ¿Por qué tanto interés en coger el tren en Orduña? La explicación estaba en la villa de Amurrio, 10 kms. antes de Orduña, donde moraba José Luis Garro, alma extraordinaria, a quien el Padre Nieto dirigía espiritualmente. Era preciso visitarle, aunque para ello hubiera que pasar por mil penalidades. Oigamos nuevamente al acompañante del Padre: «Como aún no podían funcionar los trenes por la voladura de los puentes por los rojos, teníamos que andar a pie hasta Orduña, si nos decidíamos a ir por Amurrio. Bajo un sol de fuego, con sendas maletas de peso más que mediano, emprendimos la marcha hacia el mediodía. Fuera de unos kilómetros que logramos montar en un camión militar, recorrimos a pie los 40 kilómetros».

Pero al llegar a Amurrio, después de la gran caminata, el Señor les tenía preparada, humanamente hablando, una gran desilusión. José Luis Garro había sido evacuado a otra población debido a los bombardeos. Continuaron pues el camino hacia Valladolid.

El Padre Nieto pidió al Provincial ser enviado a una leprosería y, si no, a misiones. Lo más seguro es que el Provincial le indicase que su leprosería y su misión estaban en Comillas, tan pronto como pudiese reabrirse el Seminario. Por de pronto, iría a Salamanca a dirigir dos tandas de Ejercicios al clero de la diócesis. Durante la segunda de ellas, a finales de agosto, Comillas caía en poder de las tropas nacionales.

Los Ejercicios tuvieron lugar en el Seminario salmantino, donde hiciera el Padre sus estudios sacerdotales. «Observaba una modestia —escribe un testigo— que llamaba la atención. Baste decir que en estas tandas participaban personas conocidas suyas, sin que observara siquiera su presencia, hasta que se lo dijeron. Los comentarios de los participantes en estos Ejercicios eran unánimes: unos Ejercicios extraordinarios. El comentario era siempre el mismo: este hombre vive intensamente todo lo que dice».

Pero quizá el comentario más elogioso fuera el del obispo, Pla y Deniel. Vivía éste en el Seminario, porque en el palacio episcopal había establecido Franco su cuartel general, y participó en una de las tandas. Al enterarse de que el Padre era de Macotera, comentó:

— ¡Dichoso ese pueblo, porque algún día tocarán a gloria sus campanas anunciando a un nuevo santo!

El Padre Nieto regresó de Salamanca a Valladolid. Tenía que volver a hablar con el Provincial, dada la nueva situación creada con la liberación de Comillas. La intención era reabrir el Seminario tan pronto como fuera factible. Mientras tanto iría a La Guardia (Pontevedra) a practicar el mes de Ejercicios con los Padres de la *tercera probación*, etapa en la que los jesuitas, después de los estudios, dedican un tiempo prolongado a un cultivo más intenso de la vida interior. De la hondura con que practicó estos Ejercicios dan fe sus apuntes, los textos íntimos más elevados de cuantos el Padre nos dejó. Baste decir, que, a través de la contemplación de la Pasión de Cristo, su alma se ve inmersa en experiencias tan inefables, que no dudamos en calificar de auténticamente místicas.

7. LOS DIFÍCILES AÑOS DE LA POSTGUERRA

Al tomarse la decisión de reabrir el Seminario en el curso 1937-38, se sabía que serían pocos los seminaristas que podrían responder a la convocatoria, pues la guerra continuaba su devastadora marcha en diversas regiones de España. Con todo, era importante poner en marcha la maquinaria, aunque fuera en circunstancias precarias. De ese modo, el curso siguiente podría ser ya totalmente normal.

El Padre Nieto, como los demás, sintió una profunda alegría al verse nuevamente en su querido Comillas; pero también una gran tristeza al contemplar los numerosos estragos causados por los rojos en el Seminario. A pesar de los trabajos de reparación que se acometieron, aquel curso se vivió en condiciones materiales sumamente penosas.

En esta nueva etapa comillesa el Padre figura como el único Director Espiritual de todos los seminaristas, mayores y pequeños. Incluso tendrá que explicar religión a los de primero de latín, aparte de las ya conocidas clases de *Pastoral* y *Ascética y Mística* a los Teólogos. Será también Director de todas las Congregaciones marianas y Prefecto de los Catecismos. Tal era la escasez de recursos humanos con los que se encontraba el Provincial, ya que la guerra diezmaba los efectivos.

El curso empezó, como siempre, con los Ejercicios espirituales, que él dirigió a los chicos. También dirigió los de los ordenandos. Joaquín Teixeira, otra alma extraordinaria entre los hijos espirituales del Padre Nieto, escribía sobre ellos: «Estuvimos haciendo Ejercicios para órdenes. Nos dio Ejercicios, o parte de ellos por lo menos, el Padre Nieto; este Padre Nieto que Dios, en su miseri-

cordia, no nos quiere quitar de aquí, porque sabe lo que hace. ¡Qué Padre éste! Es algo sublime». En otra carta, durante ese curso, escribiría: «El Padre Nieto, nuestro santísimo Padre Nieto, nos está metiendo fuego; está terrible este año, sobre todo para los que vamos a salir sacerdotes y no volvemos ya más: parece que somos como la niña de sus ojos y el afán de sus desvelos».

Durante aquellos cursos, hasta el final de la guerra, preocupó hondamente al Padre la situación espiritual de los seminaristas ausentes del Seminario. La posible pérdida de su vocación o de su fervor religioso le torturaba el espíritu. En julio del 38, recién concluido aquel primer curso postbélico, se dirige a ellos a través de la hoja veraniega *Desde Cardosa* con un escrito que titula precisamente *Conservad la vocación*. «Son muchos los peligros, es cierto —les dice—; mas también lo es, que no por capricho propio, sino por divina disposición os veis metidos en medio de ellos. Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de los pueblos, que todo lo esperan de vosotros. Cuidad más que nunca vuestra vocación, porque más que nunca es necesaria para la Iglesia y para España».

También interesaba en el tema a los que seguían los cursos en Comillas. La solidaridad con los compañeros ausentes habría de concretarse sobre todo en la oración y en el sacrificio por ellos. Especialmente insistía en este tema a los congregantes y a los socios del Apostolado de la Oración. Durante estos años la mayoría de los actos de ambas asociaciones adquieren esa tonalidad de oración y sacrificio por los compañeros en peligro y por España.

En correspondencia a esta solicitud paternal, sus hijos acudían a él en medio de los peligros, escribiéndole desde el frente o visitándole cuando les era posible.

Uno cuenta así su trato con el Padre en estos meses de guerra:

«Cuando venía del frente de Villasante, lo primero que hacía era ir a ver al Padre Nieto, que me preguntaba a bocajarro:

— ¿Estás en gracia de Dios para morir?

— Sí, Padre. Pero como me vuelvo a ir dentro de cuatro días, me confesaré para estar mejor preparado.

— Eso. Así jamás tendrás miedo alguno.

Me dio la absolución, y hasta ahora».

Pero los problemas no acababan con la reintegración al Seminario de los que habían hecho la guerra. Aunque la vocación se hubiese salvado, el estilo de vida de la milicia, tan ajeno al estado clerical y al régimen de un Seminario, no podía menos de dejar secuelas muy negativas. Para hacer frente a esta situación, el Delegado Apostólico en España, monseñor Antoniutti, envió una circular a los obispos exigiendo duras condiciones para regularizar los estudios y la admisión a las órdenes de los seminaristas que habían prestado servicio de armas. Con ella se endurecían las del famoso decreto *Redeuntibus* de la guerra europea. Tales disposiciones produjeron no pequeño malestar entre los afectados.

En éste, como en otros asuntos, la labor del Padre Nieto contribuyó mucho al mantenimiento de la vida espiritual y quietud de los seminaristas. Oigamos el testimonio de un Superior de Comillas:

«Desde 1939 a 1942 el Seminario mayor pasó un período de crisis, debido a los varios Seminarios diocesanos que se integraron en Comillas y a la incorporación de los seminaristas que venían de la guerra. El Padre Nieto ejercía en su cuarto, y de una manera silenciosa, de parachoques de las diversas tendencias, sin salirse nunca de su esfera espiritual, dando un ejemplo de equilibrio y trabajando sin descanso por elevar el nivel espiritual del Seminario, con lo que se solucionaron bastantes conflictos».

Por su parte un seminarista, procedente de otro Seminario, valoró así su actividad de aquellos años.

«Vivía la simplicidad evangélica las 24 horas del día. Tenía la misma indiscutible autoridad moral ante los

alumnos del Seminario menor que ante los canonistas y alumnos del Teologado. Y por cierto, que no era fácil ganarse la admiración y el afecto de aquel difficilísimo Teologado comillés de la postguerra, nutrido en gran parte por unos teólogos que tenían que estar en el Seminario cierto tiempo, antes de recibir el presbiterado, porque así lo exigía el decreto aquel *Redeuntibus*. El único jesuita no discutido, universalmente aceptado y enormemente admirado era el Padre Nieto. El orden, la observancia, la disciplina de aquel difícil Teologado las sacó a flote la simplicidad de vida transparente y evangélica que vivía e irradiaba aquel bendito Padre Espiritual».

Precisamente en esta coyuntura de la vida comillesa se sitúa la acción de la novela *Sin camino* del renombrado escritor José Luis Castillo Puche. Por las páginas del libro van desfilando gran parte de los jesuitas comilleses de entonces. El Padre Espiritual es el más profusamente nombrado: su figura se asoma llena de fuerza y de vigor —aunque a veces con ribetes caricaturescos— a cerca de cincuenta páginas: «Un santazo de cuerpo entero. Todo lo que tiene de feo, tiene de santo. Él es quien lleva el Seminario adelante», leemos allí.

Los años de la postguerra fueron probablemente los de más intenso trabajo del Padre Nieto. Del 37 al 40 cargó con la espiritualidad de todas las comunidades; y, aunque paulatinamente fue dejando a otros la atención de los pequeños, la carga era cada vez mayor, debido al mayor aumento de los cursos universitarios. Así, por ejemplo, el curso 47-48 eran 460 los alumnos de las Facultades superiores y el siguiente eran ya 474. Hasta que llegó el Padre Reino para encargarse de los filósofos en el curso 50-51, el Padre Nieto no tuvo respiro.

No es de maravillar que por estos años se resintiese su salud, hasta el punto de hacerse necesarias varias consultas médicas y un mes de reposo. Más aún: en el curso 43-44 se plantea en la consulta de la casa si no convenría darle un descanso de medio año. Al trabajo del cur-

so, verdaderamente agotador, se sumaba el del verano: a la vez que dirigía Ejercicios espirituales, seguía en contacto epistolar con la mayoría de los alumnos. Su correspondencia de estos años refleja bien la situación: «Son cerca de 400 los que tienen que pasar por mi habitación cada 15 días, y muchos todas las semanas», escribe una vez. Y otra: «Tengo más de 500 cartas que, en este mes que llevan de vacaciones, me han escrito los seminaristas, sin contestar la mayor parte».

Así resume su vida un teólogo de la postguerra: «Rezó mucho. Trabajó a diario, constante e incansablemente. Se entregó a su cargo de la mañana (muy de mañana) a la noche (muy de noche). Nos dio un testimonio personal de fe, oración, austeridad y entrega».

Durante estos años mantuvo el Padre Nieto una relación muy fecunda con Manuel Aparici, Presidente de la Juventud Española de Acción Católica. Manolo regresaba del frente con una aureola de héroe. Deseoso de una dirección espiritual exigente, escogió al Padre como su Director. Por eso le vemos con alguna frecuencia por Comillas para practicar los Ejercicios espirituales con él. En los de 1941 decidió, en consulta con su Director, su ingreso en el Seminario, hecho que llamaría poderosamente la atención en toda España. Aprovechaba además el Padre Nieto las idas de Manolo a Comillas para invitarle a hablar a los seminaristas, a los que electrizaba con su palabra inflamada de amor a Cristo.

Mencionemos algunos hechos o actividades notables de estos años, dejando para otro capítulo su atención a los pobres.

No podemos olvidar el ciclón de febrero del 41, que se abatió con furia sobre Comillas, dejando tras de sí abundantes destrozos en el inmueble del Seminario. Se planteó entonces la alternativa de enviar a los alumnos a sus casas, para poder reparar los daños, o continuar el curso. El Padre Nieto, dando muestras de una gran humanidad, abogó por lo primero, alegando el estado de áni-

mo de los seminaristas. No se le hizo caso, y el curso continuó. Pero la cotización del Padre ante los seminaristas subió muchos enteros.

Nada más empezar el curso siguiente se hizo angustiosa la situación de avituallamiento del Seminario. Ya desde el primer mes empezaron las restricciones de alimentos. El Padre mostró entonces gran elevación de miras, a la vez que un gran humanismo. «La verdad es que pasábamos hambre —cuenta uno de aquellos chicos—. En esta situación íbamos a escuchar los puntos del Padre Nieto. Él, que sabía nuestra necesidad, solía hacer casi siempre una aplicación práctica al hecho. Lo cierto es que salíamos animados a seguir adelante. Recuerdo haber oído a algunos compañeros que, gracias a las palabras del Padre Nieto, logramos sostenernos aquel año en el Seminario». Pero a la vez que imbuía a los suyos los criterios sobrenaturales para saber sobrellevar la dificultad, sabía comprenderlos cuando se lanzaban a peligrosas aventuras para paliar el hambre, como en el caso de los clandestinos robahuevos en las inmediaciones del gallinero. A más de uno, necesitado de sobrealimentación, se la costeó él mismo con las limosnas que recibía.

Solemnísimas fueron en 1942 las fiestas de las bodas de oro del Seminario. Las preocupaciones de los más se centraban aquel año en el esplendor de los actos externos del cincuentenario. Las del Padre Nieto iban por otros derroteros. Muerto a mediados de 1940 en olor de santidad José Luis Garro, aquel dirigido suyo de Amurrio, el Padre tenía sumo interés en que alguien escribiese su vida. Buscó un biógrafo en Comillas, pero absorbidos todos por la preparación de las bodas de oro, se vio obligado a recurrir a Joaquín Teixeira, amigo íntimo de Garro. Joaquín culminaría la empresa, después de muchos desvelos, aunque el Padre Nieto no lograría sacar a luz la biografía.

Los estudiantes de Teología de la Compañía inauguraron su Colegio Máximo, junto al Seminario, en 1944. Al

curso siguiente se les sumarían los estudiantes de Filosofía. Pronto murió su Padre Espiritual. Como sustituto se barajó entonces el nombre del Padre Nieto, aunque finalmente la propuesta no prosperó, y así siguió en su puesto. Poco fue el trato que tuvo con los jesuitas del Colegio Máximo, porque no quería desviarse de la tarea que la obediencia le había encomendado, aunque ellos le acuciaban con frecuentes invitaciones a dirigirles la palabra. De vez en cuando aceptó, bien alguna plática, bien algún triduo, y hasta algunos Ejercicios de ocho días. La impresión que siempre recibían los jóvenes jesuitas puede resumirse en lo que anota en 1944 el Diario del Teólogo: todos quedaron admirados «de su sobrenatural elocuencia y de la santidad que rezumaban sus palabras».

Es el final de los años cuarenta una época de grandes inquietudes sociales entre los seminaristas. Habían cogido mucha fuerza, sobre todo entre los teólogos, diversos movimientos de apostolado obrero. Temas como la J.O.C. o los sacerdotes obreros apasionaban a muchos. El Padre fue, a través de la Congregación mariana, el alma de todo este movimiento. La presencia en Comillas de monseñor Cardijn, fundador de la J.O.C., en 1949 enardeció aún más los ánimos. No consta, sin embargo, el encuentro del Padre Nieto con Cardijn, aunque se puede suponer. De lo que sí hay constancia es de que el fundador de la J.O.C. fue después proclamando por todas partes que no había encontrado en todo el mundo otro Seminario de tan elevado espíritu como Comillas. Uno de aquellos seminaristas pertenecientes a los equipos jocistas no duda en afirmar: «Los equipos se debieron, además de a Cardijn, al Padre Nieto. Él los alentó siempre con entusiasmo». Los equipos jocistas del Seminario, cargados de una fuerte dosis de exigencia espiritual, no podían menos de satisfacer al Padre Nieto. Muchos de estos equipos tuvieron su continuidad más allá del Seminario, siguiendo sus miembros en contacto con su antiguo Padre Espiritual, al que seguían considerando, según expresión de monseñor Oliver, «alma de nuestros equipos».

En la Navidad de 1949 se procedió en Roma a la apertura del Año Santo, a celebrar durante 1950. Comillas, al igual que sucediera en 1925, organizó una gran peregrinación a la Ciudad Eterna. Antiguos y actuales alumnos se dieron cita a los pies de Pío XII, tan amante del Seminario. El Padre no participó en la peregrinación. Así leemos en *Unión Fraternal*, revista de los antiguos alumnos: «El Padre Rector tenía interés en que el Padre Nieto fuese uno de los Superiores de la peregrinación; éste se resistía, porque iba a marearse —decía—.

— No se apure, Padre, porque hay pastillas contra el mareo, y usted será el preferido en cuanto a la Misa. Además, va a tener ocasión de ver al Papa, al Vicario de Cristo.

— ¿Y para qué quiero ver yo al Vicario de Cristo —le contestó—, si tengo al mismo Cristo en el Sagrario?».

El argumento era contundente. Y se quedó con Cristo ante el Sagrario. La vida de Sagrario lo era todo para él. Los años de la postguerra conocieron en Comillas un fuerte incremento de la vida eucarística de los seminaristas. Así lo refleja uno de los boletines *Comillas* de aquellos años: «El amor a Jesucristo sacramentado y la vida íntima de Sagrario que se inculcan de continuo en exhortaciones y retiros espirituales, tiene su manifestación más significativa en las visitas voluntarias y particulares que suelen hacer al Santísimo durante las horas de recreo. En los días de vacación siempre hay varios acompañando a Jesucristo». El alma de este movimiento eucarístico, que algunos llegaron a considerar exagerado, era el Padre Nieto, quien, con su palabra y sobre todo con su ejemplo, arrastraba a los seminaristas hacia el Sagrario.

Vida de Sagrario era la expresión que más gustaba al Padre Nieto para referirse a la oración. Esa oración eucarística fue el centro de su vida espiritual. Sólo Dios sabe los miles de horas que consumió a la vera del Tabernáculo. Nadie comprendía de dónde sacaba tanto tiempo para Jesús sacramentado, a pesar de estar tan sobrecar-

gado de ocupaciones. Allí se pasaba las horas muertas, de rodillas en el santo suelo, mirando de hito en hito a la portezuela del Sagrario, como si quisiese horadarla con la mirada. De este tiempo de la postguerra conservamos uno de sus pocos escritos publicados sobre tema tan querido para él. Es de julio de 1941 y se publica en la hoja *Desde Cardosa*. Su título, naturalmente, *Vida de Sagrario*. He aquí algunos párrafos: «Amadísimos seminaristas: Vivid intensamente a Cristo y en Cristo. Y a Cristo se le vive en el Evangelio y, sobre todo, en el Sagrario. Mucha vida de Sagrario. Desde por la mañana en la Santa Misa y Comunión, donde Cristo se comunica con generosidad a las almas. Visitadle luego siempre que podáis. Cuanto más almas de Sagrario, más santos y más apóstoles. El Sagrario da calor y vida. Los que tratan mucho con Cristo se les pega mucho de Cristo».

Ya antes de la guerra funcionaba en la Congregación mariana que dirigía el Padre la *sección eucarística*, cuyo objeto era la intensificación del trato íntimo con Jesús sacramentado. Las actividades de la sección se intensificaron durante los años cuarenta en consonancia con el movimiento antes apuntado. Pero no sólo la *sección eucarística*. El Padre logró impregnar del mismo espíritu al resto de las secciones de la Congregación. Gustaba además de visitar los Sagrarios de los pueblos cercanos a Comillas en compañía de algún grupo de seminaristas.

La oración —y sobre todo la oración eucarística— era algo fundamental en la vida personal del Padre Nieto y en la formación que daba a los seminaristas y sacerdotes:

— No hagáis voto de pobreza, castidad u obediencia, les decía. Hacedlo de no faltar ni un solo día a vuestra oración personal.

Tanto estimaba la oración, que su espíritu recio se enternecía hasta las lágrimas ante la posible defección de sus hijos: «En un retiro de aquellos años de la postguerra —escribe uno—, se nos echó a llorar, pensando que

íbamos a abandonar la oración, lo que nos acarrearía nuestra ruina espiritual».

En este ambiente no es de extrañar que surgieran diversas iniciativas de mayor exigencia de vida interior. Al menos durante cuatro años —del 45 al 48— se llevó a cabo una interesante experiencia con los que comenzaban Filosofía y Teología, que consistía en dedicar todo el mes de setiembre a un cultivo más intenso del espíritu. El Padre Nieto les dirigía unos Ejercicios, completados el resto del mes, hasta la venida de los otros alumnos, con otras instrucciones y prácticas de piedad. Por otra parte, durante el curso 46-47 los alumnos de tercero de Filosofía someterían a la consideración de los Superiores un plan más ambicioso todavía: interrumpir un año los estudios para dedicarse más de lleno a la vida espiritual. Si la idea no parece que fuera del Padre Nieto, los puntos concretos del plan llevan la inconfundible impronta del Padre Espiritual.

La proyección americana estuvo siempre muy viva en Comillas, aunque hasta mediados de los cuarenta frecuentaron pocos alumnos de ultramar las aulas comillesas. Fue tan sólo a partir del curso 46-47 cuando afluyeron al Seminario numerosos alumnos de las Repúblicas hispanoamericanas. Tanto, que se comenzó a construir un gran Colegio Mayor Hispanoamericano agregado a la Universidad. A los que trataron con el Padre Nieto no se les pasó por alto la proyección americana de su actividad. «Consagró gran parte de su tiempo (de verano) —escribe monseñor Díaz Merchán— a dar tandas de Ejercicios al clero de toda España e Hispanoamérica». O el Padre Reino, colega suyo tantos años: «Influyó en toda España y en otras partes, sobre todo en América. Allí están trabajando incansablemente obispos y sacerdotes que vivieron durante muchos años recibiendo la formación espiritual del Padre Nieto».

Entonces ya dejó escrito alguien en la revista *Unión Fraternal*: «Yo, que he estudiado mucho ese concepto de *hispanidad* y sus elementos influyentes, dudo que haya

otra persona que más intensamente esté influyendo en el sacerdocio español e hispánico que el Padre Espiritual de Comillas».

Él promovió también incansablemente las vocaciones apostólicas para América. Baste aquí un breve apunte tomado del diario del Teologado, en vísperas de una fiesta de la hispanidad: «Nos da los puntos a Teólogos y Filósofos —leemos allí— el Padre Nieto sobre el problema de América. Lo hace lleno de fuego, invitándonos a reflexionar sobre nuestra postura con relación a la escasez de clero en América. Indica que la vocación para ir a América no es una inclinación natural ni una vocación especial, sino que todo sacerdote que sea como debe, ha de estar dispuesto a ir...». Muchas vocaciones apostólicas para aquellas tierras se fraguaron o culminaron durante los Ejercicios espirituales dirigidos por el Padre en Pedreña, junto a la bahía de Santander.

Apuntados quedan solamente algunos rasgos o puntos concretos de la actividad de aquel hombre que llenaba la vida del Seminario. Comillas sin el Padre Nieto no era Comillas. La fama universal de santidad de que gozaba entre los actuales y los antiguos alumnos quedaba reflejada en lo que sobre él escribían unos y otros. Hablar del *santo Padre Nieto* resultaba poco menos que ordinario. Los mismos Superiores, en sus informes oficiales a Roma, resaltaban esta fama universal de santidad que ante todos tenía. Igualmente resaltaban que el elevado ambiente espiritual que se respiraba entre los seminaristas se debía en su mayor parte a su labor.

Tal fama no podía menos de llegar a sus oídos; pero él, en su humildad, escribe en carta a su hermano Ramón: «Me parece que ven los hombres en mí lo que no hay. Ante Dios me veo muy vacío».

8. DIRECTOR ESPIRITUAL DE LOS TEÓLOGOS

El ritmo de crecimiento del alumnado de Comillas en los últimos años cuarenta fue vertiginoso, sobre todo en Teología. De ahí que el Padre Nieto, aunque hubiera ido dejando la espiritualidad de los pequeños, era incapaz de atender a filósofos, teólogos y canonistas. De ello se dieron cuenta los Superiores y, a partir del curso 1950-51, enviaron al Padre Reino para encargarse de los filósofos. Así se inicia probablemente la etapa más característica del Padre Nieto: la de Espiritual de los teólogos. Podemos decir que se halla en su madurez humana, espiritual y apostólica.

En junio de 1952 moría en Sevilla su hermana Ana María, Hija de la Caridad. Su muerte le sugiere estos pensamientos en carta a Ramón, el único hermano superviviente: «Preparémonos para ir a unirnos con todos los nuestros que allá nos esperan. No tardará en llamarnos el Señor, y no debemos temer, sino desear llegue esa hora». Desde febrero estaba él mismo enfermo, soportando una tumoración intestinal que obstruía el colon. Pero seguía trabajando a tope, sin hacer caso a su dolencia. El doctor García Barón, el famoso cirujano que le atendería posteriormente, narró que padecía violentos retortijones de vientre y un acentuadísimo estreñimiento, con una sola deposición semanal muy dolorosa. Así llegó hasta fin de curso. Más aún: en el verano de 1952 marchó a Pedreña a dirigir un mes de Ejercicios a sacerdotes, aunque a los tres días de comenzar hubo de ser internado en la casa de salud de Valdecilla.

Tres operaciones intestinales graves sufrió el Padre aquel verano. En la primera se le hizo una derivación, practicándole una fístula en el mismo colon, por encima

del obstáculo. Así pudo vaciársele el vientre, que se había abultado tremendamente. En la segunda se procedió a extirpar el tumor, que, según el doctor, era más constrictivo que voluminoso. En la tercera se le cerró la fístula o ano artificial.

Incontables fueron los ejemplos de virtud que dio en los casi dos meses de hospitalización. El doctor García Barón, a quien algunos tachaban de cierto racionalismo, quedó impresionado. «Como enfermo —escribe— fue un paciente maravilloso: jamás se quejaba de nada. Cuando pensaba en él, me decía: El Padre Nieto es un santo. Y cuando le tenía ya anestesiado sobre la mesa de operación, decía yo a las enfermeras, disfrazando mi convencimiento con una sonrisa: Córtenle trozos del pijama y guárdenlos, porque un día serán reliquias».

Se cuenta que el Padre pidió al doctor ser intervenido sin anestesia, con el crucifijo en la mano. Lógicamente no se le hizo caso, pero el gesto demuestra su talante. Lo que sí hizo, con asombro de todo el personal sanitario, fue celebrar la Eucaristía a las pocas horas de ser operado. Decía que él no podía vivir sin la Misa.

— Carísimos —decía después a los seminaristas y sacerdotes—: ¿Qué mérito tiene eso? ¿No creemos que la Misa tiene un valor infinito? Si por celebrarla pierdo la vida terrenal, gano la eterna.

La palabra *santo* empezó a correr de boca en boca por el hospital. Sin preocuparse por sus propias dolencias, iba de sala en sala agarrándose las vísceras para consolar y confortar a los otros enfermos. Entre otros casos, fue el propio Padre Nieto el que refirió a monseñor Díaz Merchán el siguiente: «Un enfermo, que oyó hablar de él a médicos y enfermeras, le mandó llamar para que le ayudara a aguantar sus insufribles dolores. Fue, pues, a visitarle y le habló de Cristo crucificado. Con esta perspectiva de fe, aquel enfermo recobró la serenidad».

Vuelto a Comillas del hospital, el 12 de octubre reaparece por primera vez ante los seminaristas, que le reci-

ben con una estruendosa salva de aplausos. El les agradece las oraciones por su salud y les añade que tal vez les habría podido ayudar más desde el cielo; pero que muy gustoso ofrece de nuevo su vida para ayudarles a santificarse más y más. El había suspirado con toda su alma por el encuentro con Cristo. Pero aceptaba la voluntad del Señor, que era la de que permaneciese aún en este destierro.

Una vez restablecido totalmente, escribe a su hermano: «De salud completamente bien. Cicatrizó la herida y no queda supuración. No estábamos maduro para el cielo y Dios, en su bondad y misericordia infinita, se ha complacido dándonos tiempo para llorar nuestros pecados y hacer algo bueno. Dios quiera que sea así; de otro modo y para otra cosa no quiero más vida».

Aunque el doctor García Barón escribió que no volvió a quejarse de aquella dolencia, esto no corresponde del todo a la realidad. Sin ir más lejos, el 13 de octubre de 1953, hubo de visitar nuevamente al doctor. Por entonces se temió la reproducción del tumor.

El año 54 fue año mariano, centenario del dogma de la Inmaculada. Sorprende la iniciativa del Padre de animar a los directivos de la Congregación del Teologado a emprender una peregrinación a Roma. Baste recordar su reacción ante la peregrinación de 1950. A él le gustaban más pequeñas peregrinaciones a lugares cercanos, en las que lo festivo quedara reducido al mínimo, acentuándose lo religioso-penitencial. Este es el caso, por ejemplo, de la peregrinación aquel año a la ermita de los Remedios, en que tomaron parte filósofos y teólogos, portando las Vírgenes de sus respectivas comunidades. Durante la Misa arengó a los presentes. Una relación del tiempo dice que sus palabras eran «chasquido de pedernal» sobre los corazones de aquellos jóvenes. El tema de su homilía fue «María y el sacerdote». Lo desarrolló más de una vez durante aquel año mariano. Los que accedían al presbiterado aquel año fueron saludados en Comillas como «sacerdotes de la Inmaculada». Conservamos multicopiados

parte de los Ejercicios que entonces dirigió a los ordenandos, en los que resalta una solidísima ascética sacerdotal llena de vigor y de unción. No podía faltar en una circunstancia tan especial la insistencia en el amor a la Virgen, como modelo y estímulo de vida sacerdotal.

Entre los muchos actos marianos de aquel año baste resaltar la reapertura del llamado *tránsito de las Vírgenes*, después de una concienzuda reparación. Como sabemos, allí se habían colocado cuadros de Vírgenes famosas de España e Hispanoamérica. En 1944 eran ya 62 las advocaciones marianas representadas. Mucho fue el interés que puso el Padre por la continua ampliación de este museo mariano.

En 1955 recibía el Seminario a monseñor Pablo Gúrpide como visitador apostólico. Su informe a la Santa Sede reflejaría el alto nivel espiritual que reinaba en aquella casa. De ese informe resaltaría el cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, en carta al Padre General de la Compañía, lo siguiente: «Expresamos nuestra admiración y nuestro aplauso por la ejemplar actividad de los Padres Espirituales del Seminario, que aseguran un admirable clima de fervor, de piedad, de espiritualidad, especialmente por medio del ejemplo personal de una vida verdaderamente digna; por la sólida formación específica de los seminaristas en las distintas ramas del apostolado: catecismo, acción social, apostolado del mar, apostolado en América Latina, etc.».

Sin restar mérito a la labor y ejemplo de los otros Padres Espirituales, a nadie se le oculta una especial referencia al Padre Nieto en estas frases del cardenal prefecto.

El año 1956 fue año ignaciano, por celebrarse el cuarto centenario de la muerte del fundador de la Compañía de Jesús. También a Comillas llegó la reliquia del Santo que recorrió toda España. Fue recibida con gran solemnidad. Trasladada luego al Colegio Máximo, allí dirigió el Padre Nieto una hora santa, a la que asistieron los je-

suitas del Colegio y del Seminario. Sin duda pensaron los Superiores que él era el más indicado para comunicar a sus hermanos de vocación el espíritu del Santo Fundador.

Nada más concluir el año ignaciano, se celebró en Madrid el *Congreso Nacional de Perfección y Apostolado*. De Comillas asistieron doce Padres, entre ellos el Padre Nieto. El recuerdo que le quedó fue un tanto amargo, porque a la exposición y bendición con el Santísimo, que se tenía en la iglesia de la Casa Profesa de la Compañía después de las reuniones de la tarde, apenas asistían los sacerdotes participantes en el Congreso. Decía él:

— Estábamos tratando de perfección. Unas conferencias magníficas, expuestas por hombres muy bien preparados. Pero, ¿quién es el que nos da la perfección? ¿Esa conferencia o el que está en la Hostia? Entonces, ¿por qué no venían a la bendición y se quedaban charlando por los pasillos?

Era la santificación y no la erudición lo que le interesaba. Por eso en los ratos libres le vemos enardeciendo en el amor a Cristo eucarístico a las Hijas de Jesús de la calle Ayala. Una de ellas comenta de aquel encuentro:

— Mi impresión fue la de encontrarme con un santo, una persona que vivía más en el cielo que en la tierra, si bien en plenitud de celo apostólico.

A mediados de los años cincuenta bullía en Comillas una «potente fermentación ideológica». Y era en buena parte la Congregación mariana, con sus múltiples secciones y actividades, la que daba cauce a muchas inquietudes. Tal exuberancia asociativa en torno a la Congregación creó incluso algunas inquietudes en diversos sectores de la Universidad. Por eso se reunió una consulta extraordinaria para deliberar si no habría demasiadas asociaciones entre los alumnos. De la consulta salió plenamente confirmada la labor del Padre Nieto al frente de la Congregación mariana, reconociéndose a la misma como eje central de la vida comunitaria y apostólica del Seminario.

La vida de piedad era impulsada por secciones como la eucarística, la del Sagrado Corazón, la del Inmaculado Corazón de María, llamada vulgarmente *cordimariana*, la del fomento de vocaciones sacerdotales, etc. La vida apostólica encontraba sus expresiones en la sección de caridad, en la de formación y acción social, en la del apostolado del mar, en la del apostolado rural, en la de misiones, en la universitaria, etc. Esta proliferación de secciones era el reflejo de una gran vitalidad de la Congregación. Lo importante era que la Congregación ofreciera cauces suficientes para todas las inclinaciones espirituales y apostólicas de los seminaristas. Insistía el Padre en que todos debían dar su nombre a una sección, conforme a las preferencias personales.

Él participaba, en la medida de lo posible, en las reuniones de estos grupos, aunque la cantidad de ellas hacía prácticamente imposible una asistencia continuada. Por el contrario, no faltaba, salvo razones de fuerza mayor, al acto semanal de la Congregación, en el que hablaba con fervor de la devoción a la Virgen, y a las reuniones de la Junta general, donde se revisaban todas las actividades, tanto generales, como de los distintos grupos. Su palabra, reflejada en las Actas, era siempre ardiente e inflamaba el corazón de aquellos muchachos en el amor a la Virgen y en el deseo de trabajar en los distintos campos del apostolado. La orientación básica de sus charlas a los congregantes era la de presentar a la Congregación como instrumento de santificación personal y de dinamización comunitaria.

Basten algunos testimonios que demuestran lo que significaba la Congregación en la vida del Seminario: «Recordar al Padre Nieto —éscribe uno— no es recordar la humana poesía de Comillas, ni nuestra tarea cotidiana de estudios y clases. El fue el constante y diario alimentador de nuestra vida espiritual y también el modelador de nuestro apostolado con aquellas inolvidables secciones de la Congregación». «La Congregación mariana —añade

otro— era una de las palancas más usadas por el Padre Nieto. La Virgen llenaba su corazón, y el *Ad Jesum per Mariam* (A Jesús por María) era una consigna permanente. La vida mariana del Seminario era la razón de ser de la Congregación, que ya venía teniendo solera en Comillas desde antes de llegar el Padre Nieto y que él mantuvo y acrecentó con gran entusiasmo». «Ser congregante —dice un tercero— era, a la vez que un premio a la buena conducta, sobre todo en el Seminario Menor, un estímulo. Recordemos las fiestas marianas, el acto semanal de la Congregación, con Rosario, plática del Padre Nieto, etc. Todo era suave y dulce como la miel. Era un honor llevar la medalla de la Inmaculada sobre la sotana o con la cinta al cuello». Un sacerdote, en vísperas de partir para América, escribe: «Quisiera recordar a los miembros de los diversos *equipos* a que he pertenecido. No solamente sacamos de Comillas esa formación fundamental de las clases y las largas horas de estudio, sino además estos complementos preciosos, representados en buena parte por los *equipos* de la Congregación. Para mí sin duda han sido el instrumento de que el Señor ha querido valerse para prender en mi espíritu esta llama del ideal».

Para el Padre Nieto lo importante era que los seminaristas se prepararan bien para la meta final del sacerdocio. Aquello que escribía en 1950 era como el objetivo a conseguir en toda su actividad. Bajo el título de *Seminaristas sacerdotes siempre*, decía: «Vivid vuestro ideal sacerdotal. Soñad en un sacerdocio santo, que la gracia de Dios cuidará de convertir en realidad. Sed, pues, unos enamorados de vuestra vocación. Guardadla, que es tesoro infinito. Y cumplid la obligación que ella os impone: La santidad». De ahí que la etapa final de ese camino hacia el sacerdocio, la Teología, y muy especialmente la preparación para las órdenes sagradas, le consumiera sus mejores energías. Recordemos lo que escribía Joaquín Teixeira: los ordenandos eran «la niña de sus ojos y el afán de sus desvelos».

Según él, todo seminarista tenía que haber solucionado definitivamente la oración y la castidad al acceder a los estudios teológicos. Cuando iban acercándose las órdenes sagradas, no dejaba de recordar una y otra vez a los ordenandos la inminencia del acontecimiento: les insistía en la castidad como necesaria para el sacerdocio, en la importancia de no cometer ni una sola falta para prepararse al gran momento y, sobre todo, en la oración, empapándose, según sus palabras, en la última cena de Cristo.

Pero donde echaba el resto, por así decirlo, era en los Ejercicios espirituales de preparación para las órdenes y en la hora santa previa al día de la ordenación. El Padre Nieto se convirtió en el director nato de los Ejercicios de órdenes. En cierta ocasión preguntó uno a un ordenando que estaba practicándolos:

— Pero, ¿no estáis ya aburridos del Padre Nieto, después de haberle oído cientos de veces durante toda la carrera?

La respuesta fue fulminante:

— Por nada del mundo queríamos prescindir de él en unos momentos tan decisivos para nuestro sacerdocio como son estos Ejercicios.

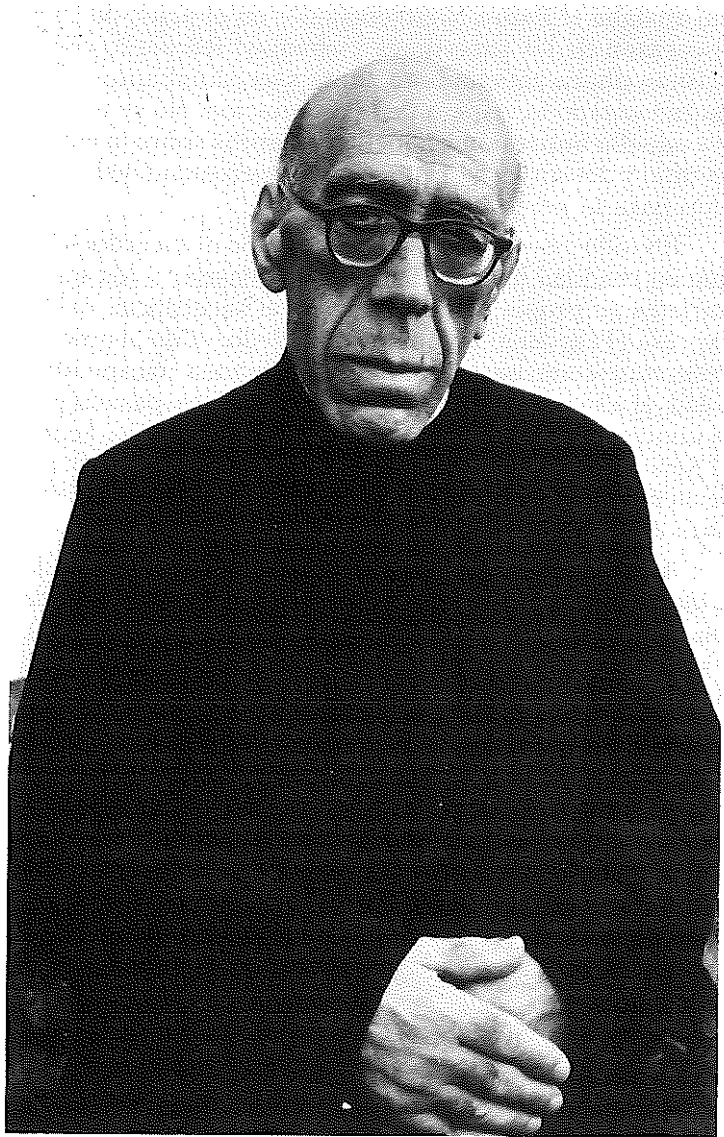
De este modo dirigió docenas de estas tandas desde el año 1930 hasta las vísperas mismas de su muerte. Lo que tales Ejercicios suponían para los ordenandos queda reflejado en las siguientes expresiones de algunos de ellos: «Recordaré toda mi vida aquellos Ejercicios; eran un auténtico lavado de cerebro, en el mejor sentido de la palabra; al acabar estábamos todos como un trapo; a causa de la temperatura espiritual del Padre Nieto, todos conveníamos en estimar que como aquellos Ejercicios no los habíamos oído jamás».

El broche de oro de la preparación para la ordenación lo constituía la hora santa y adoración nocturna de la víspera. Así describe este acto monseñor Flores: «¡Có-

mo ansiaba el Padre Nieto encender en el amor de Dios el corazón de los sacerdotes y obispos! Recuerdo como si fuera ahora aquella hora santa sacerdotal ante Jesús sacramentado la víspera de la ordenación. No se me borra aquella impresión y aquellas palabras sobre la entrega total y definitiva a Cristo, sobre la necesidad de la oración para la perseverancia, etc.».

En todo este proceso de preparación al sacerdocio lo que en realidad hacía el Padre era trasvasar a los seminaristas su propia manera de vivir el sacerdocio. Así lo expresa el cardenal-arzobispo de Toledo: «Con el amor a Jesucristo como base y fundamento de toda su espiritualidad, el alma del Padre Nieto vivió como traspasada por la conciencia viva de que el don supremo que ha hecho el Señor a su Iglesia es su sacerdocio. Vivirlo, santificarse en el ministerio sacerdotal, formar sacerdotes santos: para él no había otro ideal».

A ese ideal entregó su vida entera, hasta el traslado a Madrid de la Universidad de Comillas. La Facultad de Derecho Canónico sería la primera en dar el salto en 1960. Esta fecha es el símbolo de una nueva etapa para Comillas, coincidiendo con una nueva etapa en la misma Iglesia católica. Estamos en vísperas del concilio Vaticano II.



En la ancianidad, con el rostro desfigurado.

9. SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE...

De todos es conocida la crisis que en los años sesenta y setenta sacudió a amplios sectores de la Iglesia, con una especial repercusión en los centros de formación sacerdotal y religiosa. Comillas no fue una excepción. El mismo concilio Vaticano II sirvió a muchos disconformes de banderín de enganche para forzar un incontrolado revisionismo. Hasta el Padre Nieto —quizá lo único indiscutido en Comillas desde hacía más de treinta años— se vio envuelto en el ojo del huracán. Continuó indiscutida su santidad, pero no en la misma medida sus ideas y métodos. Ello supondría para él el último paso por el fuego purificador, para presentarse así más resplandeciente ante el Señor.

La formación ideológica del Padre Nieto no era la más apropiada para comprender los nuevos vientos que soplaban por la Iglesia y por la sociedad. Pero su profunda vivencia de las virtudes teologales y su fidelidad a la Iglesia hicieron posible su evolución, hasta integrar positivamente en su espiritualidad la nueva situación. Oigamos a este respecto a monseñor Díaz Merchán: «El Padre Nieto tenía confianza en el concilio y en lo oportuno de sus decisiones y orientaciones. Él insistía en la fidelidad a la Iglesia. En su profunda vida interior encajaba el concilio perfectamente». Para asimilar su espíritu lo leyó y estudió cuanto pudo. Fruto de esas lecturas y estudio son muchos de los apuntes de sus últimos años que se conservan.

A mediados de los años sesenta empieza a notarse en la comunidad de teólogos de Comillas un cierto rechazo hacia las pláticas del Padre Nieto. Se buscan razones para suprimirlas, cosa que sucede también con otros actos de piedad. Toda esta táctica de recortar los actos piado-

sos dolía profundamente al Padre, como se deja suponer. En los Ejercicios de órdenes del curso 1965-66 se le orilla expresamente, buscándole sustituto fuera de Comillas. Esto tuvo que dolerle también mucho, sobre todo si pensamos lo que habían sido estos Ejercicios para él a lo largo de más de treinta años. Otro tanto hay que decir del desplome que por estos mismos años sufrió la Congregación mariana, que tantos desvelos le había costado. El acto semanal de la Congregación empezó a ser rechazado. «En tiempos tendría su porqué, hoy no responde a nada», anota brutalmente el bedel de los Teólogos en su Diario. Batalló el Padre por su mantenimiento, pero todo fue inútil. Su misma espiritualidad fue tachada por algunos de crucifixionista, voluntarista y cosas por el estilo. «Era demasiado fuerte su ejemplo —escribe un sacerdote— para no poner en evidencia tantas vulgaridades». No pensemos, con todo, que este rechazo era general. Se concentraba más bien en pequeños grupos, pero que influían en el ambiente.

Su reacción ante esta situación dolorosa fue la de un hombre de fe: refugiarse en Dios y ofrendarle su propio sufrimiento por la salvación del mundo y la purificación de la Iglesia. Las líneas maestras del enfoque que dio a la problemática suscitada por la crisis eclesial de estos años quedan perfectamente diseñadas en sus apuntes y correspondencia epistolar: mayor insistencia en la oración, confianza plena en Dios que rige a la Iglesia, obediencia a la jerarquía, urgencia de una mayor santidad personal, evitación de toda crítica que hiera a la caridad, etc. Él procuraba sacar bienes de los males: «Dios permite este confusionismo —escribe— para un bien mayor. Nosotros no vemos cómo puede ser esto, pero Él tiene poder, sabiduría y amor para hacerlo... Así sacaremos de mayores males, mayores bienes». Así contestaba a una religiosa que sentía las dificultades del momento: «Dice en la suya que es difícil la vida religiosa en estos momentos. Es cierto esto para un alma que se sienta atraída por el

mundo y fría en el amor de Dios. Mas para un alma que se siente atraída constantemente por el Señor —y por eso no halla contento, sino cada día más repugnancia en las cosas del mundo—, no es difícil, sino más amada y querida la vida religiosa, esa vida de amor tierno y encendido a Jesús».

La raíz de todos los males estaba para él en el abandono de la oración. Se lo escribía así a un obispo: «La crisis es por falta de oración, de trato íntimo con Dios». Consiguientemente, toda la renovación eclesial debía partir de la vuelta al trato con Dios.

La cadena de renunciaciones que el Señor iba exigiendo a su siervo llegaba al eslabón más fuertemente adherido a sus carnes: los seminaristas. ¡Los quería tanto!

Pero no se podía negar una evidencia. Poco a poco fue comprendiendo su desplazamiento. Y ofreció su renuncia. «Yo no entiendo a éstos de la *nueva ola* —dijo a un jesuita en 1964—. Ya le he dicho al Padre Provincial que me retire de Espiritual. Y me quedaré en Comillas, o donde quieran mandarme». Edificante resulta este desprendimiento y disponibilidad, en quien ha dedicado su vida entera a ser Director Espiritual de los seminaristas.

Cuando en el curso 1967-68 se trasladaron a Madrid las Facultades de Filosofía y Teología, los Superiores pensaron que había llegado el momento del relevo. Aquel año 67 celebraba el Seminario sus bodas de diamante. Serían menos solemnes y más nostálgicas que las de oro de 1942. En uno de los actos, una conferencia del obispo de Málaga sobre el tema *Comillas, manantial de santidad*, el prelado presenta al Padre Nieto como maestro de oración y de caridad con el necesitado. De esta manera se enmarcaba exactamente su figura excepcional en la institución comillesa en un momento de balance y de abrir una página al futuro. Por lo demás, no veremos al Padre en ningún acto público de las celebraciones jubilares. Tan sólo aparecerá en los Ejercicios espirituales de los antiguos alumnos, reclamado insistentemente por ellos.

Cuando a principios de octubre regresa a Comillas, después de un verano dedicado totalmente a dirigir Ejercicios espirituales, todo es distinto. Por primera vez en 75 años no hay allí seminaristas mayores.

Podemos colegir lo que sintió entonces, por lo que escribió a su hermano en el momento de su jubilación: «Ya sé que dejas tu parroquia —le escribe—. Creo te costará, habituado a tu vida apostólica, pero ya debemos pensar más en el cielo que en la tierra». Y meses más tarde: «Siempre se notará un gran vacío. Date de lleno a Dios, más oración de trato sencillo e íntimo con Él». Sentimiento de vacío desde el punto de vista humano; pero él sabría llenar ese vacío con más oración.

Desde entonces se acentúa su relación con la comunidad jesuítica de Comillas, de la que se le nombra Director Espiritual. Pero como esta dirección no le ocupaba todo el tiempo, ya que eran personas formadas, podía salir fuera a diversos ministerios. Nada, pues, de un Padre Nieto en jubilación.

La Compañía de Jesús sufría por estos años grandes convulsiones. Al Padre Nieto le dolía especialmente la crisis en la vida de oración de muchos jesuitas. De ahí que expresase siempre a sus Superiores con toda lealtad y libertad de espíritu su preocupación por este tema. «Haga cuanto pueda —escribe al Provincial en 1970— porque no se abandone la oración personal en nuestras casas, si queremos, como vivamente desea San Ignacio, ser contemplativos en la acción». Ese año visitaba el Padre Arrupe, Prepósito General de la Compañía, las casas de España. El Padre Nieto rogó al Provincial le consiguiera unos minutos de entrevista con él. La tuvo, en efecto, en Gijón. Lo único que quería decirle al Padre Arrupe era que los Superiores debían urgir la práctica de la oración a los jesuitas.

En mayo de 1970, poco después de la entrevista con el Padre Arrupe, celebró sus bodas de oro sacerdotales. El hubiera querido pasar desapercibido, pero no lo con-

siguió. Empezó preparándose con doce días completos de Ejercicios espirituales. De ellos dijo: «He sacado el propósito de serle fiel al Señor, de no negarle ya nada en los días que el mismo Señor quiera darme de vida». A pesar de haberse anunciado tarde la celebración, le acompañaron tres obispos y un buen grupo de jesuitas y antiguos alumnos. Entonces se vio una vez más lo mucho que se le quería. Entre las felicitaciones que recibió, se cuentan, entre otras, la del señor Nuncio de Su Santidad en España y la del Padre Arrupe.

Quizá fue este paréntesis festivo el único destello en su vivir escondido durante este atardecer de su existencia. Después volvió a sus interminables horas de oración ante Jesús sacramentado y a su trabajo diario.

Mientras su salud se lo permitió, salió bastante a dirigir Ejercicios. Pero se encontraba ya con muchos achaques. Particularmente edificante resulta su renuncia a la dirección del mes de Ejercicios a sacerdotes, en cuyo ministerio, como veremos, había puesto toda su alma desde hacía muchos años. Después de la tanda de 1969 hubo de reposar todo el mes de setiembre. En abril de 1970 se dirigía el Padre Rector de Comillas al Provincial indicándole que no era prudente que el Padre Nieto dirigiese el mes de Ejercicios del verano, porque se hallaba muy disminuido en sus fuerzas. «El Padre Nieto me ha dicho —escribía el Rector— que ya hace varios años ha indicado que a ver si van preparando otro, porque sería una pena que se perdiese este ministerio, pero que no parece que se hayan dado muchos pasos para ello. Que él lo deja tranquilamente». Y lo dejó. Así acababa un esfuerzo de gigante por llevar adelante una hermosa labor apostólica, la del mes de Ejercicios, que fue una de las grandes obras del Padre Nieto.

Pero quedaban aún cuatro años de callada actividad desde el rinconcito de Comillas. Si él no podía ir a las almas, las almas vendrían a él, atraídas por su fama de santidad como las moscas por un panal de miel.

El Padre Hornedo nos ha dejado una hermosa relación, que describe excelentemente la vida del Padre Nieto estos años en la comunidad jesuítica de Comillas. «Dormía en la enfermería —escribe—, porque se le hinchaban las piernas y necesitaba por esto descanso en cama articulada. ¡Bien lo merecían aquellas sufridas piernas, que durante tantos años no conocieron por la noche otra postura que la incómoda de una silla! Pero, ni por el cansancio de los años, ni por la falta de salud, se permitió la menor concesión a prolongar un poco el descanso. En la capilla de la enfermería permanecía en prolongada oración y celebraba la Santa Misa con el fervor y sosiego que le caracterizaban.

Antes de las ocho bajaba ya al comedor de la comunidad a desayunar y en seguida marchaba a la capilla de la comunidad para asistir a la Misa de los Hermanos Coadjutores. A continuación iba a la capilla de San José a la Misa de los seminaristas del Seminario Menor, por si alguno quería confesarse. De este modo, con aquel reducido grupo de seminaristas de los primeros cursos siguió hasta el fin su asidua asistencia al confesonario. Además, durante el día se le veía acudir solícito al confesonario de la Iglesia, a cualquier hora, para atender a los que venían a la portería pidiendo un confesor. Siguió también recibiendo en su habitación, como Padre Espiritual de la comunidad, nuestras confesiones y también las de los antiguos alumnos y de tantos otros sacerdotes y algunos laicos, que acudían a él buscando dirección espiritual. Mucho fue lo que hizo todavía en estos años en tan eficaz apostolado, aconsejando, consolando, alentando, con su particular don del Espíritu para el trato con las almas. Pero no se limitó a esta labor de dirección. Aparte del retiro mensual a los sacerdotes del contorno y de las pláticas a la comunidad, no pocos de los sacerdotes y religiosos que venían a Comillas para hacer Ejercicios o retiro espiritual le pedían les diese los puntos de meditación. El accedía gustoso.

Otro apostolado que siguió ejerciendo con asiduidad, a pesar de ir perdiendo vista, fue el epistolar. ¡Cuántas cartas pidiendo ayuda para otros! Añádanse las contestaciones a las muchas que recibía de antiguos dirigidos, deseosos de continuar por este medio su dirección.

Tampoco abandonó a sus pobres. Seguía bajando, de vez en cuando, al pueblo a visitar a los enfermos y ancianos más necesitados, aunque a la vuelta, por obedecer a los Superiores, tuviese que tomar un taxi para subir la pindia pendiente de La Cardosa. También continuaba acudiendo a la portería para atender a los pobres que subían a visitarle, pese al esfuerzo que le suponía subir las escaleras. Y cuando ya las salidas de casa fueron raras, se le veía con frecuencia hablando en los tránsitos con Orosia, la encargada de la limpieza, interesándose por los enfermos y necesitados, a los cuales seguía atendiendo por medio de ella con limosnas.

Cuando se buscaba al Padre Nieto para bajar a confesar a la Iglesia o a la portería para alguna de estas obras de caridad, y no se le encontraba en el cuarto, ya se sabía dónde hallarle: en la capilla. Allí, hincadas las rodillas, se pasaba horas y horas en amoroso diálogo con Cristo sacramentado.

En el recreo después de cenar, se retiraba a su cuarto. Más tarde marchaba a la enfermería, llevando en sus manos el crucifijo de los votos, su inseparable compañero, testigo de tantísimos actos de virtud».

Aunque esta hermosa relación es bastante expresiva, conviene resaltar una vez más el apostolado de los Ejercicios espirituales. Así escribe su Padre Rector de estos años: «Hacía varios años que no daba tandas de Ejercicios a grupos, pero era frecuente ver por su habitación a sacerdotes y religiosos que estaban haciendo los Ejercicios con el Padre Nieto, personalmente. El último verano y comienzo del otoño, estuvo dando Ejercicios casi sin interrupción; y a veces, antes de acabar uno, ya había otro u otros. Todos sacaban la impresión de que no eran unos

Ejercicios más, y daban muchas gracias a Dios porque se habían encontrado con un santo». A veces acuden tantos, que no le dejan tiempo ni para llevar al día su correspondencia. Un año antes de su muerte se disculpa así con una dirigida de no haberla podido escribir por Navidad: «Me ocuparon el tiempo en hablar con algunos que pasaban por aquí y venían para que les dijera algo de estos misterios (navideños) de tanto amor de Dios». Lo repite meses después a unos sacerdotes: «Aquí vienen seglares y curas a que les hable de Dios, y se están una semana o quince días». Y hasta un mes: en el verano de 1972 dirigió un mes completo de Ejercicios a un sacerdote. Fue una delicia, escribe, «disfrutar de su fervor llameante».

Al regresar de un entierro a mediados de 1973, dijo:

— Ahora quedamos en puertas.

¿Presentía el fin? Por entonces hubo de ser internado ocho días en Valdecilla, aquejado del corazón. En diversas cartas quita importancia al percance; pero la tenía. «Fue un pequeño aviso del Señor —escribe a un sacerdote— para estar bien preparados a su llegada». Cuando a finales de agosto le visitan unos sacerdotes, deseosos de aprovecharse espiritualmente, le describen así: «Parecía una momia. Con muchos achaques, pero entero de espíritu y más cerca de Dios. La santidad le brillaba en toda su persona de pies a cabeza».

Se ofrecía continuamente en manos del Padre, implorando misericordia para sus últimos momentos: «En vuestras manos pongo mi vida, mi muerte, mi eternidad. Señor, Padre mío: Si me llamas hoy, no me dejes. Os pido tengáis infinita misericordia y no me dejéis en ese momento de salir mi alma del cuerpo...». El pensamiento del cielo le llena totalmente. A él se refiere la última carta a su hermano. Una auténtica despedida hasta la eternidad: «Como hermanos terminemos ayudándonos a terminar nuestra estancia en la tierra, aumentando este amor divino, para entrar en el cielo, donde no hay otro valor ni ejercicio».

En el invierno de 1973-74 contraería una fuerte bronquitis, que unida a su afección cardíaca, resultaría fatal. Para colmo, apareció una gran inapetencia. Habían anunciado su llegada a Comillas, para mediados de marzo de 1974, dos seminaristas de Valladolid para hacer con el Padre los Ejercicios espirituales de preparación a las órdenes. A pesar de su estado, empezó a dárselos. Uno de ellos, hoy monje cisterciense, nos cuenta: «Nosotros veíamos que no podía: se ahogaba el pobre, la boca se le llenaba de una especie de pasta blanca; daba grima verlo. Nos dimos cuenta en seguida de que el Padre Nieto era un santo y que no tardaría en partir para la casa del Padre. Fueron unos Ejercicios de fuego; los vivía él más que nosotros». A duras penas los concluyó.

A los pocos días se le llevó a Santander para que le viese el médico que le había tratado otras veces. A la vuelta, el Padre estaba animado y se sinceró con sus acompañantes. Al preguntarle cuánto tiempo de su hora de oración empleaba en hablar con Dios, contestó:

— Todo el tiempo de la oración.

Él se adelantó a decir que no le ocultasen la situación, porque quería recibir a tiempo los últimos sacramentos. Aunque de momento no se percibía ningún signo alarmante, a primeros de abril se pensó, que dada su afección cardíaca y su persistente bronquitis, convenía recibiese la Unción de los Enfermos y el Viático. Acudió la comunidad a la capilla de la enfermería. El Padre estaba sentado junto al altar. Reunida la comunidad, pronunció estas palabras:

«En estos momentos tengo gran paz y alegría; la muerte no es una desgracia, sino una gracia de Dios para unirnos más a Cristo. Sólo tengo una pena: no haberme entregado más a Cristo. Y lo que le estoy pidiendo al Señor estos días es que, ya que Él lo puede hacer, que lo que yo no he hecho, que lo haga Él y que llene mi vida. En estos momentos se ve muy claro que lo único que vale la pena es el entregarse a Cristo. Cuando uno ha vivido y tratado con Cristo, no comprende cómo le pueden

abandonar tantos sacerdotes y qué pueden encontrar fuera de Él.

Muero muy contento en la Compañía de Jesús. Pidamos mucho por la Iglesia y por la Compañía. Que vivamos más unidos a Cristo».

Pidió al Padre Rector pasar toda la noche junto al Sagrario para agradecerle aquellos últimos sacramentos. No se le concedió. Ya hacía algunas noches que, al despedirse de Jesucristo, se acercaba al altar y, de rodillas, tocando con la mano el Sagrario, le decía:

— Hasta mañana, Señor; si quieres, puedes llevarme esta noche; como Tú quieras, Señor.

La noche de los últimos sacramentos su despedida fue más íntima.

A partir de ese día, fuera del tiempo de descanso, que seguía siendo breve, pasaba casi el día entero en la capilla y era más frecuente verle pegado al Sagrario.

El Hermano Enfermero, que no le había conocido hasta ese curso, se maravillaba de la naturalidad con que hablaba de Dios:

— Es imposible —decía— hablar con él sin hablar de Dios.

Durante la Semana Santa pudo celebrar la Eucaristía hasta el Jueves. También para él, como para Cristo, sería la de ese día su *última cena* eucarística. El Viernes Santo acompañó al Señor en la Pasión, sin salir prácticamente de la capilla en todo el día. Cenó normal y, al irse a acostar, de rodillas, con la mano tocando el Sagrario, se despidió del Señor como todas las noches. El Hermano Enfermero le ayudó a acostarse. Como solía, ya en cama, besó la imagen de la Virgen y dio tres besos al Crucifijo.

Al ir a retirarse el Hermano, notó que el Padre comenzaba a tiritar. Le arropó, pero la tiritona no remitía. Después empezó a sentir dolor y a respirar con dificultad. Ca-

yó en la cuenta de la gravedad e inició un coloquio con el Señor, uniéndose a su Pasión:

— Padre, si es posible pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya... Señor perdóname mis pecados... Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad... Os ofrezco mi vida, mi muerte, mi eternidad...

Al indicarle que no se fatigase con la oración, contestaba:

— Si eso no me fatiga; es lo único que me alivia.

La embolia pulmonar le producía un dolor intensísimo. De ahí que repitiera continuamente: Padre, si es posible... pero no se haga mi voluntad.

La última frase que recuerdan los circunstantes:

— Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

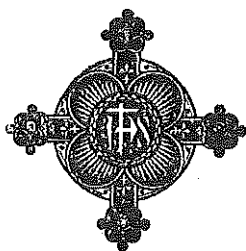
Poco después quedó un momento tenso, su rostro empezó a cambiar de color, inclinó la cabeza hacia la derecha y arrojó un poco de sangre.

Eran las dos de la madrugada del día 13 de abril de 1974, cuando se apagó aquella vida entregada a Cristo sin reservas hasta el último aliento. Alboreaba el Sábado de gloria... Atrás quedaba no sólo el Viernes Santo de 1974, sino el Viernes Santo de toda una vida enamorada de la Cruz de Cristo.

El Domingo de Resurrección se celebraron sus funerales en la Iglesia de la Universidad. A pesar de una fecha tan poco propicia para el abandono de diócesis y parroquias, se desplazaron para participar en los funerales monseñor Juan Antonio del Val, obispo de Santander, monseñor Gabino Díaz Merchán, arzobispo de Oviedo, y su auxiliar y Secretario del episcopado español, monseñor Elías Yanes, así como numerosos sacerdotes de Bilbao, Asturias, Santander, etc.

Hermosa la homilía del prelado santanderino, antiguo dirigido del Padre Nieto: «Desde ayer —dijo— todos

somos más pobres: nos falta la palabra, el testimonio vivo y presente aquí entre nosotros de un hombre evangélico, el Padre Manuel García Nieto, de la Compañía de Jesús. El pueblo de Dios que le ha conocido —sus hermanos religiosos los Jesuitas, todos los antiguos alumnos de Comillas y las personas que le tratamos—, sin prevenir el juicio de la Iglesia, con humilde y universal estimación, le consideramos santo de altar». Su juicio es respaldado por otros hermanos suyos en el episcopado de España y de América que le trataron. Por doquier se oía la misma expresión: Era un santo. Si a éste no lo canonizan, entonces ¿a quién? La Iglesia tiene la última palabra.



Semblanza

1. ÍNTIMA UNIÓN CON DIOS

La oración, o como decía el Padre Nieto, el diálogo íntimo y familiar con Dios, era en él una auténtica obsesión: obsesión por vivirlo él y por hacerlo vivir a los demás.

Muchos se han hecho esta pregunta: ¿Cuánto oraba el Padre Nieto? Quizá la pregunta esté fuera de lugar, pues es probable que Dios le hubiera regalado con el don de oración, con la oración habitual. Por ese «don de oración, *id est*, íntima unión con Dios Nuestro Señor en todo y siempre» rogaba al cielo cada día, por lo menos desde el mes de Ejercicios de 1937. Pero si el Padre Nieto llegó a esa oración habitual, no fue sin una enorme insistencia en la prolongada práctica de la oración formal.

La oración del Padre Nieto tiene sobre todo un nombre: *vida de Sagrario*. Oró en el reclinatorio de su humilde celda y en otras partes, pero sobre todo oró ante Jesús Sacramentado. Horas interminables, de rodillas, sin apoyo alguno, de hinojos en el duro suelo pegado al Tabernáculo... Casi tocándolo con la mano... Exactamente como él nos dejara escrito de San Alfonso: «Cuéntase de San Alfonso —escribe— que tenía sus delicias en estar cerca del Tabernáculo; y cuando sus plegarias tardaban en ser escuchadas, no vacilaba en llamar a la puerta del Sagrario».

Cuando se buscaba al Padre Nieto, de no estar en su habitación atendiendo a alguien o en la portería con un menesteroso, ya se sabía dónde encontrarle: en la capilla.

El tiempo no contaba cuando de estar con Jesús sacramentado se trataba. Por eso, ¿alguien se atrevería a decir cuántos miles de horas —sí, muchos miles de horas— consumió el Padre Nieto de hinojos ante el Sagrario? ¿Que de extraño que sus rodillas tuvieran derrame sinovial?

Su aguante de rodillas se hace humanamente inexplicable. Algunos sólo se lo explican desde una perspectiva mística.

Podrían aducirse interminables testimonios de algo que pudieron observar cientos de seminaristas durante muchas generaciones. Recojamos solamente cuatro complementarios: el de un obispo, el de un sacerdote, el de un jesuita y el de un seglar. Contó monseñor del Val en la homilía del funeral del Padre Nieto que alguien quiso saber las horas que pasaba ante la Eucaristía, escogiendo para ello un mes de Ejercicios en Pedreña. Le acechó hasta las dos de la mañana. Rendido, se fue a la cama, dejándole ante el Sagrario. Se levantó a las cinco de la madrugada, pero ya se le había adelantado el Padre, que estaba nuevamente ante el Sagrario.

Algo similar cuenta un sacerdote, antiguo alumno de Comillas: «Como los seminaristas todo lo espiábamos —dice—, hubo un turno que el Jueves Santo por la noche se organizó para *observar* al Padre. El resultado fue que estuvo de rodillas ante el Santísimo, hincado en el duro suelo, sin moverse ni apoyarse en nada, como una estatua, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana».

Así nos describe un jesuita su primer encuentro con el Padre Nieto: «A media tarde entraba yo en la capilla de las Congregaciones de la casa de Carrión de los Condes. En el primer banco, a los pies del Sagrario, oraba un hombre, recogido. Tras unas horas de descanso veraniego, volví por la capilla. El mismo hombre, en el mismo sitio, en la misma postura. Tras la cena todo estaba igual que cinco horas antes. Al retirarme a descansar, pude descubrir la misma figura orante en aquel banco. Mi información me añadió que era muy probable que hubiese pasado gran parte de la noche orando en el mismo sitio, como era su costumbre. Era el Padre Nieto».

En la misma línea van los recuerdos de Abelardo de Armas, Mayor General de la Cruzada de Santa María. Los

chicos de la Cruzada iban a practicar servicios humildes a la Universidad de Comillas: «Pasábamos primero por la capilla. Y allí estaba el Padre Nieto arrodillado ante el Sagrario. Dos horas más tarde pasábamos de nuevo a despedirnos del Señor, y allí seguía el Padre. Volvíamos a la tarde después de comer, y, al entrar en la capilla, le volvíamos a encontrar otra vez, cosa que volvía a ocurrir dos horas más tarde a la salida».

En cierta ocasión, como cuenta monseñor Flores, un seminarista logró sacarle la confidencia de que hacía unas seis horas diarias de oración. Buena parte de este tiempo era robado al descanso nocturno.

Y, como fruto de esta oración formal, el espíritu de oración, la presencia de Dios en cada momento del día. Su porte recogido, su conversación siempre sobrenaturalizada, sus criterios siempre inspirados por la luz de la fe, irradiaban su profunda vida interior. Por eso con el Padre Nieto era imposible no hablar de Dios. «De todas las personas que he tratado en mi vida —escribe el obispo de Vic—, es la que ha dejado en mí más firme impresión y persuasión de santidad por su vida de unión con Dios, en la que parecía vivir constantemente sumergido». Otros muchos confirman estas palabras.

Podemos decir con verdad que era un auténtico contemplativo, que veía a Dios en todas las cosas. Lo confesó él mismo en una charla a unas religiosas en 1970: «Cuando voy por ahí, todo me habla de Dios: el árbol, el niño, el animalito... Todo me habla de Dios, porque todo es de mi Padre Dios».

¿Y cómo oraba el Padre Nieto? Difícil es saber *cuánto* oraba. Pero, ¿quién se atreverá a decir *cómo* era su oración? Muchos han expresado el convencimiento de que era extraordinaria, verdaderamente mística. Quien esto escribe es del mismo convencimiento. Pero antes de tocar este punto, fijémonos en algunas características más concretas:

a) Que su oración giraba casi siempre en torno al misterio eucarístico ya ha quedado patente. El Padre Nieto vivía la presencia de Cristo en la Eucaristía con un grado de realismo tal, que parecía tratarse más de una visión que de un misterio de fe. Recordemos la respuesta que dio cuando le invitaron a ir a Roma para ver al Vicario de Cristo:

— Y ¿para qué quiero yo ver al Vicario si tengo a Cristo en el Sagrario?

Otras veces decía:

— Si a mí me dicen que Cristo se ha aparecido ahí afuera, no voy. Viéndole perdería mérito. En la Eucaristía le veo con los ojos de la fe, y con ello merezco más.

Junto al Sagrario era feliz:

— No cambio media hora de Sagrario por nada del mundo.

He aquí lo que les dijo a los Teólogos en cierta ocasión:

— El Sagrario es el cielo aquí en la tierra. Si la Virgen estuviera en la tierra, no se apartaría del Sagrario. Si viviéramos la realidad del Sagrario, tendríamos el cielo aquí en la tierra. ¿Cómo voy a estar triste, si tengo el cielo en la tierra, en el Sagrario? Tengo que avivar la fe, pero ese cielo es real: el cielo es poseer a Dios, y a Dios lo tengo conmigo en el Sagrario.

Se diría que para el Padre Nieto el Sagrario había llegado a ser una necesidad vital:

— Yo donde no hay Santísimo, me aburro, respondió después de un día de excursión en el campo en que no pudo visitar el Santísimo.

b) El Padre Nieto hizo oración gran parte de su vida en la Compañía sobre el Principio y Fundamento de los Ejercicios de San Ignacio. Muchos se lo oyeron decir y lo deja consignado en sus apuntes espirituales: «Esta verdad que tanto me gusta —escribe— y que he venido meditando hace bastante tiempo».

Para él esta página ignaciana se resumía en algo tan simple y profundo como esto: Dios es mi Padre amantísimo. Pasó toda su vida dándole vueltas a esa idea. Como San Agustín, pudo decir: ¡Oh verdad siempre antigua y siempre nueva!

En una ocasión dio Ejercicios a un pequeño grupo de seminaristas y los tuvo los siete días meditando el Principio y Fundamento. ¿Para qué pasar a otra cosa?, comentó después. ¿Qué otra mejor se puede hacer que abismarse en que Dios es nuestro Padre?

c) El misterio de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma fue otro de sus temas preferidos de oración. Anota muy bien monseñor Díaz Merchán que el Padre Nieto vivía una fe trinitaria. «Le preguntamos —cuenta un seminarista— qué meditaba. Y nos contestó:

— Siempre lo mismo: el Padre me creó para que sea santo; el Hijo me redimió para que sea santo; el Espíritu Santo mora en mí para que sea santo. Sólo en eso medito».

Él mismo confesó en una ocasión que toda su hora de oración la gastaba en un coloquio con la Santísima Trinidad.

Afortunadamente conservamos algunos apuntes espirituales íntimos que nos ilustran perfectamente esta orientación trinitaria de su oración. Veamos algunos ejemplos. Así concluye su Reforma de vida de unos Ejercicios: «No moriré sin ser santo. Para esto me creó mi Padre celestial, me redimió Jesús y el Espíritu Santo mora en mi alma para este fin. Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad santísima: hacedme santo». Medio año después, como un eco de esos ardientes deseos de que las tres Divinas Personas le hicieran santo, escribió: «Hace mucho tiempo que no escribo diario espiritual. Esta tarde en la meditación me sentí movido a ello. En la primera parte, que dediqué a hablar con el Padre, me sentí muy movido a unir en todo y siempre mi voluntad a la suya. La segunda parte la dediqué a hablar con Jesús en un *Viacrucis*,

y pensaba cómo todo lo que padeció Jesús fue para que yo fuera santo. La tercera parte de la oración pensé cómo el Espíritu Santo obra sin cesar en mí esta gran obra de mi santificación».

En no pocas Reformas de vida de sus Ejercicios aparece la idea obsesionante de la santidad, unida a la acción de las tres Divinas Personas en el alma. Todos sus apuntes, desde los años treinta hasta su ancianidad tienen la misma orientación. A finales de 1968 comienza un diario espiritual, según consigna expresamente, «para intimar más con la Santísima Trinidad».

d) Su espiritualidad era también totalmente cristocéntrica. No podía ser de otra manera en una vida interior tan ahormada en los Ejercicios de San Ignacio.

Conocer a Cristo era para él, como para San Pablo, la suprema ciencia; todo en su comparación era basura. Repetía mucho la sentencia de San Agustín: *Si desconoces a Cristo, de nada te vale que conozcas todas las demás cosas. Si conoces a Cristo, no importa que desconozcas todo lo demás.* De ese conocimiento interno del Señor surgía incontenible su amor a Cristo. Un amor apasionado que le llevaba —según propia expresión— «hasta reventar por Cristo». «Cristo, la idea obsesionante de mi vida —escribe en un texto íntimo—. Un amor tan grande (a Cristo), que se convierta en el único motivo y motor de mis obras todas». «Conocer a Cristo —deja escrito en otro sitio— lo es todo. Amarle es la más perfecta dicha. Seguirle, imitarle es la verdadera perfección. Que el mundo piense lo que quiera, poco me importa. Que me considere un loco, me da lo mismo. Pertenezco a Cristo, sigo sus huellas, y esto me basta». Así se dirigía una vez en carta a unos ejercitantes suyos: «¿Quieres hacer lo más grande que puedes hacer? Mira a Jesús, la obra más grande de Dios. Imítale. Vive con Jesús en santa comunión, en dulce intimidad. Harás lo más grande que puede hacer el hombre: ser otro Cristo».

Así pensaba y, sobre todo, así lo vivía el Padre Nieto. Por eso era el diálogo de amor con Cristo la característica más saliente de su oración. En algunos actos —horas santas, grupos de oración, etc.— se ponía a orar en alto: inmediatamente se encendía en él la llama del amor, que prendía también en el corazón de los presentes.

El amor a Cristo, tierno y fuerte, constituía sin duda la clave de su espiritualidad. Así lo entendieron cuantos le conocieron. Valga por muchos el siguiente testimonio, de monseñor Marcelo González Martín, cardenal-arzobispo de Toledo: «Amor a Jesucristo: esta es la clave espiritual de la vida del Padre Nieto. La conversación giraba ineludiblemente en torno a Jesucristo. En las pláticas y meditaciones el tema al que volvía una y mil veces era Jesucristo. ¡Cuánto le amaba y con qué convicción! Era un amor hondo, vivísimo, que irradiaba el gozo de la amistad divina a la que el alma se sentía llamada».

La unión con Cristo trascendía en él los tiempos concretos de oración. Era el cañamazo que entretejía toda su vida. Por sus apuntes consta que se planteaba con frecuencia la pregunta: ¿Qué haría en este caso Jesús, qué diría, cómo obraría, qué le agradaría? En 1937 hizo una promesa de tender a la santidad agradando en todo y siempre a Jesús. «Jesús mío, que mi cuerpo sea millones y millones de veces desgarrado y destrozado y mi alma precipitada en los infiernos, antes que yo os disguste en lo más mínimo. Encended, como ascua ardentísima en mi corazón que constantemente le inflame, el único deseo de daros gusto siempre y en todo», rezaba diariamente.

El deseo de identificación total con Cristo, hasta la misma muerte, fue su obsesión. Por eso pedía: «Quiero morir en Cristo, morir con Cristo, morir en el nombre de Cristo, morir como Cristo, crucificado».

Ese era el Cristo más íntimo del Padre Nieto: Cristo crucificado. En ese anhelo de identificación con Cristo ocupaba su puesto central la cruz. Ya en Santa María de Sando meditaba casi exclusivamente cada día el tomo de

la Pasión del Padre Garzón. Y en el Noviciado confesó que lo que prefería de los Ejercicios ignacianos era la contemplación de la Pasión. A través de la contemplación de sus pasos llegó el alma del Padre Nieto a su máximo del gozo espiritual. Su crucifijo, el que le dieron el día de los votos, era su compañero inseparable. Su mirada se dirigía llena de ternura hacia él a cada paso. Lo tenía sobre su mesa, siempre al alcance de la mano, y con él establecía amorosos coloquios. Quería morir como Él, crucificado. Por eso suplicaba le concediera Dios una muerte dolorosa, para parecerse más a Cristo, confiando en que Dios le daría su gracia para poder soportarla. Desde este amor a Cristo crucificado hay que entender su asombrosa penitencia.

e) La unión con Cristo tenía para el Padre Nieto un centro: la Santa Misa. Su amor a la Misa corría parejo con el que tenía al sacerdocio. Para él lo más íntimo del sacerdote era su relación con el sacrificio eucarístico de Cristo. Nos lo dejó escrito: «Nunca aparece más grande nuestro sacerdocio que cuando se le considera a la luz del misterio eucarístico. Somos sacerdotes y, como tales, ordenados al sacrificio. Por él nos asociamos a la obra redentora de Cristo». Como dice también muy bien el cardenal-arzobispo de Toledo, el alma del Padre Nieto «vivió como traspasada por la conciencia viva de que el don supremo que ha hecho el Señor a su Iglesia es su sacerdocio».

Ya de niño oía el pequeño Manuel con gran devoción la Santa Misa y le decía a su madre que por nada del mundo la omitía, aunque tuviera que ir al campo. En Santa María se levantaba a las tres de la mañana para celebrar cuando tenía que ir de viaje y otro tanto hacía en Comillas cuando los seminaristas tenían que hacerlo. A las siete de la tarde le encontraron un día en Cabezón de la Sal en ayunas, con la esperanza de poder celebrar en Comillas al regreso de un viaje. La Santa Misa era el centro de su vida espiritual. Así nos dejó escrito: «*Santa Misa*: ha de ser el centro de mi vida diaria. Emplearé en ella

por lo menos media hora. Acción de gracias (otra) media hora».

Celebraba la Misa despacio y con gran recogimiento. A algunos pudo darles la impresión de que se quedaba dormido por su quietud. Así escribe el novelista Castillo Puche: «De puro milagro no se dormía en la Misa, aunque creo que durante ella sus trasposiciones eran de tipo beatífico, pues se quedaba como traspuesto, con una sonrisa en el rostro, y a veces hasta salía de esta situación con alguna lágrima en los ojos». «Insisto —escribe otro seminarista— en cómo celebraba la Santa Misa. Aquello era una *gozada*; atención intensa, reverencia suma, tiempo amplio».

Su amplitud se debía sobre todo a lo prolongado de sus *mementos*. En ellos condensaba él sus peticiones más íntimas. Recorría mentalmente las llagas de Cristo y en cada una pedía por una intención. Limitémonos a la llaga del costado, que reservaba para sí. ¿Y qué pedía para sí?: «Padecer y ser despreciado por Tí; ser ignorado y tenido en nada; verdadera humildad desconocida para los hombres, inaccesible para mí mismo, sólo de Tí conocida, fundada en una fe firmísima y ardentísima caridad para con tu Corazón».

Muchos han expresado el convencimiento de que Dios concedió al Padre Nieto dones místicos. Así lo expresa, entre otros, un sacerdote, antiguo alumno de Comillas: «Tengo para mí que el Padre Nieto fue un gran místico, en el sentido pleno de la palabra. En premio sin duda a su esfuerzo ascético, de todos conocido, y a aquella su total entrega a Dios, Dios le favoreció con el don de la oración *infusa*, de la que salía ungida toda su predicación».

Leía mucho a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, no sólo por interés académico —no olvidemos que fue profesor de *Ascética y Mística*—, sino sobre todo por interés personal de profundizar en «la unión perfecta de amor de Dios», según la frase del gran místico carmelita. Conseguir esa unión era su gran ilusión en esta vida.

Muchos quedaban pasmados al verle delante del Sagrario con aquel ronquido suyo tan especial y se preguntaban sobre las características de aquella especie de dormición. Ocurría también en otras ocasiones: en el confesonario, en la cuenta de conciencia y hasta hablando en público. La explicación obvia podría ser la falta de sueño. Esta explicación aparentemente lógica, no parece ser la verdadera. Nadie se atrevería a imputar al Padre Nieto una oración soñolienta, a horcadas entre la conciencia y el sueño natural. Todo nos habla, por el contrario, de una oración intensísima, imposible de compaginar con un estado de modorra o flojedad.

¿No se cumpliría más bien aquello de la Escritura: *Yo duermo, pero mi corazón vigila?* (Cant. 5, 2). Se le veía de hinojos ante el Sagrario, a veces cabeceando, roncando incluso, en una especie de balanceo o equilibrio inestable, que parecía iba a desplomarse de un momento a otro sobre el pavimento. Pero así seguía, y seguía, ante el asombro general, desafiando al parecer a las mismas leyes de la gravedad. Todos, cansados, iban rindiéndose. Sólo él continuaba allí... Así interpreta la situación un sacerdote: «A veces pensábamos que, como no dormía de noche, luego le daba el sueño en la capilla. Más tarde entendimos que se trataba de un grado especial de oración. Pienso que por lo menos sería un sueño de los sentidos y tal vez de las potencias. Este era el hontanar de donde brotaba todo en él».

A nosotros sólo nos queda el asombro ante lo humanamente inexplicable y la comprobación del efecto de sus palabras de fuego al levantarse de aquel misterioso sueño. Parecía un Moisés con la *facies cornuta* cuando volvía del encuentro con Dios.

Este convencimiento tan extendido sobre lo extraordinario o auténticamente místico de la oración del Padre Nieto encuentra su confirmación en el *Diario espiritual* del mes de Ejercicios de 1937. Lástima no poder reproducir aquí sus páginas a causa de su extensión. En ellas

alientan todos los símbolos, todos los sutiles mecanismos de las experiencias y revelaciones místicas: junto al rayo de luz suavísima que inunda su alma, el fuego abrasador y aniquilador que la devora; junto a la pasividad humana, la incontenible actividad del Espíritu divino; junto a la anulación o enagenación de los sentidos exteriores e interiores, el acceso a la visión intelectual; junto al vaciamiento de la creatura ante el Creador, la llenumbre total de Dios; junto al temor al engaño, la quietud y confianza imperturbable en brazos del Amado; junto a la visión de las creaturas en Dios, la percepción de la absoluta trascendencia de su Ser; y, muy especialmente, la unión inmediata con la Divinidad misma, a través del puente de la Humanidad sacratísima de Jesús, con un aumento grande de las virtudes teologales y demás cortejo de virtudes.

Pero hay una cosa que no conviene perder de vista: el marco de estas experiencias. Es, casi exclusivamente, la contemplación de la Pasión de Cristo. ¿En qué otro momento podía el Señor regalar a aquel alma, tan enamorada de este misterio? ¡Qué bien comprendemos ahora aquello que tanto repetía el Padre Nieto!: en la cruz de Cristo hay dolor humano, pero gozo divino, muy superior a todos los gozos humanos.

2. ABRAZADO CON LA CRUZ DE CRISTO

«Con el don de oración —dejó escrito— pediré siempre el espíritu de abnegación y sacrificio». De esta manera unía ambos aspectos de la vida espiritual, como aprendiera de su Padre San Ignacio, que decía que la verdadera abnegación era la piedra de toque de una fructuosa oración.

El Padre Nieto era eminente en la abnegación interior, la que San Ignacio calificaría de *indiferencia*, es decir la supeditación de todo lo terreno al fin superior de la gloria de Dios, y en la penitencia exterior, o renuncia a los gustos y placeres de este mundo por amor a Cristo crucificado. Porque digámoslo de una vez para siempre: quien tache al Padre Nieto de masoquista o crucifixionista, no lo entiende en algo fundamental. En él todo su mundo ascético es pura y simplemente expresión de enamoramiento de Cristo crucificado. Solía explicarlo con la siguiente anécdota: Un Hermano de la Doctrina Cristiana cuida a un enfermo infeccioso. Alguien le dice: Yo no haría eso ni por 100.000 francos. Pues yo —responde el religioso francés— ni por un millón. Pero lo hago por éste. Y le muestra el Crucifijo.

Cuando alguien le decía al Padre que lo que él llevaba no era vida, respondía:

— Cuando conozca un Dios que no haya muerto por mí, seré indulgente conmigo. Pero mientras Cristo esté en la cruz, yo no puedo estar en un lecho de rosas.

Los casos de *indiferencia* señalados por San Ignacio en los Ejercicios sintetizan perfectamente la abnegación interior del Padre Nieto:

Salud o enfermedad, vida larga o corta: Cuando en 1952 su vida corrió serio peligro, su cirujano decía sor-

prendido que había visto llorar a muchos ante la amenaza de la muerte, pero a ninguno, como al Padre Nieto, porque se había librado de ella. En tan poco estimaba la vida corporal. Tan desprendido estaba de esa vida, que no duda en escribir durante la convalecencia:

«Pide —dice en carta a un dirigido— no la salud, sino que se cumpla en mí la voluntad del Señor».

Esta fue su enfermedad más grave; pero toda su vida padeció muchos achaques de diverso tipo. En todos dio muestras de una total conformidad y entereza.

— Para vacaciones ya queda una eternidad, comentaba. Esta vida es para gastarla por Cristo, hasta reventar por Él.

Lejos de temer la muerte, la ansiaba con todas sus fuerzas, porque, como para san Pablo, la muerte era para él una ganancia. Era el encuentro definitivo con Cristo.

Riqueza o pobreza: Supo llevar hasta sus últimas consecuencias su voto de pobreza, por amor a Cristo pobre. Todos le recuerdan con una sotana raída, al límite de la decencia, y unos zapatones remendados. Nada delicado ni curioso, ni en su persona ni en su ajuar. Hasta qué punto aprovechaba las cosas de su uso lo demuestra la carta que escribe a su hermano en 1949. Le dice que quiere comprar una navaja de afeitar, «pues la primera ya dio todo lo que tenía que dar treinta y tantos años».

Él, que se pasó toda la vida pidiendo para otros, nunca pidió para sí. Tan sólo aceptó como regalo de los sacerdotes algún libro de espiritualidad; pero nada que supusiese comodidad personal. Si algún regalo de estos le llegó, inmediatamente fue a parar a los pobres. Por el contrario, ¡con que efusividad agradecía lo que le daban para los necesitados! Como amante de la virtud y del voto de pobreza era sumamente delicado en solicitar toda clase de permisos a los Superiores: tanto que alguna vez le dijeron que no fuera tan nimio. «La pobreza se ama», dejó escrito en la Reforma de Ejercicios de 1946.

El Padre Nieto trató con gente muy adinerada. Pero nada de su lujo se le pegó. Si le daban dinero, era precisamente porque le veían totalmente desprendido. Ante la gente alta —dignatarios eclesiásticos, nobleza, etc.— el Padre no tenía reparo en presentarse con su pobre atuendo, sin importarle nada el qué dirán. Él era pobre con todas las consecuencias.

Honor o deshonor: Pedía continuamente humillaciones y desprecios. Recordemos los *mementos* de la Misa. «Más humilde que la tierra», nos dice quien le trató íntimamente. «La única persona que he conocido en mi vida —escribe otro— que se gozara en las humillaciones y demostrara tanta mortificación del amor propio». «Tenía el mundo bajo sus pies —escribe un tercero—. Por supuesto, me refiero al mundo de la vanidad». «Ni un afán de notoriedad o lucimiento —dice un cuarto—, ni el más leve resquicio por donde pudiera colársele una vibración de amor propio. Cuántas veces repetía: Amadísimos, si yo no tuviera el amor propio debajo de los zapatos, no sé qué sería de mí».

El qué dirán no contaba para él. Vivía por encima de todos los juicios humanos. De ahí aquella desconcertante lógica sobrenatural, aquel escaso o nulo interés por todo lo que no fuera Dios o santidad, aquella total libertad de espíritu para hablar o actuar mirando sólo la mayor gloria de Dios.

Otros hubieran sentido complejos por su deformidad corporal. El nunca pretendió ocultar este aspecto o disimularlo con cuidados especiales de su cuerpo.

Sabía aceptar correcciones —e incluso intemperancias— de sus inferiores. En cierta ocasión en que un seminarista, en un desahogo personal, le puso pingando, como se suele decir, le oyó sin rechistar, y se limitó a contestar:

— Cuando recuerdes mis defectos, anótalos, para que no se te olviden.

Hasta de los empleados de la casa soportó a veces groserías, sin perder su compostura y humildad.

Todas estas reacciones derivaban de una actitud interna, es decir, de su humildad radical ante Dios, considerándose un pobre pecador. Cuando alguno se atrevía a expresar ante él estima de su virtud, él saltaba, como picado por un alacrán:

— Carísimo, yo soy un pecador.

En carta a su hermano nos deja esta hermosa confesión: «Me parece que los hombres ven en mí lo que no hay: ante Dios me veo muy vacío». Así era, en efecto: todos sus escritos íntimos están transidos del sentimiento de contrición ante el Señor. Implora continuamente perdón para sus pecados de la misericordia infinita de Dios. Los juicios que emite sobre su propia vida son verdaderamente crueles. Quien los lea, creería encontrarse ante un gran pecador: «He perdido miserablemente mi vida en la tierra... Me has descubierto, Dios mío, las llagas de mi alma. ¡Qué hondas! ¡Qué feas! ¡Qué peligrosas!... Toda mi vida no he querido otra cosa más que ser santo, y hasta el presente no hice más que llenar mi vida de pecados e imperfecciones. Yo quiero con toda mi alma que, lo que me reste de vida, sea para llorar los disparates de mi vida pasada...». A pesar de todo, tenía una grandísima confianza en la misericordia divina.

Uno de los puntos que más hizo sufrir al Padre Nieto fue su carácter. Él habla en alguna de sus Reformas de vida de su carácter «asperísimo y duro». «Tenía un carácter muy fuerte —escribe monseñor Díaz Merchán—. Creo que hubiera sido hasta violento sin la moderación de la virtud. Sabía dominar sus primeros impulsos, aflorando siempre el dominio de sí mismo». Quizá sea demasiado decir. Esos primeros impulsos le traicionaron más de una vez. Pero aun entonces se vio su gran virtud. Supo reconocer y pedir perdón, si alguna vez la impetuosidad se le desbordó. Como él sabía de qué pie cojeaba, el dominio del carácter y la dulzura del trato eran un objetivo

constante de sus Reformas de vida durante los Ejercicios espirituales.

Él se recriminaba su aspereza y hasta su crítica. Pero, ¿qué pensaban los demás? Si quisiéramos resumirlo en pocas palabras, podríamos formularlo así: Era sumamente duro consigo mismo, y benigno y comprensivo con los demás.

A veces, hablando en público se mostraba muy exigente. Como alguien dijo, en público para él el Evangelio no admitía glosas. Parecía un lobo feroz con sus famosos exabruptos y su fogosa oratoria cargada de exigencias. Pero todo cambiaba al bajar de la tribuna. Mano a mano se trocaba en mansísimo cordero. Sabía acoger a todo el mundo con ternura y era sumamente comprensivo con las debilidades humanas.

Poco a poco se le vio ir avanzando en el dominio del carácter, hasta conseguir una rara amabilidad. Entre los rasgos que muchos destacan está su gran humanismo y hasta su sentido del humor. Baste este testimonio de un compañero de comunidad: «¿Que el Padre Nieto era rígido? Pues sí, lo era. Pero con una rigidez que no se proyectaba en actitudes de reprensión para nadie; que encajaba perfectamente en un humanismo amplio, exquisito y comprensivo; que admitía bromas y chistes; que sabía disculpar. Era rígido para sí, pero para los demás era todo naturalidad y humanidad sobrenatural».

Encaja en el Padre Nieto de maravilla lo que cuenta el Padre Ribadeneyra sobre el modo que tenía San Ignacio de juzgar la virtud. No eran los comportamientos timoratos, provenientes de un buen natural, los que valoraba, sino los actos de vencimiento. El Padre Nieto no tenía un buen natural. Su temperamento era brusco, y alguna vez se le desmandaba. Pero por una vez que fallaba, se vencía doscientas. Y ahí radica la virtud.

La disponibilidad del Padre Nieto en manos de sus Superiores era absoluta. El obispo de David, en Panamá, escribe sobre este punto: «Vivía la obediencia religiosa

de una manera extraordinaria». Los informes oficiales de los Superiores lo resaltan también una y otra vez. Esta obediencia empezaba por su mundo interior. Sus Reformas de vida tenían siempre muy presente la aprobación de los propósitos, bien por el Superior, bien por el confesor.

Quizá fue el destino a Comillas, cuando sus preferencias iban hacia una actividad misionera, su primera experiencia costosa en el ámbito de la obediencia. Pero viéndolo en el destino la voluntad de Dios, se entregó con alma y vida a la tarea que la obediencia le señalaba.

Esa fue la tónica de toda su vida, sin crear nunca el más mínimo problema a los Superiores. Su Padre Rector escribía en cierta ocasión: «El Padre Nieto está dispuesto a todo lo que sea ayudarnos para el servicio de Dios».

Amaba con pasión el Instituto de la Compañía como camino de santificación: «¡Oh bendita Compañía de Jesús! —escribe—. Tú mereces toda la estima de mi entendimiento, todos los amores de mi corazón. Tú, con tus superiores y con tus súbditos, con tus Constituciones y con tus Reglas y tus Ejercicios...». Por eso propone: «He visto que no puedo ser santo, si no observo fielmente las Reglas, así como el exacto y fiel cumplimiento de ellas me dará la santidad. Por eso, desde hoy viviré como si tuviera hecho voto de guardar las Reglas».

Si el Padre Nieto se confió totalmente a la obediencia al aceptar su destino a Comillas y todas las disposiciones sobre su persona a lo largo de los años, esa misma renuncia a su voluntad se advierte en el momento doloroso de la jubilación. Todo lo puso en manos de los Superiores y se retiró con paz.

Era necesario este rápido recorrido por algunas virtudes que entrañan una gran renuncia interior, para comprender en su totalidad la mortificación del Padre Nieto. Esta interna mortificación es la de más quilates, por más que a muchos haya llamado más la atención la externa.

Esta última ha sido recordada continuamente por cuantos le trataron. Alguno incluso ha resaltado ciertos extremos que pueden resultar poco gratos para el hombre de hoy, calificándole como «el último santo decimonónico». Como aspectos de esa penitencia se recuerdan sus interminables horas de rodillas sin apoyo, a que ya se ha hecho referencia, su poco descanso nocturno, y éste prescindiendo de la cama, sus cilicios y disciplinas de sangre, su estar sentado siempre al borde de la silla sin apoyarse en el respaldo, su habitación privada de todo confort, sus ayunos y privaciones en la mesa, su aguante del frío sin una prenda de abrigo, su renuncia a las vacaciones durante muchos años, su aguante del dolor físico y de las enfermedades sin quejarse, su privación de las veladas festivas del Seminario, etc, etc.

Era ciertamente la cruz el lema de toda su vida. Así lo deja escrito en 1937: «Abnegación y mortificación: ha de ser el lema de toda mi vida, sin más límites que los que me pongan mis Superiores o Confesor. Con el don de oración pediré siempre el espíritu de abnegación y sacrificio. Con sumo interés trabajaré en adelante para que mi único deseo y realidad sea parecerme lo más posible (con la ayuda de Dios) a Cristo crucificado».

Las Reformas de sus Ejercicios se limitan casi solamente a dos puntos: el cilicio y la disciplina y la comida. Muchos recuerdan al Padre con su andar cojitranco por efecto del cilicio. Igualmente otros recuerdan los inmisericordes golpes de disciplina que salían de su habitación. Usaba cilicio de muslo y de cintura, al menos dos horas diarias, incluso en vacaciones. También tomaba disciplina todos los días. Sin embargo, se sugiere una mayor amplitud, ya que dice: «Disciplina y cilicio, lo que me permiten».

Su penitencia en la comida puede resumirse en tres puntos: no comer nada entre horas; privarse de algunos alimentos, carne por la noche o pan en el desayuno; finalmente supresión de algunas comidas o parte de ellas: no

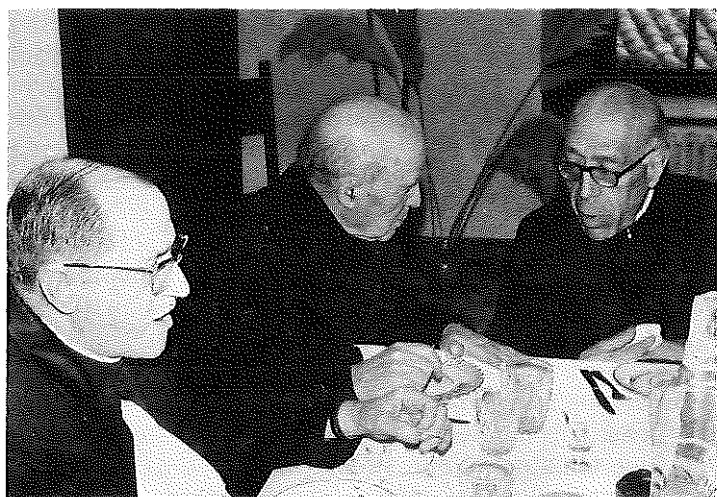
merendar; incluso no merendar ni cenar, como promete en un retiro de 1965. De cualquier modo, la cena estuvo siempre sometida a lo que él llama «especie de ayuno», o sea la supresión del segundo plato. Esta especie de ayuno varió de años a años, de menor a mayor exigencia: primero tres días semanales más la cuaresma, luego todos los días excepto las fiestas, finalmente todos los días.

Lo llamativo es que las Reformas no toquen siquiera los puntos más fundamentales de sus penitencias corporales, que ciertamente no eran los mencionados en ellas, sino los otros antes enumerados: su permanencia de rodillas, su privación del sueño, etc. Es cosa probada que el Padre Nieto durmió durante muchos años sentado en la silla de su habitación, sin hacer uso de la cama, y esto probablemente no más de tres o cuatro horas. El resto de la noche lo empleaba en hacer oración y en contestar su numerosa correspondencia.

Algo se ha dicho ya de su increíble aguante en la postura de rodillas en el suelo. Nadie se lo explicaba, pero menos los que conocían el estado de sus rodillas. ¡Cómo las tenía ya en 1936 cuando Marcilla le curó una herida! Peores estaban a finales de los años cuarenta. «En cierta ocasión —narra uno de aquella época— el Hermano Enfermero me curaba una rodilla que me supuraba: tenía yo una *beata* infectada. El Hermano Castillo comentó: ¡Si vieras cómo tiene el Padre Nieto las dos piernas!». Así escribe un ejercitante de Pedreña en el verano de 1950: «Un día me llamó para que le curase la rodilla. Tenía una llaga horrible. Y todas las noches, en la meditación que hacíamos a media noche con el Santísimo expuesto, se pasaba la hora entera de rodillas delante del altar, sobre la tarima». Algo similar cuenta otro el verano siguiente: «En dos ocasiones me llamó para que le curase las dos rodillas, que tenía completamente ensangrentadas, como en carne viva, y llagadas, que daba miedo verlas». Todavía en el año 1966 se pensaba que había que sajar por enésima vez, aquejado de una fuerte inflamación.

Si el Señor premia con una gloria accidental a aquellos miembros corporales que más se han ofrendado a Él en vida, ¡qué gloria no tendrán en el cielo las rodillas del Padre Nieto! Pero algo similar hay que decir de todo su cuerpo, con el que no tuvo condescendencia alguna. La clave estaba en su amor a Cristo crucificado:

— Cuando conozca un Dios que no haya muerto por mí, seré indulgente conmigo. Pero mientras Cristo esté en una cruz, yo no puedo estar en un lecho de rosas.



Padre Nieto con su hermano Ramón.

3. APÓSTOL DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

Todo lo que sonase a Ejercicios ignacianos cautivaba al Padre Nieto. Toda su vida espiritual giraba en torno a ellos. Y de ellos haría su instrumento apostólico máspreciado.

Ante todo debemos mencionar los Ejercicios de mes. No es fácil precisar cómo surgió en Comillas la idea del mes de Ejercicios para sacerdotes. Ignoramos si la paternidad de tal iniciativa pastoral le corresponde o no al Padre Nieto. Pero él fue el que la llevó adelante durante muchos años con gran dedicación y mucho fruto espiritual.

De antes de la guerra solamente han podido documentarse dos tandas largas de Ejercicios dirigidas por el Padre: una de 20 días en Arcas Reales (Valladolid) a 29 Hermanos de las Escuelas Cristianas y otra de mes completo a sacerdotes, la ya conocida memorable tanda del verano de 1936, de la que salieron tres mártires de Cristo. Es probable que dirigiera algunas más.

Tampoco en los primeros años de la postguerra, hasta 1942, ha podido hallarse rastro alguno de tandas de mes dirigidas por el Padre. Pero a partir de ese año resucita el ministerio del mes de Ejercicios para sacerdotes con toda su fuerza, recayendo su peso casi exclusivamente sobre los hombros del Padre Nieto. Al menos en teoría la organización de las tandas dependía de la revista *Sal Terrae*, dirigida por el Padre del Páramo. El abogó en el Congreso Nacional de Ejercicios de 1941 por la creación de Centros en donde los sacerdotes pudieran practicar el mes completo y estudiar el libro ignaciano: lo que se llamó el *Cenáculo espiritual para sacerdotes*. Algo así había planeado ya el Padre Nieto en 1936 con un grupo de neosacerdotes.

Pues bien, el caso es que la idea del *Cenáculo*, lanzada desde *Sal Terrae* en el verano de 1941, encontró fervidas adhesiones. Al año siguiente se reconocía no ser posible llevarla a la práctica en su totalidad, pero sí en su parte fundamental, que era el mes de Ejercicios. La primera tanda se organizó en Carrión de los Condes en el verano del 42 con asistencia de 20 sacerdotes. El director sería el Padre Nieto, ayudado en esta ocasión por el Padre Llera.

Ya desde esta primera tanda causó gran impacto la espiritualidad del Director del mes. Pocos sabrán que en ella se decidió la entrada en la Compañía del Padre Reino, queridísimo también de tantos comilleses, a quien el Padre Nieto aconsejó tal decisión. «Recuerdo aún —escribe el Padre Reino— la caridad con que nos recibió el Padre Nieto, caridad que continuó durante todo el mes. Pero, sobre todo, me impresionaba la unción que tenía en todas sus actuaciones». Otro sacerdote reconoce: «Mi mes de Ejercicios en agosto de 1942 en Carrión de los Condes (Palencia) bajo la dirección del Padre Nieto fue decisivo para toda mi vida. Hice un solo propósito: volver a repetir cada diez años una tanda de mes y bajo la dirección del Padre Nieto mientras le durase la vida. Este propósito lo he cumplido». También practicó estos Ejercicios don Rafael Álvarez Lara, a punto de ser promovido a la sede episcopal de Guadix-Baza, quien, entusiasmado con la experiencia, en cuanto tomó posesión de su diócesis, su primer cuidado fue enviar sacerdotes los años siguientes a los Ejercicios del Padre Nieto.

Con estas hermosas perspectivas iniciaba el Padre aquel fecundísimo apostolado. En realidad nunca se pudo llevar a cabo el plan completo del *Cenáculo*, que quedó reducido a los Ejercicios, su punto central.

Los dos veranos siguientes se celebró el mes en Comillas, pero a partir de 1945 fue la casa de Ejercicios de Pedreña, junto a la bahía santanderina, la que acogió definitivamente la tanda hasta los años setenta. Al menos

23 meses de Ejercicios dirigió el Padre Nieto en Pedreña. Si a ellos añadimos los de Arcas Reales, Carrión y Comillas ya mencionados, más otros tres que dirigió en Las Palmas, Covadonga y Palma de Mallorca, suman treinta meses. A ellos tendríamos que añadir aún varios meses dirigidos a algunos sacerdotes individualmente en Comillas. Más de 1.000 ejercitantes —la mayoría sacerdotes diocesanos— participaron en estos Ejercicios ignacianos completos. Se quedaron cortos los periódicos santanderinos que, a la muerte del Padre, hablaban de 700. ¿Alguien no dedicado expresamente a este ministerio puede contar en su haber algo semejante? Pues no conviene olvidar que la tarea fundamental del Padre Nieto estaba en el Seminario. Esto era una labor *extra* realizada durante las vacaciones de verano.

En los ejercitantes de mes estuvieron representados sacerdotes de todas las diócesis españolas. Igualmente encontramos más de un centenar de seminaristas mayores de diversos seminarios de España y del extranjero (Pío Latinoamericano de Roma, Friburgo, Lovaina, etc.). A los sacerdotes diocesanos se fueron sumando paulatinamente algunos religiosos. Cerca también del centenar han podido contabilizarse en las tandas de Pedreña: allí aparecen agustinos, benedictinos, capuchinos, carmelitas descalzos, cistercienses, escolapios, franciscanos, jesuitas, marianistas, maristas, oblatos, pasionistas, sacramentinos, salesianos, salvatorianos, trinitarios, etc. A los ejercitantes españoles hay que añadir otros de la comunidad hispano-luso-americana: portugueses de la metrópoli y de las colonias, brasileiros, argentinos, colombianos, cubanos, hondureños, mejicanos, panameños, peruanos, salvadoreños, dominicanos, venezolanos, etc., y hasta algún estadounidense. Si no tuviéramos otros títulos que invocar, ya sólo por los Ejercicios de mes deberíamos considerar al Padre Nieto como un gran bienhechor del clero español e hispánico.

Entre estas tandas de mes, hubo dos especiales. La de 1949 tuvo lugar en Las Palmas de Gran Canaria, a don-

de fue requerido el Padre para que dirigiera el mes completo a los seminaristas mayores de aquel Seminario. Lo practicaron más de cuarenta. De vuelta a la península, les escribía el Padre: «Mis amadísimos en Cristo: Al empezar vuestro curso es menester recordar la liberalidad del Señor para con vosotros durante el *mes de Ejercicios* y vuestras promesas para con el Señor. Ha llegado la hora de hacer realidad todos aquellos deseos, promesas y *planes de santidad* escritos junto al Sagrario o ante el Crucifijo con toda sinceridad. En alabar, hacer reverencia y servir a Dios no debe aventajaros un solo Seminario del mundo, ya que seguramente ha sido el primero el vuestro en hacer íntegro el mes de Ejercicios». El volcán de entusiasmo que entre los jóvenes ejercitantes levantó la cálida palabra del Padre fue grandísimo.

La otra tanda singular de mes fue la organizada en el Seminario Seráfico de Palma de Mallorca en el verano de 1967 para franciscanos. Entre los 58 ejercitantes se encontraba el Padre Provincial. Lo acaecido con éste es el mejor comentario que podemos hacer a esta tanda. Había ido con la idea de practicar solamente algunos días de Ejercicios, pero, captado por la experiencia espiritual que allí se vivía, decidió continuar hasta el fin. Entonces le dijo al Padre Nieto que pensaba proponer a sus Superiores que también los franciscanos practicasen, como los jesuitas, dos meses de Ejercicios en su formación.

Echemos una mirada a las tandas de Pedreña. Pronto la organización de las mismas cayó sobre las espaldas del Padre Nieto. Y de lo primero que tenía que preocuparse era de la economía. La casa de Pedreña dependía de la Residencia jesuítica de Santander, cuya *Obra de Ejercicios Espirituales de San Ignacio (O.D.E.S.I.)* cedía durante el mes la casa a la Universidad de Comillas, con ciertas condiciones: responsabilidad sobre los abastos, pago del servicio, abono de pensiones, etc. El Padre Nieto tenía que atender a las circunstancias personales de muchos ejercitantes, carentes de recursos económicos. Su ilu-

sión era que ninguno se retrajese de dar su nombre por esta causa. Él se las arregló para conseguir numerosos estipendios de Misas, que repartía entre los sacerdotes, con los que les aliviaba el pago de la pensión diaria. Igualmente se desvivió por conseguir limosnas para los más necesitados. Para ello llamaba a todas las puertas: al presidente de la Compañía Electra Madrid, S.A., al Padre Cecil Nally, capuchino de Pittsburg, al Vicario General del arzobispado de Yucatán, al Obispo de La Vega en Santo Domingo, a una jesuitina de Salamanca, a la Institución «Arzobispo Claret», etc. Son simples ejemplos.

A pesar de tantas estrecheces, el Padre no olvidó recompensar a la casa de Pedreña, ayudándola con ornamentos, bancos, etc.

Pero miremos algo más adentro. Para el Padre Nieto el mes de Ejercicios significaba algo muy hondo. En los Ejercicios, escribe, es «en donde se conoce, se vive, se ama a Cristo, y Cristo sin sentir se mete en nuestras entrañas». Eso era sin duda lo más importante para él. Así decía en 1954 a unos ordenandos, invitándoles a hacer el mes: «No queramos conocer más que a Cristo, y este crucificado. Por eso, tan pronto como podáis, haced el mes de Ejercicios para conocer a fondo a Cristo». Es la invitación que hacía a cuantos se ponían a tiro, como a su propio hermano: «Tienes que ser alma de oración, de trato íntimo y familiar con Jesús. No mueras sin hacer el mes de Ejercicios. Te prometo que saldrás transformado en Cristo».

Pero aunque invitase, y hasta insistiese, no quería como ejercitantes a gente forzada. En esa libertad se apoyaba para exigir después una entrega total. El silencio era para él fundamental, porque creaba el ámbito de comunicación con Dios. Al ir el año 1949 a dirigir una tanda al clero canario, le dijeron que allí tenían la costumbre de hablar y que no los corregiría. La primera noche les dijo:

— Si no guardan silencio, no doy los Ejercicios. Aquí venimos a hablar con Dios, no con los hombres. Hagan voto esta misma noche de no hablar.

Y no hablaron.

Los Ejercicios del Padre Nieto eran, pues, en completo retiro; y lo más importante de todo: con mucha oración y mucha penitencia. Así lo expresa alguien que los conocía por experiencia: «Eran ignacianos cien por cien. No había concesiones, ni para la erudición, ni para las anécdotas. Eran una praxis plena de oración y de discernimiento espiritual. El libro de San Ignacio era explicado sobriamente y puesto en práctica, sobre todo en los Ejercicios de mes. En todo caso dejaba amplios espacios para la oración personal. Era exigente con los ejercitantes. Partiendo del hecho de que estábamos voluntariamente en el mes de Ejercicios, nos pedía y nos exigía la fidelidad al trabajo personal y la observancia del silencio. En el trato individual era sumamente tolerante y comprensivo con todos. Consideraba a los Ejercicios espirituales como la mejor escuela para la oración y para experimentar la vida interior».

Inspirado preferentemente en San Pablo hablaba el Padre del amor a Cristo con tal hondura y pasión, que sus palabras se clavaban en el alma como afilados rejonos. Probablemente el clímax se conseguía en la contemplación de la pasión y muerte del Señor. En ella desplegaba toda su fuerza y a la vez toda su ternura. «¡Qué unción —escribe un ejercitante— en aquellas sus meditaciones de la tercera semana de los Ejercicios. Para mí eran lo mejor de aquellos días, donde más hondamente dejaba impreso el sello de su personalidad espiritual. Nunca como con él he conseguido el *dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado* del preámbulo de San Ignacio. Ni con maestros reconocidos de la categoría del Padre Segarra y otros. Imposible más sentimiento». Otro se expresa más lapidariamente, pero no con menos vigor: «A nadie después de San Pablo he visto hablar mejor de la cruz de Cristo».

La fuerza de su palabra no radicaba tanto en el *qué* cuanto en el *cómo*. Lo que el Padre decía no era nada del

otro mundo. Pero todos se sentían hondamente impresionados al contacto con aquel hombre lleno de Dios, enamorado locamente de Cristo. Era su santidad lo que buscaban los que acudían a Pedreña: «Estuve tres o cuatro veces en Pedreña —escribe uno de ellos—; allá iba —y él me ayudó con estipendios de Misas—, no a percibir la sabiduría de Salomón, ni a oír a un famoso teólogo de la Gregoriana, sino a palpar la santidad. Sus palabras, como espada de dos filos, llegaban a lo profundo del alma». Otro escribe: «Claro que lo principal en los Ejercicios espirituales es la gracia de Dios y las disposiciones del ejercitante. Pero uno de los elementos principales es el director de los Ejercicios. Y aquí sí que hemos tenido suerte los de Pedreña, pues nuestro director ha sido el *santo* Padre Nieto».

El Padre, a la vez que daba Ejercicios, los hacía él. Iba por delante de todos en la oración y en el sacrificio. Si no estaba en su despacho, no había más que buscarle en la capilla, y allí se le encontraba ante el Sagrario. Cuando llegaban los ejercitantes a la meditación de media noche, allí le encontraban; cuando marchaban, allí le dejaban; y cuando volvían por la mañana, allí estaba. En el comedor servía a la mesa a los ejercitantes y por la noche tomaba disciplina por ellos.

Muchos sacerdotes han resaltado la gran gracia que supuso para ellos practicar el mes de Ejercicios con el Padre Nieto. Más de uno dice expresamente que es la mayor gracia que ha recibido en esta vida, después de la ordenación sacerdotal. Podríamos extendernos indefinidamente con testimonios de ejercitantes que encomian estos Ejercicios. Baste esta valoración global de un asiduo participante hecha en 1963: «Es ya la tercera vez que paso por Pedreña durante el mes de Ejercicios que da allí el Padre Nieto. Este mes creo que es uno de los grandes focos de espiritualidad sacerdotal que tenemos hoy en España. Empezaba allá por el año 42 con 20 ejercitantes, y las tandas de estos últimos años oscilan en torno a los 60;

y porque no caben más en la casa. Es extraordinario el clima de fervor, recogimiento y sacrificio. Lo mismo que Comillas ha sido y es un foco de elevación cultural e intelectual, Pedreña, en este mes de Ejercicios con el Padre Nieto, está siendo un foco potente de elevación y de espiritualidad sacerdotal en España».

Para dar continuidad al fruto de los Ejercicios, además del contacto epistolar, organizó el Padre durante años una tanda especial de ocho días completos para los antiguos ejercitantes de mes. Se pretendía revivir de alguna manera la experiencia del mes, así como asegurar su fruto. Esta tanda especial duró por lo menos nueve o diez años.

Tandas de ocho días, tanto a sacerdotes como a otras clases de personas, dirigió el Padre Nieto un montón. Los periódicos *Alerta* y *El Diario Montañés* de Santander se referían a 80 o más tandas de Ejercicios a sacerdotes de diversas diócesis, en la semblanza que del Padre publicaron a raíz de su muerte. Probablemente se quedaron cortos. Así como las tandas de mes tuvieron lugar casi todas en Pedreña, para dirigir las tandas de ocho días hubo de recorrer el Padre toda la geografía española: Alcalá de Henares, Burgo de Osma (?), Burlada, Celorio, Ciordia, Ciudad Rodrigo, Covadonga, Gijón, Las Palmas de Gran Canaria, Las Presas, Los Negrals, Madrid, Málaga, Oviedo, Pamplona, Pozuelo de Alarcón, Ronda, Salamanca, Santander, Santurde, Tarragona, Valladolid, Victoria, etc.

Los testimonios de los participantes en estas tandas breves no difieren mucho de los ejercitantes del mes completo. Lo fundamental en ambas experiencias era la oración, oración centrada en el misterio de Cristo.

Aparte de las tandas a los sacerdotes y religiosos, dirigió también innumerables tandas a seminaristas, sobre todo a los de Comillas. Ya nos hemos referido con anterioridad a los Ejercicios a los ordenandos, de los que el Padre Nieto fue el director nato. No querían a otro. De

vez en cuando dirigía también los Ejercicios de principio de curso.

Dirigió Ejercicios a los seminaristas de Canarias, a los de Monte Corbán (Santander), a los de Málaga, a los del Seminario Hispanoamericano de Madrid, a los de Tarragona, a los de Pamplona, etc. Durante varios años nos encontramos con negativas del Rector de Comillas a permitir al Padre Nieto acudir a las llamadas de obispos o Rectores de Seminarios para dirigirlos a sus sacerdotes o seminaristas. Es que la fama del Padre había trascendido y era imposible satisfacer tantas peticiones sin descuidar la atención de lo propio.

El trato del Padre con los obispos o superiores de Seminarios estaba en la base de muchas de estas solicitudes. Muchos prelados, antiguos alumnos o no de Comillas, buscaban al Padre con frecuencia para recabar su consejo. Los obispos comilleses encarecían (y encarecen) ante sus hermanos en el episcopado la santidad de su antiguo Padre Espiritual, al que siempre siguieron tratando con suma confianza. De ahí que en las altas esferas eclesiásticas se pensara en él para dirigir los Ejercicios a los prelados españoles. Se los propuso, en efecto, en el verano de 1961 en Los Negrals (Madrid). A su regreso a Comillas, una familia le lleva en coche de Santander. Uno de los acompañantes bromea con él:

— ¿Y qué es eso de atreverse a dar Ejercicios a los obispos?

— Carísimo, me dijeron que buscaban uno que les dijera las cosas claras. Y así lo he hecho.

Tan claras, como que en la meditación del infierno les dijo que la dignidad episcopal o cardenalicia no les libraría del infierno, si morían en pecado mortal. Al contrario: les proporcionaría más infierno. Tan claras, como que al hablar de la cruz les dijo que en los valiosos pectorales que llevaban no reconocía la cruz de Cristo:

— Amadísimos, esa no es la verdadera cruz de Cristo; eso es lujo, ostentación, vanidad.

A esta tanda asistieron 21 obispos y tres cardenales. Durante estos días de Los Negrales el cardenal de Tarra-gona le comprometió para que fuera a dar una tanda a los seminaristas de su archidiócesis. Peticiones similares se las hicieron también entonces otros prelados, pero hubo de rechazarlas por imposibilidad material de cumplir tantos compromisos. Precisamente a principios de ese año nos encontramos con una singular petición del obispo auxiliar de Barcelona, monseñor Jubany, en nombre del señor arzobispo, que demuestra lo que en las altas esferas del episcopado se pensaba del Padre Nieto: se le pedía para dar una misión al clero de Barcelona, preparatoria de la gran misión popular a la ciudad.

No pocos obispos se sumaron a las tandas que el Padre Nieto dirigía a sacerdotes: en el mes de Pedreña de 1962 participó el obispo auxiliar de Beja (Portugal) y en otras algunos españoles. Las tandas a sus respectivos sacerdotes o seminaristas las presidieron también, entre otros, monseñor Pla y Deniel, monseñor Pildáin, monseñor de Arriba y Castro, etc. También dirigió unos breves Ejercicios de preparación a la consagración episcopal a monseñor Emilio Benavent.

En 1956 dirigió una tanda de Ejercicios en Covadonga a Superiores de Seminarios. También actuó como Padre Espiritual en 1961 del Segundo Curso para Superiores de Seminarios, celebrado en San Sebastián, en el que tomaron parte unos cien de todas las diócesis de España e incluso de Portugal e Hispanoamérica. No es, pues, de extrañar que estos Superiores quisieran hacer partícipes a sus seminaristas de su propia experiencia al lado del Padre Nieto.

Hablando de los Ejercicios del Padre Nieto parece que nunca se acaba: se los dirigió a los miembros de la Alianza en Jesús por María, a las Hijas de San José, a las Reparadoras, a las Hijas de Jesús, a las religiosas del Pilar, a las Compasionistas, a las Carmelitas descalzas, a los Operarios Diocesanos, a los miembros de la Cruzada de San-

ta María, a cursillistas de Cristiandad, a maestros, a antiguas alumnas de las religiosas de La Enseñanza, a caballeros de la Junta de Promotores de Ejercicios de Santander, etc., etc.

Muchos fueron también los sacerdotes y religiosos que iban por Comillas a practicar los Ejercicios privadamente con el Padre, sobre todo los últimos años, cuando ya quedó libre de la dirección espiritual de los seminaristas.

En resumen, una vida entregada al ministerio de los Ejercicios ignacianos. Alguien pensaría que no hizo otra cosa en su vida. Y sin embargo todos, o al menos la mayoría, de los Ejercicios mencionados tuvieron lugar en tiempo de vacaciones. Como él nunca las tomaba...



Ejercicios de mes de 1960 (Pedreña).

4. PADRE DE LOS POBRES

Un mes después de la muerte del Padre Nieto se publicaba un artículo sobre él titulado como este capítulo, *Padre de los pobres*, que era como le llamaban en Comillas y su contorno. Fue realmente padre para todos los menesterosos ya desde el tiempo de Cantalapiedra y Santa María de Sando, pero lo sería mucho más en Comillas. No es necesario repetir aquí lo que ya sabemos de su vida diocesana, pero sí detenernos en su maravillosa obra con los pobres de Comillas y pueblos cercanos.

Los primeros destinatarios de sus desvelos y obras de caridad fueron lógicamente sus hijos espirituales, los seminaristas. Prescindamos, por obvia, de su caridad sobrenatural, orientada a su perfección cristiana y sacerdotal. El Padre gastó su vida de la mañana a la noche en su formación, sin escatimar sacrificio alguno. Pero su amor a los seminaristas no se limitaba a lo espiritual, sino que se extendía también a lo material: salud, estudios, situación económica, etc. Se preocupaba por si dormían bien, si se alimentaban lo suficiente, si llevaban bien las clases, si tenían algún conflicto con Superiores o Profesores, si había problemas familiares, si podían pagar la pensión y demás gastos, etc. La ayuda que prestó en este último punto a muchos alumnos fue enorme.

Cientos, miles quizá de cartas escribió en busca de dinero para los alumnos necesitados. Aunque las gestiones de este tipo las llevaba con gran discreción, todos sabían de sus limosnas. Lo que muchos no llegaron a vislumbrar fue la gran cantidad y el volumen de esas ayudas. Nos quedan, por fortuna, vestigios de esa labor. No se van a airear aquí nombres concretos, pero podrían formarse interminables listas de seminaristas socorridos por el Padre Nieto. Queda constancia. Y, junto al elevado nú-

mero de ayudas, la abultada cuantía de las mismas. Muchos miles y miles de pesetas, en un reguero continuo, pasaban de sus manos a las cuentas particulares de los seminaristas necesitados.

Casos verdaderamente providenciales y bellos. Como el siguiente. Se presenta al Padre un alumno sacerdote que necesita pagar con urgencia los derechos de matrícula, sin disponer de dinero. Respuesta del Padre:

— Vete al Sagrario y ora con fe.

Acto seguido avisan al Padre para ir a asistir a un enfermo. La familia le entrega un sobre cerrado, que el Padre Nieto deposita junto al Sagrario. Después se encamina a la habitación del sacerdote:

— Vete al Sagrario, que ya te llegó la respuesta.

El sacerdote abre el sobre. Era la cantidad exacta que precisaba para la matrícula.

Se puede afirmar que, si fueron muchos a quienes el Padre Nieto salvó la vocación por su influencia espiritual, no fueron menos a los que se la conservó con su ayuda económica.

El Padre empleaba para conseguir dinero el método llamado del *sablazo*. Y casi siempre por carta. No era preciso siquiera el conocimiento personal del corresponsal. Ordinariamente eran los mismos seminaristas los que le proporcionaban las direcciones de posibles bienhechores. Y manos a la obra. A escribir y escribir:

— ¿Quiere usted colaborar al logro de una vocación sacerdotal? Dios le devolverá centuplicado en bienes espirituales los materiales que dé.

A este propósito cuenta monseñor Cirarda: «Como un día le preguntara yo cómo podrían tener tanto éxito sus cartas, me contestó:

— Es que nunca las echo en correos sin ponerlas ante el Sagrario y encomendar su fruto y a sus destinatarios en muchas horas de oración. Es el sello espiritual que

les pongo, que vale menos pesetas que el de Correos, pero es mucho más valioso, como puedes ver por sus frutos».

Con estas bendiciones celestiales llegaban a veces cantidades más pingües de lo que hubiera podido soñarse. De ahí surgió la broma de «la pluma de oro» gastada a los novatos. Llegaban éstos habiendo oído hablar de la fama de santidad del Padre Nieto, y les decían que tenía una pluma de oro. Ante el escándalo padecido, venía la explicación: se trataba de algo metafórico. Lo que pedía el Padre a través de una carta, lo conseguía, y por eso decían que tenía una pluma de oro.

Para interesar a los bienhechores, solía proponer a seminaristas concretos, procurando escoger a aquellos en los que, además de la necesidad, confluían otras cualidades espirituales y una cierta estabilidad vocacional.

Era la fama de santidad del Padre Nieto lo que movía los corazones y los bolsillos. Lo expresa muy bien el Padre Reino: «Dada su fama de hombre de Dios, la petición del Padre Nieto era un aval para que las personas a cuya puerta había llamado, respondiesen». Y así lo afirma de sí mismo un famoso banquero: «Yo recuerdo sólo de él, en las pocas veces que tuve la oportunidad de saludarle, que irradiaba santidad; y por ello las peticiones que me hacía, no dudaba nunca en atenderlas». No es el único que afirma algo similar.

El agradecimiento a los bienhechores era una nota característica del Padre Nieto. Les contestaba siempre, les felicitaba por su santo, ofrecía Misas por ellos, etc. Este mismo agradecimiento lo inculcaba a los favorecidos. Hasta 25 años después de la ordenación sacerdotal aconseja a un sobrino suyo escribir y ofrecer Misas por su antigua bienhechora de Seminario.

El Padre Nieto no sólo amó, sino que formó apóstoles del amor. Cuando aquellos seminaristas se ponen a recordar a su antiguo Padre Espiritual, en seguida sale a colación la impresión que les ha dejado en el alma esta faceta de la vida del Padre. Así se expresa uno de ellos:

«Creo que tan importante o más que la acción directa con los pobres, fue la educación y mentalización que con ella realizaba el Padre Nieto con los seminaristas, inculcando teórica y prácticamente en nuestra formación sacerdotal el interés y el amor a los pobres por amor a Cristo pobre. Sería imposible medir el fruto de tal labor, pero estoy seguro que gran parte del trabajo pastoral de los numerosos sacerdotes comillenses llevó y lleva la impronta de esta formación».

Como nos dice este seminarista, su pedagogía del amor al pobre tenía un componente teórico y otro práctico. Empezaba por una mentalización dentro de los muros del Seminario y se completaba con el contacto directo con los pobres. Su palabra vibrante no dejaba escapar ocasión de herir el corazón de aquellos muchachos. ¡Cuántas veces les hablaba de la predilección de Jesús por los pobres! Al menos durante los años de la postguerra se sintió la necesidad de institucionalizar de alguna manera esta catequesis sobre la caridad con los necesitados. Y así vemos al Padre durante esos años dirigirse mensualmente a los seminaristas para hablarles del amor a los pobres. A este día se le bautizó como «día de la caridad». Para que las cosas no se quedasen en mera teoría, al final del día se hacía una colecta entre los chicos con destino a los pobres. A ello se sumaban los fondos en especie que el Padre recogía entre los alumnos. ¡Cuántos se privaban del pan o la fruta para entregárselo! Más aún, parte de los sabrosos paquetes que bastantes recibían de sus familias, sobre todo en Navidades, también pasaba a engrosar el almacén de provisiones que el Padre tenía en su habitación con destino a los pobres. Tanta era la generosidad de los chicos, que hubo que moderarla, en atención a la ya escasa alimentación de aquellos tiempos. Porque esto era lo maravilloso: que tales privaciones no provenían de chicos hartos, sino de chicos hambrientos. El Padre Nieto sabía valorar estos sacrificios de los seminaristas en favor de los necesitados. Recuerda uno que «si

se quería darle una satisfacción, no se tenía que hacer otra cosa que entregarle algo para sus pobres».

Los donativos materiales —dinero, ropa, alimentos—, con ser muy estimables, no eran suficientes para el Padre Nieto. El futuro pastor de almas debía prepararse para su ministerio con el contacto directo con los necesitados. De ahí su gran interés en que le acompañasen en sus visitas a los pobres. Todos quedaban impresionados de su ternura con ellos, de su paciencia, de su sentido sobrenatural. Los que iban con él eran preferentemente los pertenecientes a la sección de caridad de la Congregación, aunque siempre tuvo gran interés en que, a efectos de visitar a los pobres, todos los seminaristas formasen parte de esa sección. Muchos han recordado el cuadro verdaderamente evangélico que formaba el Padre rodeado de un grupito realizando estas visitas a los pobres y enfermos de Comillas y pueblos circunvecinos. Solía efectuar-se esta correría apostólico-caritativa los jueves y domingos por la tarde u otros días de vacación. Primero se concentraba el grupo en la habitación del Padre para proveer-se de lo necesario. Luego se hacía una visita al Santísimo, y finalmente se bajaba al pueblo a recorrer los hogares.

Nada como las narraciones originales para darse cuenta del ambiente de estas visitas y de la labor que en ellas se hacía. Extractemos algunos datos del curso 1942-43, en plenos difíciles años de la postguerra, aunque similares escenas se repitieron durante decenios:

25 de octubre de 1942: Visita a una viuda con nueve hijos, la mayor tísica. El Padre le da cinco pesetas. En la calle da otras cinco a un pobre.

1 de noviembre: Visita a un pobre de Ruibárcena con siete hijos, uno tuberculoso y otro anormal. La mujer enferma. Después visitan a otros enfermos. Reparten pan, jamón, manzanas y chocolate.

7 de noviembre: Se entrega ropa a una pobre de La Revilla, con cinco hijos y marido enfermo del hígado.

8 de noviembre: A un enfermo le dan dos latas de conserva y un paquete de pasas. Visitan a los del Hospital y luego a otra enferma, a la que el Padre da cinco pesetas. A otro enfermo grave se le da media libra de chocolate y el Padre promete solucionarle el ingreso en un Hospital. A dos ancianos les dan pan y manzanas.

11 y 14 de noviembre: Se reparte ropa a un pobre marinero y a un chico.

29 de noviembre: Bajan a visitar enfermos con el Padre quienes no pertenecen a la sección de caridad, porque, según se anota, «es una clase *ad vivum* y muy fructuosa para ver de cerca la realidad».

8 de diciembre: Visita al Hospital, al puerto y a dos enfermos, a quienes dan ropa, higos y galletas.

24 de enero de 1943: Ofrecen una chocolatada a los asilados del Hospital y reparten entre algunas familias los últimos turrónes y mazapanes que quedaban de las Navidades. Visitan a tres enfermos en Ruibárcena. A una mujer entregan un pedazo grande de pan.

11 de febrero: Lo anotado este día denota una situación un tanto desesperada. Se dice que han podido visitar a pocos enfermos porque escasean los víveres. El Padre Nieto se queja de que nunca ha tenido su cuarto tan vacío.

14 de febrero: «Uno de los días más fructuoso en la visita de pobres», se dice. El cuadro es patético: tres enfermos de Ruibárcena, un tísico con vómitos diarios de sangre, otro enfermo postrado en el lecho con pulmonía y nueve hijos, otra familia con trece miembros, el padre patrón de un barco en cama con pulmonía y la madre igual con infección. Les reparten víveres.

21 de febrero: Varios enfermos. El cuadro el mismo del día anterior. Los seminaristas regresan impresionados tanto de la miseria de las familias, como de la resignación con que algunas la llevan. También el Padre está muy afectado. Lo escribe por aquellos días a su hermano:

«Es una miseria tan grande la que vive esta gente, que da pena».

Así continuán las visitas a lo largo de todo el curso y cursos siguientes. Alguna vez el Padre Nieto sale en una situación de salud tan precaria, que ha de interrumpir la visita, porque no puede tenerse en pie.

El ritmo de las visitas a los pobres realizadas por él era mucho más vivo que el reflejado en estos apuntes, que se refieren sólo a las salidas con los filósofos. En días intermedios salía también con los teólogos, y algunas veces solo. A pesar de los apuros reflejados en algunas expresiones antes transcritas, la bolsa del Padre Nieto nunca estuvo en números rojos.

Obra labor caritativa que desplegó muchos años fue el reparto de comida con los teólogos a los pobres en el llamado *portalón*, a la entrada de la finca de la Universidad. Allá iba con tres o cuatro con la perola de cocido y los talegos de pan a llenar los pucheros de aquellas mujercas y chiquillos hambrientos. La ocasión se aprovechaba para impartir una breve lección de catecismo. Alguien, que le conoció en este menester, escribe: «Tenía un corazón donde cabía todo el mundo. Parecía un nuevo San Antonio, del cual se dice que nunca faltaba un pan en su faldriquera para dar a un pobre».

Muy pronto vemos al Padre Nieto preocupado por la suerte de los marineros comillanos. Y primero por la suerte espiritual de una clase social tradicionalmente abandonada en Comillas. Para la gente del mar organizó todos los años el segundo día de Pascua de Resurrección el cumplimiento pascual. Les celebraba Misa en la Iglesia del Seminario, en la que hablaba lleno de santo celo. Pronto empezó a verse el fruto. Comulgaban prácticamente todos. También les acompañaba a la tradicional Misa de los Remedios.

Se ocupó igualmente el Padre Nieto de la promoción cultural del pescador. Para eso pensó en la organización de una escuela para jóvenes pescadores, en cuyas tareas

colaborarían eficazmente los teólogos jesuitas del Colegio Máximo. Empezó en los locales del Círculo Católico de Comillas con jóvenes de 15 a 22 años. El primer día acudieron 22, número que fue aumentando. No podemos asegurar cuántos años persistió esta iniciativa.

Los problemas laborales de los pescadores preocuparon también mucho al Padre: se informaba si les suministraban suficiente gas-oil para las barcas o cebo para la pesca, etc. En sus visitas al puerto se enteraba igualmente de las necesidades materiales de las distintas familias. Con las informaciones allí recogidas visitaba luego cada uno de los hogares. En ese contacto con los pescadores pudo saber que las condiciones del puertecillo comillano eran malas, por lo que gestionó por medio del Padre Baeza, que tenía bastante trato con algunos Ministros del Gobierno, algunas mejoras. Al fin no se logró nada.

Se deja suponer el ascendiente de que el Padre gozaba entre esta gente humilde. Lo que pensaban de él aquellos pobres queda reflejado en la siguiente anécdota. Una vez un marinero coge el libro del Padre José Julio *El drama de Jesús*, que tenía una figura del Señor en la portada, y se lo muestra al Padre apuntando hacia la figura de la portada y diciendo:

— Usted es éste.

No podía hacerse mejor elogio del Padre Nieto.

En los años cuarenta surgió en el seno de la Congregación mariana una sección específicamente orientada hacia los marineros, llamada del apostolado del mar, cuyas actividades abarcaban tanto los aspectos espirituales como materiales de esta gente. En ella templaron sus armas algunos seminaristas que serían luego pioneros en este apostolado, alguno de los cuales llegó a ser Secretario Nacional Ejecutivo del Apostolado del Mar.

La pobreza y la enfermedad se cebaban en muchos hogares marineros. Le angustiaba al Padre Nieto especialmente la suerte de muchos niños de estas familias, que

arrastraban su hambre y sus andrajos por las callejuelas de Comillas. Ahí tuvieron su origen en el curso 1943-44 los beneméritos comedores infantiles gratuitos, la obra benéfica más importante de las emprendidas por el Padre en favor de los pobres. Ponerla en marcha tuvo que resultar muy difícil en unos años de tanta penuria económica. La colaboración de las religiosas de Comillas sería de incalculable valor. El comedor de los niños se ubicaría en el colegio de las Hijas de la Caridad y el de las niñas en el Hospital de las Hijas de San José. Las monjas harían la comida y la servirían. Por su parte los seminaristas acudirían los jueves y domingos a suplir a las religiosas en el servicio de la mesa.

¡Buenos sudores iba a costar al Padre Nieto abastecer la despensa para poder guisar cada día y llenar el estómago a toda la hambrienta chiquillería! Así lo hizo desde la fundación hasta 1959, en que consiguió se hiciera cargo de los comedores Auxilio Social.

Siempre se dio a los niños la comida del medio día, aunque a veces pudo servírseles además otra. El promedio de niños socorridos cada año fue de un centenar, poco más o menos mitad niños y mitad niñas. No se trataba, pues, de alimentar a cuatro chiquillos, no, sino a un centenar de bocas hambrientas, y esto durante cerca de seis meses al año. Los comedores solían abrirse el día de todos los Santos para clausurarse por Pascua.

El Padre llamaba a todas las puertas en busca de recursos con que hacer frente a los cuantiosos gastos del comedor. Lógicamente las facturas más altas correspondían a la compra de alimentos, y más concretamente de garbanzos, arroz, alubias, patatas, etc., que constituían los alimentos básicos. En días extraordinarios el menú era más variado. El Padre Nieto se vio favorecido por las compras de la Universidad y del Colegio Máximo, por cuyo medio pudo conseguir productos a precios más baratos. Trabajó mucho con los veraneantes ricos de Comillas, algunos pertenecientes a la nobleza: baronesa de Güell,

duquesa de Almodóvar, conde de Ruiseñada, marqueses de Lamadrid, condes de Sert, etc., de los que logró no poco dinero. Según cuentan, recurrió incluso al mismo Franco, quien dio orden de enviarle varias partidas de alimentos. Tampoco olvidaba los organismos públicos. Las cuentas conservadas nos hablan de donativos del Ayuntamiento de Comillas, de Protección de Menores, de Auxilio Social, etc. Las ayudas más cuantiosas fueron una subvención del Ministerio de Educación Nacional y otra de la Diputación Provincial de Santander.

De todos modos, los comedores no hubieran podido sostenerse, si el Padre Nieto no se hubiera impuesto la carga de escribir cientos de cartas a toda clase de personas. Muchas escribió a Castilla en busca de las nutritivas legumbres de aquellas tierras de secano. La dificultad radicaba en este caso sobre todo en la consecución de la preceptiva *guía* de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes para los artículos sujetos a racionamiento, que no podían enviarse de provincia a provincia sin tal permiso gubernativo.

La llamada «campana navideña» con los seminaristas fue una de las fuentes de ingreso más importantes para las obras de caridad del Padre Nieto. Pensando en los comedores y demás necesidades de los pobres, organizó con los seminaristas, al menos durante 15 años, una tómbola durante las vacaciones de Navidad. Tal acontecimiento se hizo algo consustancial a las Navidades del Seminario desde mediados de los años cuarenta hasta 1962, en que se permitió ya a los alumnos pasar esas vacaciones con sus familias.

El Padre animaba a los seminaristas a que trajeran al empezar el curso algún regalito para la tómbola. Y durante todo el primer trimestre los de la sección de caridad cursaban abundantes cartas, firmadas por él, a comercios, casas comerciales y personas pudientes, en que solicitaban regalos para los premios. Las dirigidas a las casas comerciales insistían en la promoción que dichos re-

galos supondrían para los propios productos. El Padre, por su parte, escribía también otra serie de cartas con la misma finalidad.

De este modo, se reunían varios cientos de premios para surtir los anaqueles de la tómbola. La de 1949, por ejemplo, tuvo unos 700 y la del año siguiente contabilizó más del millar.

La preparación de la campaña navideña corría a cargo de los seminaristas en sus aspectos organizativos, y en los espirituales del Padre Nieto. Sus pláticas incidían entonces especialmente en el tema de los pobres. La vivencia navideña, transida de tierno amor al Niño Jesús y de sacrificio por el pobre, que el Padre supo suscitar en los seminaristas, será uno de los recuerdos más hondos de la vida del Seminario para muchos antiguos alumnos de Comillas.

Otro de los aspectos más emotivos de la campaña navideña lo constituían los aguinaldos para los pobres. La siguiente narración, de las Navidades de 1944, nos sitúa perfectamente: «Filósofos y Teólogos de las secciones de caridad —leemos— han estado muy atareados en las Navidades. El cuarto del Padre Nieto, Director de las Congregaciones y limosnero de La Cardosa, más que aposento del Padre Espiritual, parecía una colosal despensa o almacén de ultramarinos: cajones de higos, peras, almendras, castañas, latas de conservas, botes de mermelada, turrone..., todo se iba recogiendo allí, a título de aguinaldo para los pobres de Comillas. Más de 200 paquetes de comestibles se repartieron por los seminaristas a domicilio. Y un día era el frontón el que se convertía en sala de convite para 150 rapaces. Y el día siguiente eran otras tantas niñas. Por fin el día de Reyes se desbordó la caridad de las Congregaciones. La bolsa del Padre Nieto, como la de Dios Nuestro Señor, no tiene cordones. Se rifaron nada menos que 350 lotes de juguetes».

Aquí afloraba toda la ternura que albergaba el corazón del Padre Nieto, como escribe el Padre Reino: «Su ilu-

sión era que en Reyes no quedase ningún niño pobre sin juguetes, y a mí me conmovía ver a aquel hombre, que se movía en las alturas, preocupado de llevar a una pobre mujer los regalos de Reyes, a fin de que sus niños pudiesen alternar con los vecinos».

En el cuatrinomio de los predilectos de Jesús incluía siempre el Padre Nieto, junto a los pecadores, los pobres y los niños, a los enfermos. Tenía el carisma de consolarlos y ayudarlos. Las gentes, que conocían bien su interés por ellos, acudían a él con frecuencia. ¡Cuántos murieron confortados por sus auxilios espirituales!

Comentando la muerte de uno que falleció en sus brazos, decía: «A mí me gusta mucho asistir a los moribundos. Darles confianza grande en ese momento. Y me gusta, porque se ve cómo el moribundo va desprendiéndose de las cosas de este mundo, y no le queda nada... Suelta uno todo, y no se queda más que con Cristo».

A la cabecera de los enfermos hablaba con tal convicción del valor redentor de la cruz, de Cristo crucificado, del cielo, que muchos se sentían tocados por la gracia a través de sus palabras. José Marcilla contaba que, en cierta ocasión, atendiendo a una niña enferma, le habló de tal modo del cielo, que la niña no quería curarse, muriendo efectivamente atendida espiritualmente por el Padre.

Era maravillosa la eficacia de sus palabras para llevar paz y resignación cristiana a los enfermos, y eso sin descender nunca del plano sobrenatural. Con mucha cercanía humana, sí, pero sin abandonar los criterios evangélicos. «De hombres así —decía el marqués de Comillas, a quien el Padre consolaba en una grave enfermedad de una hija— es de quienes se recibe el verdadero consuelo». A veces la batalla para conseguir del enfermo la resignación era dura, como en el caso de aquella muchacha, «Cuca» para los del pueblo, que padecía un cáncer muy doloroso. Agarrada como una lapa a su sotana, totalmente convencida del poder de la intercesión del Padre, le pe-

día hiciese el milagro de curarla. Muchas visitas costó al Padre el que aceptase la muchacha la voluntad de Dios.

Se conformaba evidentemente el Padre con los designios de Dios, pero no por eso dejaría de hacer cuanto estaba en su mano para combatir la enfermedad y aliviar a los pacientes. Para ello no perdonaba sacrificio alguno. No había vientos, ni lluvias, ni fríos, ni calores que le detuvieran. El testimonio de una enferma es singularmente interesante. Leamos lo que escribe: «¿Cómo era el Padre Nieto? Con bien pocas palabras podría decirse: entregado a Dios para el servicio de los pobres y enfermos, a los que mucho dio y a los que mucho amó. Tuve que pasar por muchos ingresos en Valdecilla y por varias operaciones, y en casa no había medios. Siempre teníamos que acudir a él. Era incansable. Siempre visitando y pendiente de todo aquello que fuese relacionado con pobres y enfermos. Por mis enfermedades tenía que pasarme largas temporadas en la cama, y no deseaba otra cosa tanto como que llegaran los jueves y domingos para recibir la visita de tan santo y caritativo Padre. ¡Y qué visitas éstas! ¡Qué generosidad la suya, con tantas cosas buenas para comer, mantas para cubrirse, y sobre todo aquellas palabras que tanto bien te hacían! En fin, los pobres y enfermos eran su peso y su dolor».

Entre los enfermos visitados y socorridos por el Padre hay que hacer una referencia especial a los tuberculosos, tan abundantes en los años de la postguerra. Él les facilitó los ingresos en Valdecilla, Liencres, Guadarrama, etc. Pero sobre todo los atendió en el Hospital de Comillas, pagándoles la pensión y visitándoles frecuentemente. De 10.000 a 15.000 pesetas anuales pagaba el Padre Nieto al Hospital en los años de la postguerra en concepto de pensiones de enfermos, la mayoría tuberculosos. Colaboró mucho con él en esta tarea don Luis Satrústegui, emparentado con los marqueses de Comillas. Y si alto fue el gasto de pensiones, no menor fue el de medicinas. ¿Cuántos miles de pesetas gastaría en ellas, si sólo en el

curso 1958-59 fueron unas 70.000? Bien lo saben los dueños de la farmacia Villegas de Comillas. El Padre proporcionaba vales con su firma a los enfermos pobres para que se las sirvieran en la farmacia, de donde le pasaban después la factura a él.

La presencia del Padre en el Hospital del pueblo se hizo tan connatural, que llega a escribir la Hermana Marcelina, religiosa de esta casa: «Aquí venía como a su casa: entraba y salía sin darnos cuenta». Su primera visita era para el Santísimo. Después empezaba el recorrido de las salas de enfermos. Recuerdan que se detenía especialmente con los tuberculosos. También los asilados, la mayoría ancianos, se llevaban una buena parte de sus desvelos: les preparaba meriendas, chocolatadas, etc. Cuando en 1942 tuvo la suerte de ser agraciado con una gramola en una tómbola misional, al punto pensó en los ancianitos del Hospital, a quienes se la regaló. Como igualmente les regaló un televisor en 1964.

Sabido es que en Comillas veraneaban muchos altos personajes de la política, de la nobleza y hasta del espectáculo. No podía desaprovecharse tal coyuntura para conseguir dinero para los pobres. Y allá vemos al Padre codeándose con ministros, condes, banqueros y cineastas. Lo que se nos cuenta del verano de 1945 resulta verdaderamente antológico para quien conozca al Padre, tan alejado de las frivolidades de este mundo: promovió, secundado por don Luis Satrústegui, comedias y otros festivales a beneficio de los pobres. En los años sesenta organizó durante varios veranos otra tómbola en el pueblo. «El solo nombre del Padre Nieto —escribe una colaboradora en la iniciativa— abría todas las puertas a la hora de reunir objetos de regalo para llenar las estanterías».

Ni una mota siquiera de opulencia o mundanidad se le pegó al Padre de este ambiente. Al contrario: fué él el que logró atraer a Dios a los veraneantes y hacerles más conscientes de sus obligaciones cristianas para con los humildes. Logró dirigirles algunos retiros y formar con un

grupo de señoras una especie de conferencia de San Vicente de Paúl, reuniéndose con ellas en la sacristía de la parroquia para programar la ayuda a los necesitados.

Todas las iniciativas que dieran oportunidad de conseguir recursos para ayudar a los humildes encontraban buena acogida en el alma del Padre. Así le vemos acudir durante muchos años al *Banco de los Pobres* del periódico bilbaino *La Gaceta del Norte*, por cuyo medio logró pingües ayudas. El encargado del *Banco*, que había oído hablar de la santidad del Padre, le ayudó cuanto pudo desde esa sección benéfica del periódico, convencido de que lo que llegara a sus manos sería bien empleado. También recurrió a diversas fábricas de tejidos (Albaida, Béjar, Palencia, etc.) para conseguir ropa y mantas a bajo precio. Durante los inviernos repartía gran cantidad de estas prendas. Sus preferencias en este punto iban para los niños y los ancianos.

El Padre Nieto fue un eterno pedigüeño. Y por eso pudo estar dando ininterrumpidamente. Alguien le ha calificado como uno de los grandes limosneros de los tiempos modernos de la Iglesia.

Pero lo importante en él eran las actitudes profundas de su alma. Toda su actividad en favor de los pobres procedía de su caridad sobrenatural. Amaba a los pobres, porque ellos eran los preferidos de Jesús. De esta raíz brotaba después un estilo de trato con ellos verdaderamente modélico, lleno de paciencia y delicadeza, que llamaba la atención a todos. A veces se le indicó que algunos le engañaban, bien fingiendo necesidades, bien empleando en vicios las limosnas que les daba. Esta observación le sacaba un poco de quicio. No podía ver que se metieran con los pobres, e inmediatamente salía en su defensa con energía, casi con enfado. ¿No tenían también ellos derecho a tomarse un chato en la taberna? Él decía que daba por Dios y prefería ser engañado alguna vez, que dejar sin remediar alguna necesidad. En ello daba muestras de una gran humanidad.

Sintomática aquella especie de «complicidad» con los robahuevos de los años del hambre o aquella respuesta ante un robo en el matadero de media vaca, destinada al Seminario:

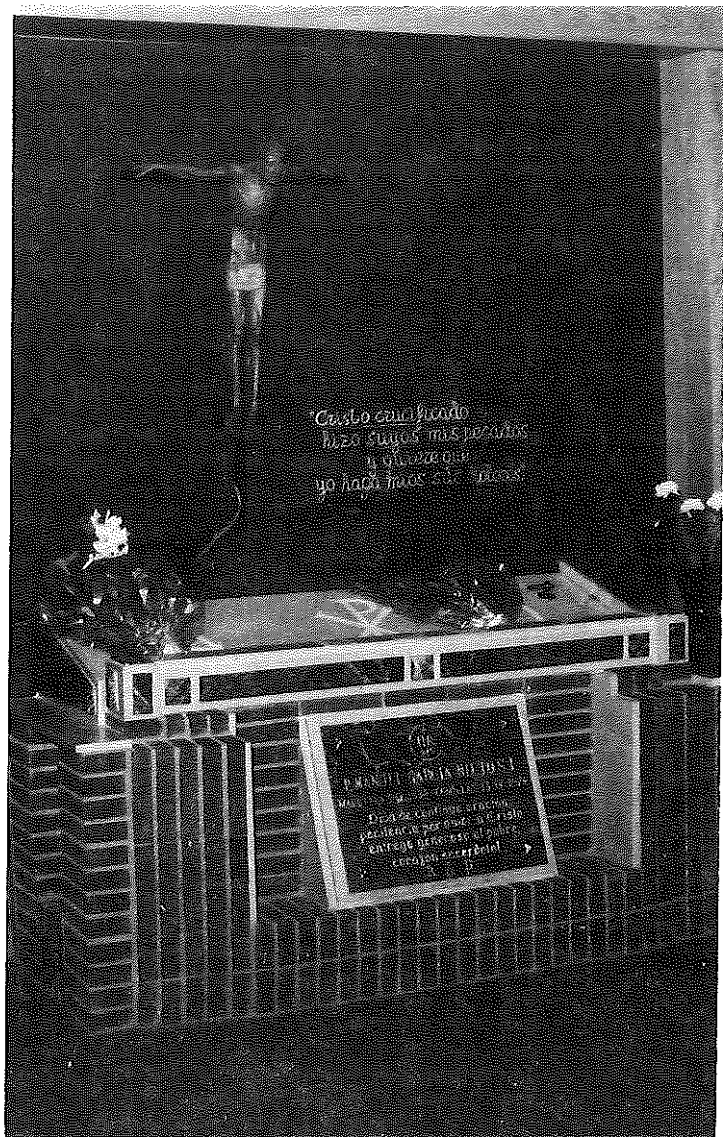
— Ellos tendrían más hambre que nosotros.

Para el Padre Nieto el pobre era una especie de sacramento. Oigamos lo que nos ha dejado escrito: «La religión cristiana no se contenta con compadecer al pobre y socorrerlo. Lo ama, lo ennoblece, lo venera y hace de él un ser sagrado, de tal manera que faltar a un hombre cualquiera es un pecado contra la caridad y la justicia; pero faltar a un pobre es entre los cristianos un pecado contra la religión, una especie de sacrilegio».

De ahí surgía su reverencial respeto no sólo a la persona de los pobres, sino a todo lo que a ellos estaba destinado. En un sobre con dinero para obras de caridad había escrito: «Este dinero es *de y para* los pobres. Si lo tomas para tí, Dios te pedirá cuentas y te castigará». Una cruda noche de invierno pasó mucho frío, teniendo en su habitación 40 mantas. No quiso tocarlas siquiera, porque eran para los pobres.

No es extraño que los pobres correspondiesen con afecto a sus desvelos por ellos. Le querían y veneraban incluso los agnósticos y apartados de la Iglesia. Muy pronto empezaron a llamarle «el Padre de los pobres». Como sabían que él era su paño de lágrimas, a él acudían confiadamente en todas sus necesidades. La portería de la Universidad era un continuo reguero de menesterosos en busca de su ayuda. La paciencia que con ellos ejercitó el Padre en aquel lujoso *hall* fue infinita.

Cuando les faltó, porque Dios se lo llevó, todos lloraron desconsoladamente.



Sepulcro del Padre Nieto en la Parroquia de San José de Salamanca.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
BIOGRAFÍA	11
1. Las Raíces	13
2. Hacia el altar de Dios	15
3. Tras las huellas del Cura de Ars	22
4. En la escuela de Loyola	35
5. Formando sacerdotes de Cristo	42
6. La guerra	54
7. Los difíciles años de la postguerra	70
8. Director espiritual de los teólogos	81
9. «Si el grano de trigo no muere...»	91
SEMBLANZA	103
1. Íntima unión con Dios	105
2. Abrazado con la cruz de Cristo	116
3. Apóstol de los Ejercicios de San Ignacio ...	125
4. Padre de los pobres	136